3 1761 09545927 7

LA HUMILDE VERDAD

OBRAS DE G. MARTÍNEZ SIERRA

EL POEMA DEL TRABAJO. DIÁLOGOS FANTÁSTICOS. FLORES DE ESCARCHA.—*Segunda edición* 3,50
SOL DE LA TARDE.—Novelas.—*Tercera edición*. 3,50
LA CASA DE LA PRIMAVERA.—Poesías.—*Segunda edición*. . 3,50
TÚ ERES LA PAZ.—Novela.—*Cuarta edición*. 3,50
LA VIDA INQUIETA.—Glosario espiritual. 3,50
LA HUMILDE VERDAD...—Novela.— *Tercera edición*. 3,00
ABRIL MELANCÓLICO.—Novelas.—*Segunda edición*. 3,50
EL DIABLO SE RÍE.—Novelas.—*Segunda edición* 3,50
CARTAS A LAS MUJERES DE ESPAÑA. 3,50

TEATRO

TEATRO DE ENSUEÑO.—*Cuarta edición*. 3,50
LA SOMBRA DEL PADRE. EL AMA DE LA CASA. HECHIZO DE AMOR.—*Segunda edición* 3,50
CANCIÓN DE CUNA. PRIMAVERA EN OTOÑO. LA SUERTE DE ISABELITA. LIRIO ENTRE ESPINAS.—*Cuarta edición*. 3,50
MADAME PEPITA. 3,50
MAMÁ. EL ENAMORADO. 3,50
MADRIGAL. 3,50
LOS PASTORES. JUVENTUD, DIVINO TESORO. SÓLO PARA MUJERES. 3,50
LA MUJER DEL HÉROE. LA TIRANA. 3,50
MARGOT. 2,50
LA PASIÓN. LOS ROMÁNTICOS. 3,50
AMANECER. LAS GOLONDRINAS. 3,50
EL PALACIO TRISTE. 1,00
EL REINO DE DIOS. 3,50
NAVIDAD. 3,50
PARA HACERSE AMAR LOCAMENTE. 3,00

OBRAS DE MAURICE MAETERLINCK

TRADUCIDAS POR G. MARTÍNEZ SIERRA

I.—LA PRINCESA MALENA. LA INTRUSA. LOS CIEGOS. 3,50
II.—PELEAS Y MELISANDRA. ALADINA Y PALOMIDES. INTERIOR. LA MUERTE DE TINTAGILES 3,50
III.—AGLAVENA Y SELISETA. ARIANA Y BARBA-AZUL. SOR BEATRIZ. 3,50
VI.—LA SABIDURÍA Y EL DESTINO. 3,50
V.—EL TEMPLO SEPULTADO. 3,50

,S
M387lh

G. MARTÍNEZ SIERRA

LA HUMILDE VERDAD

TERCERA EDICIÓN

162410
30/5/21

RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1917

Es propiedad del autor.

MADRID.—IMP. CLÁSICA ESPAÑOLA. CARDENAL CISNEROS, 10

I

Nació Paco Trelles, y comienza esta historia — que es cierta hasta donde cabe certeza en historias —, en tierra leonesa, por la parte del Norte, allá donde la planicie castellana, como si de su propia aridez y austeridad sintiese fatiga, va a refugiarse en las raíces de los montes Cantábricos: en ellas se quiebra, y ondula, y se viste de verde, y le nacen, a orilla de los ríos, huertos, y junto a los caminos reales, álamos.

Vuelve Paco de ver a la novia. Es la noche del primer día de septiembre: hay una luna llena que da gozo. Dicen que la luz de la luna engendra ensueños; yo no sé hasta qué punto será Trelles capaz de ensoñar, ni sé tampoco a qué altura de la facultad intelectiva se encuentra el límite entre pensar a secas y pensar soñando; pero es el caso que el guapo mozo viene ocupado y aun abstraído en imaginaciones y pensamientos.

En la noche serena, los pasos del caballo que monta suenan con ritmo triunfador, y sobre el piso llano de la carretera, fulgurante bajo la luz lunar, se tienden, formando centauro gigantesco, las sombras, confundidas, de caballo y jinete. Gallardamente cabalga el mancebo; soberbiamente camina el animal, como si, percatado de la distracción de su amo, asumiese, arrogante, la responsabilidad del viaje. Y van pasando por el bosque de cuento de hadas que tejen en el suelo las sombras de los árboles. Peregrina historia de encantamiento : un jinete de sombra perdido en un bosque de sombra también.

Los álamos tienen empaque de aristocracia; las carreteras, bordeadas por ellos, parecen avenidas de parque señorial; los troncos, finos y rectos, como fustes góticos; las copas, susurrantes, como aletear de abanicos y discreteo de galanterías dichas a media voz. Siempre, al final de una calle de álamos, finge el deseo una mansión de soberanos donde le aguarda una sonrisa.

Paco Trelles no sabe de poemas, ni de sonrisas soberanas : por eso el susurrar casi metálico de las frondas charlatanas no le dice estrofas; la *nota de cristal* que salmodian las ranas no le parece heraldo de ninguna exquisita y desconocida ven-

tura. Hace casi veinte años, tantos como tiene de vida, que está viendo estremecerse los álamos, y oyendo cómo cantan las ranas, y mirando caer la luz de la luna sobre los campos dormidos. Esas son cosas que pasan porque deben pasar. Buena, ¡y tan buena!, es una noche clara para volver al pueblo tras una escaramuza de amores o un convite de amigos. — ¡Hermosa noche hace! — se le ocurre decir a cualquiera; pero de eso a pensar que aquella luz que cae del cielo como lluvia mansa, que resbala callando por las lomas, que en los prados se tiende como inundación clara, que hace brillar las sendas como arroyos, y como ríos los caminos reales; que aquella luz pacífica sea manto imperial para un amor que se recuerda o palio reverente para una dicha que se está esperando, hay, a fe, larga y no llana distancia.

Y, sin embargo, como la naturaleza es siempre generosa en el otorgamiento del placer; como, hasta para aquellos que no la comprenden, tiene su hermosura virtud de compenetración; como todo hombre es tierra, y hacia la tierra se siente atraído, y todo espíritu es, sin quererlo ni saberlo, espejo de belleza, y hacia donde hay belleza se torna, Paco, que no es poeta, ni siquiera romántico, siente en cuerpo y alma el apaciguamiento plácido,

encanto peculiar de las noches diáfanas. Y piensa, sin darse cuenta de ello, que sería agradable cosa pasar horas y horas, tantas como la noche tuviese y la luna alumbrase, vagando al azar sobre las sombras aquellas de los árboles, dejándose llevar por su caballo, oyendo, sin oírle, aquel ruido manso, que es la voz de la noche.

Y he aquí que el ruido se acentúa, y de agudo se torna ronco, haciéndose constante y murmurador, y ya no se escuchan en él, gemelas y distintas, las cien voces; que hay una sola voz, de todas vencedora y triunfante: es la voz del agua. Jinete y caballo han llegado al río. Es el tal río ancho de cauce y guijarroso : los calores de agosto le han sorbido el caudal, y así va entre las piedras, partiéndose en multitud de brazos, serpenteando en todos ellos, dándose mucha prisa por estar a un tiempo en todas partes, como hidalgo pobre que con pocos dineros quisiera remediar muchas trampas; pero las piedras, como las trampas, levantan la cabeza y muestran a la clara luz, delatadoras de la escasez del amo, sus redondeces pulidas y secas.

El un brazo de río, el que va a la siniestra orilla, es el más abundoso, y se permite con la luz de la luna jugueteos espejeantes: es de ver la arro-

gancia con que suscita espumas en hallando una piedra al paso, y el imperio con que dobla cuanta brizna de hierba alcanza a divisar en la orilla; seguro es que los juncos se le antojan al muy presuntuoso cañaverales, y las hojas caídas, barcos de vela : ¡cómo las mece y cómo las envuelve y las hace chocar y separarse, y con qué satisfecha ostentación de poder las aturde en las revueltas de un remolino, y se las traga con furia de abismo, ni más ni menos! ¡Válganos Dios, y cómo se parecen los ríos a las almas!

Detiénese el caballo, y se inclina a beber. La estrofa sin letra que en el pensar de Paco iba forjándose, ritmada por el paso del animal, cesado el movimiento, se interrumpe: — ¡Qué hermoso está el río, y qué fresquito sube del agua! — El caminante piensa en el aire tibio de la alcoba: —¡Quién se mete ahora en casa! — y echa pie a tierra. Precisamente debajo de aquel álamo la hierba está mullida y seca; mientras tanto descansará el caballo. Y va a sentarse cómodamente, reclinando en el tronco la espalda y la cabeza, mirando hacia arriba. El cielo refulge; no se sabe, tanta es su claridad, si está azul o blanco : diríase que es una perla inmensa vista por dentro. Paco está de espaldas a la luna, y de ella no ve más que la luz; las estre-

llas van andando con pausa, unas cielo arriba, otras cielo abajo; y, después de mirarlas fijamente, la vista, ya cansada, finge hilillos de luz que van de unas a otras, y en los aires se cruzan y se quiebran; y hasta parece que, en su caminar, van levantando una música tenue, música de flautas, o cosa así, que se oye a cien mil leguas de distancia. ¡Qué hermoso está el cielo! ¡Y la copa del álamo! Tiene aquel álamo que sirve a Paco de reposorio forma de ciprés; pero es tan risueño como tristes suelen ser los cipreses: porque las hojas, como sonajas de pandereta, se mueven todas a la vez, y, al moverse, de tan pulidas como están, reflejan la luna, y brillan y espejean; en aquella copa que se mece en la noche hay más luz y más ruido que en un día de sol.

¿Qué suena? Un renacuajo que da en el agua saltos mortales. ¿Qué se mueve en el aire? Un pájaro de noche que lleva alas de seda para no hacer ruido. ¿Qué lira destemplada suscita, a ras del suelo, notas bucólicas? Es un grillo que canta. Y en los juncos, encima del agua, hay cien grisonetas que tienen alas de terciopelo.

He aquí que el caballo se impacienta, relincha con fuerza llamando al caballero, y sus cascos golpean los guijarros, haciendo de ellos saltar

chispas. Paco se acerca al animal, y habla con él, como con un amigo : —Vamos, *Bonito,* no te impacientes.— *Bonito*, alzando la cabeza, agradece, con una mirada húmeda, el halago de aquella voz. — ¿Qué estabais meditando, mi amo? — parece preguntar; y el amo le da dos palmadas en el anca con aire de camaradería afectuosa. — ¿Qué entiendes tú de meditar, *Bonito?* — *Bonito* se impacienta y piafa. — Vámonos a casa, mi amo. — A casa, pues. — Paco monta de un salto, se yergue en la silla, empuña las riendas. *Bonito*, satisfecho, sale al trote.

Paco Trelles es alto y bien plantado : tiene la cara fresca, el pelo rubio y los ojos de ese color azul que está en las flores de la hierbadoncella. Su madre fué asturiana, y él, que tomó de ella salud y gallardía, es un fornido cántabro que hace honor a la vieja raza. Viste con cierto empaque, medio aldeano, medio señorito, terno de alpaca azul obscuro, y lleva boína; la camisa blanca reluce de limpia. Es aureola de su rostro la alegría, de sí misma conocedora y satisfecha, que da la intuición del poder, la conciencia de sabérselo todo posible y juzgárselo todo permitido; y es que Paco, que de leyes eternas entiende poco, y de de quintas esencias y problemas sociales nada le

importa, sábese por encima de toda ley soberano del pueblo, del concejo y aun del partido judicial, puesto que es hijo único del señor Manuel Trelles, cacique, por la gracia de Dios y de sus mañas electorales, en aquel rincón de tierra donde la Providencia sembró praderas y álamos y campos de lino, y donde el sufragio universal hace brotar un diputado con frecuencia consoladora. ¡Benditos sean la Providencia y el parlamentarismo que tales cosas crían!

Dicho esto, bien se comprende que nuestro amigo — pueden ustedes creer, bajo la fe de mi palabra honrada, que Paco Trelles ha de ser nuestro amigo — se juzgue feliz. Hay escudos — y el prestigio caciquil es uno de ellos — que no existe desdicha capaz de vulnerar. Confieso ingenuamente que, mejor que poeta, quisiera haber nacido hijo de cacique. Naciólo Paco sin querer; pero harto se alegraba de que así hubiese acaecido. Y ya esta alegría es de estimar, porque indica cierta virtud de conformidad, harto rara, y por lo tanto bien digna de ensalzamiento, en nuestra actual generación de *inconformes*.

Y de ser cierto, como afirman filósofos, que tanto como en la adversidad se prueba en la prosperidad el temple de las almas, no debe de estar

mal templada el alma del gallardo mancebo, porque a fe que son hartas las prosperidades que la vida le obliga a sobrellevar. El señor Manuel Trelles, además de influencia, tiene pesetas. Aquellas praderas que de loma arriba van trepando, felpudas y verdes, suyas son; suyos, los huertos a la vera del río, y las tierras *de pan*, ahora en rastrojo, erizadas y ásperas, y los campos de lino, color de oro viejo; y suyas, vacas y becerras sin cuento, y dos cabras blancas, de esas que evocan mitologías, y lo mejorcito del pueblo en casas, y el almacén y la tienda de comestibles, y hasta la taberna.

De tales materiales riquezas del padre destilan para el hijo otras tantas espirituales bienandanzas: señorío sobre los hombres, envidia de los mozos, simpatía de las viejas, enamoramiento entre las hembras de buena edad... ¿Quién contará los amigos de Paco, y quién numerará las fortalezas de esquivez femenil rendidas a su omnipotencia?

Sin duda en cosas de este jaez va meditando Trelles mientras cabalga; acaso, acaso en la novia que viene de visitar.

Elena Quirós se llama la novia, y así como esta Elena imagino yo que debió ser aquella otra de Troya, alta y gallarda, metida en carnes y sana de

color, con la boca jugosa y colorada, y por sobre la frente altiva, el casco de cabellos negros. Tiene esta que yo digo, mitigando la altivez de la frente, ojos de manso y apacible mirar. Sobre su pecho, alto y recio, descansa una cruz de oro con una piedra verde. Y bien creo yo que, mirando la cruz aquesta, asentada sobre tan firme sustentáculo, vendrán al pensamiento de cuantos miren ideas de amores amasados en limpieza y constancia, y bajarán de la memoria a los labios las palabras ardientes del Esposo: «Ponme como sello sobre tu corazón.»

Bien pronto, al trote de su caballo y al volar de sus pensamientos, llega al pueblo el jinete. Las calles dormidas, como que despiertan sintiéndole pasar; ladra un perro, y ladran en coro, respondiéndole, todos los del contorno.

Las calles parecen continuación de la carretera: son anchas, pavimentadas de cantos rodados, flanqueadas por edificios bajos, saturadas de ese olor sano a cereal, a paja y harina, que es como aliento de abundancia en pueblos labradores; las puertas, anchas, para poder, abriéndose, dar paso a la balumba de los carros cargados con la mies, están profusamente claveteadas y pintadas de verde y de rojo; alúmbralas la luna, y, como a ellas, a las pare-

des, que quieren ser blancas, poniendo en evidencia hasta el último descostrón; y hay refulgencias extrañas en el suelo, entre los guijarros, en cuyos intersticios parece, a trechos, como si se hubiesen sembrado diamantes. Y todo está inmóvil, sereno, en paz. Diríase que se oye dormir al pueblo entero. En medio de la plaza, la cruz de piedra tiende su sombra como una bendición, y en la espadaña de la iglesia, la campana, que se detuvo en una media vuelta, evoca la figura de una vieja dormida en la mitad de un padrenuestro. Frente a la iglesia refulgen los cristales de un mirador, y bajo el mirador hay una puerta de dos hojas, barnizada y pulida, con llamadores que son manos de bronce sujetando una bola; mirador y puerta, más cuatro balcones de hierro en el piso alto, dos rejas y un portón como de cochera en el bajo, decoran la fachada — insólita en el pueblo — de una casa con pretensión de moderna y ciudadana. En la pared, junto al portón, reza una lápida: *Almacén de géneros coloniales y fábrica de embutidos de Manuel Trelles.*

Paco llega a la puerta, que, al golpear de la mano de bronce, se abre por dentro. Aparece una mozona de aspecto hombruno, coge el caballo y desaparece con él en la revuelta de una calleja.

Entra Paco en la casa sin esperar la vuelta de la moza. Hay un gran vestíbulo con puertas a los lados, y allá, en el fondo, una escalera; los escalones chillan ásperamente a medida que Paco va subiendo. Arriba hay una sala, casi alumbrada por una mariposa; no se sabe si es grande la sala o pequeña, porque la luz no alcanza a las paredes. Paco atraviesa la habitación.

—¿Eres tú?—interroga una voz más que bronca saliendo de las profundidades de un dormitorio.

— Yo soy, padre. Que usted descanse.

— Hasta mañana.

La alcoba acoge a Paco con su tibieza cariciosa. A poco, duerme.

II

La casa del señor Manuel Trelles tiene detrás un huerto, y en ese huerto, un cenador de parra; debajo de la parra, una mesa de piedra y tres sillas de hierro pintadas de verde.

El señor Manuel Trelles tiene aficiones bucólicas: por lo menos es grande amigo de la comodidad, y entre las comodidades parciales que forman el total de la buena vida, cuéntase para él la costumbre, en las mañanitas de verano y en las tibias de otoño y primavera, de salir al huerto, llegar al cenador de parra, acercarse a la mesa de piedra y, una vez instalado en la silla de hierro pintada de verde, disponerse a tomar el desayuno. El tal desayuno ya está servido; pero es doble, y falta un comensal. Todos los días sucede otro tanto. Señor Manuel Trelles se acerca a la casa, y llama a grandes voces: — ¡Paco! ¡Paco! —

En el corredor del piso alto, Paco aparece soñoliento.

—Vamos, hombre, que ya está el desayuno.

—Allá voy, padre.

Con pachorrudo andar vuelve el señor Manuel al emparrado; instálase de nuevo, y comienza la refacción. Paco llega cuando el desayuno paternal toca a su término; en cuatro sorbos engulle el tazón de café, suscitando a diario idéntica observación del padre:

— Come despacio si quieres criar buena sangre.

La buena sangre es preocupación perpetua del cacique, que es buen cacique hasta donde es posible serlo. Hoy, bebido el café, retirado el servicio por la mozona hombruna, que peina greñas, calza su propia piel y fuma como una chimenea, padre e hijo se miran; acomodándose plácidamente en las verdes sillas, cargan sendas pipas y comienzan una interminable conversación silenciosa, en que hacen de palabras las espirales de humo.

— No tiene duda, hijo — dice el humo de la pipa caciquil, que sube lento, desenvolviéndose en volutas macizas y regulares —: la vida es cosa buena si se sabe tomar como es debido. Comer despacio, beber a tiempo y no hacer mal al pró-

jimo, siempre que el prójimo se deje gobernar a gusto.

El humo de la pipa de Paco se acelera al subir, y van sus espirales tan de prisa, que a trechos se quiebran; y digo yo que dice:

— Padre: a mí esto del comer y del beber a tiempo y sabor, como usted dice, claro está que me gusta; pero, al cabo de cuentas, me da lo mismo; en lo del gobernar, ya es otra cosa.

El humo azul se estremece de gusto. Es, a saber, que el humo de la pipa del padre es blanco sucio, casi gris, y el humo de la pipa del hijo, es blanco plata, casi azul; cuestión de óptica; uno está cara al sol, y el otro tiene el sol de espaldas; pero así son todos los matices de esta pícara vida.

Ibamos en decir que el humo azul se estremece de gusto a la sola palabra *gobernar;* el humo gris no le va en zaga, y, por un instante, tanto simpatizan en movimiento, que parecen un humo mismo con distinto color.

— Me gusta gobernar, ya lo creo; pero ¿no le parece a usted que esto de mandar a paletos es como gobernar un rebaño? A gentes de más fuste y voluntad, quisiera yo tener sujeta.

El humo gris se tiende bonachonamente en línea horizontal.

— Me haces gracia, chicuelo; esto de ser amo de un pueblo, no es grano de anís; y tiene su intríngulis, vaya si le tiene.

— Sí que le tiene — replica el humo azul, prendiéndose a una pámpana y desparramándose por debajo de ella —, sí que le tiene; pero sabe a poco.

— Puede que tengas razón, muchacho — el humo gris se para bruscamente; las volutas nacientes se desmelenan, lacias, en la ancha boca de la pipa —; las cosas viejas, para los viejos; con poder y dinero se va a todas partes; tú, joven eres, y de uno y otro, por vida mía que no te ha de faltar.

El humo azul se riza subiendo, subiendo; parece, dorado por un rayo de sol que encuentra en el camino un blondo rizo de mujer; llegado a lo alto del cenador, ondula entre hojas, pámpanos y racimos; unas partes de él quedan en luz y otras en sombra; y con luces y sombras escribe bajo el toldo de la parra, el grandísimo volandero, un nombre mágico que tiene seis letras y dos admiraciones: ¡Madrid! El humo gris manda una bocanada que borra el letrero; pero el azul, ayudado por el sol, su cómplice, vuélvele a cifrar; y, sin duda, allí se queda escrito, y los ojos del señor

Manuel Trelles, que por azar han mirado hacia arriba, sin duda también aciertan a leerlo, porque es el caso que, después de un momento de contemplación, bajando la mirada de la parra al hijo, dice como si interrumpida conversación reanudase.

— De modo que sigues en tu idea de irte a la Corte...

Paco da un salto como si despertase. Mientras que allá arriba escribía el humo, y el padre miraba, andaba él peregrinando peregrinas peregrinaciones. Paréceme que al término de ellas estaba el discutido Madrid, y dentro de la ciudad-promesa, buen laberinto de triunfos y placeres. Cogido de improviso, responde, sin saber qué responder:

— Usted dirá.

— Tú eres el que has de decir.

— ¿Yo? Usted es quien tiene que soltar las pesetas.

— ¡Qué mil demonios tienen que ver aquí las pesetas! — arguye el cacique con sincera explosión de desprendimiento —. El caso es que tú tienes gana de irte a Madrid. — Paco asiente, inclinando la cabeza. — A hacerte un señorito. — Paco se ríe. — Un señorito — insiste el padre, pi-

cado por la risa aquella, que se le antoja inoportuna —, un señorito de carrera. Pues oye — y lanza una ojeada flameante, con solemne expresión de autoridad satisfecha —: no me parece mal.

El muchacho, que, sin duda, esperaba resistencia, hace un cómico gesto de gozoso asombro: va a responder.

— Buenos días, señores — grita desde la puerta del huerto una voz campanuda.

— Buenos días, don Lino.

— Adelante.

Y don Lino, precedido de un perro, seguido por dos perros, escopeta al hombro, cigarro en boca, se llega al cenador.

Es don Lino médico titular de este pueblo, al cual, por llamarle de algún modo, llamaremos Puente-la-Piedra.

Puente-la-Piedra es pueblo de tan sanos aires y saludables aguas, que apenas hay enfermos; puede decirse que las gentes se mueren sin mal, por el solo gusto de morirse. Por cuya causa el buen don Lino tiene poco que hacer y no mucho que ganar. Un algo fatalistas, en fuerza de buenos cristianos, los vecinos de Puente-la-Piedra deciden, con sobrada frecuencia, puesto que han de morir, no pagar al médico.

Y, sin embargo, don Lino engorda que es una bendición. —A mí — suele decir con cierta vanidad de nueva especie — el agua que bebo se me convierte en sangre. — Justo es decir que don Lino bebe algo más que agua, siempre que para ello se ofrece razón o pretexto.

Lleva ya treinta años en el pueblo, y tiene entre cincuenta y sesenta de edad. Puente-la-Piedra ha sido su primer y único partido. Don Lino es soltero. Don Lino es alegre. Don Lino tiene la pasión de la caza, llevada al más extremoso de los extremos. Don Lino miente a todas horas, en todas las conversaciones, con la más admirable de las frescuras, sólo por el placer de mentir, y dice sus embustes con voz tonante y borboteante, sin pretender que nadie los crea. Don Lino es republicano furibundo, y furibundo anticlerical. Don Lino es en Puente-la-Piedra suscriptor único a *El Motín* y *El Cencerro;* llama genio a Lerroux, y abomina de Salmerón *por tibio*. Don Lino tiene un ama de gobierno pálida, gazmoña y beata, que frisa en los cuarenta y cinco, y que ha clavado en la alcoba del propio don Lino una placa del Sagrado Corazón.

— Se desayuna, ¿eh?

— Ya terminamos; si usted gusta...

— Que aproveche. Yo desayuno con el aire de la mañana; una bocanada de este vientecito, que huele a tomillo, alimenta más que una chuleta; ¿verdad, *Canelo?*

Don Lino tiene la costumbre laudable de apelar a su perro favorito, en testimonio de sus asertos más o menos arriesgados; sin duda equipara un buen callar al famoso mentir de las estrellas. *Canelo*, al escuchar su nombre, mueve el rabo.

— Siéntese usted.

Don Lino se sienta en la tercera silla pintada de verde; los hierros crujen al peso de su formidable humanidad. Paco ofrece un vasito de «cualquier cosa». Don Lino acepta para «matar el gusanillo». La «cualquier cosa» resulta ser aguardiente, y no de lo más suave; el médico, tras minucioso paladeo de dos vasitos, llena el tercero, bebe hasta la mitad y arroja al suelo el resto; y entonces acontece que *Canelo* y sus dos congéneres se precipitan sobre el aguardiente y lamen la tierra donde cayó con avidez digna de mejor tajada.

— ¡Compadre, y qué perros gasta usted, don Lino!

— Malas costumbres que se les pegan de doña Mónica.

Doña Mónica es el ama de llaves.

Hay una pausa. Paco y su padre están preocupados con el gran proyecto. Don Lino tiene ganas de hablar, pero no sabe de qué. Si padre o hijo le hubiesen recibido con la pregunta sacramental: «De caza, ¿eh?», habría él contestado: «A lo que caiga», y tras tan buen principio, no hubiesen faltado venatorias hazañas que narrar, con más sabor de fábula que de historia. ¿En qué estarán pensando, que no se lo preguntan? Les mira; señor Manuel Trelles está serio, y grave cosa debe ser la que consiga enseriar al cacique; Paco, no cabe duda, anda por los espacios imaginarios. ¿A qué viene, si no, la contemplación obstinada de los racimos a medio madurar?

— Pensativo estás, Paco; ya sé, ya sé que andas enamorado; y no tienes mal gusto, ¡canastos! Elenita es guapa mujer. — Paco se ríe. Don Lino se ríe también. — ¿Acerté?

— No, señor.

— ¡Cómo que no!

— Digo que estábamos hablando de otra cosa.

— Ha de saber usted que este mozo se nos quiere marchar.

— ¿Marchar?

— Y a Madrid nada menos.

— ¡Buena es esa! — Don Lino se ríe con todo todo el cuerpo, y, sobre todo, con el vientre, redondo y mantecoso. — ¿Y qué quieres tú hacer en Madrid, criatura?

— Lo que hacen otros, ¡diaño! — replica el cacique, herido en lo más vivo de su vanidad paterna —; lo que hacen otros que son menos que él: estudiar.

— ¿Y qué va a estudiar?

— ¡Toma! Una carrera.

— ¿Leyes, o cosa así?

— ¡Qué cosa así, ni qué calabazas!... Leyes, ni más ni menos. ¿Le parece a usted que no tiene pinta de abogado?

— No lo digo por tanto — replica don Lino —; como pinta, sí que la tiene; de abogado todos tenemos pinta. Aquí estoy yo, sin ir más lejos, que, si me pongo a hablar, dejo en mantillas al propio Melquiades Alvarez.

— ¿Entonces?

— No digo yo que el chico no sirva para estudios; lo que hago es preguntar: ¿Para qué mil demonios quieres tú la carrera?

— ¿Para qué...?

— ¿Para qué? Tienes el padre alcalde y más que alcalde: tienes buena bolsa.

— Y ¿quién le dice a usted que el día de mañana no se le muere el padre?

— Las pesetas no se le han de morir.

— Además, figúrese usted que allá en Madrid, después de saber, que nunca está de más, le da por la política.

— ¿Y sale diputado?

— Eso.

— Pues mire usted, señor alcalde, yo creo, y créame usted a mí, que en estos tiempos, y en todos los tiempos, más que ser diputado, vale hacer diputados. Vamos, que a usted no le va tan mal con el oficio...

Señor Manuel Trelles suspira, halagado por el piropo.

— No va mal, no.

El cacique es un tanto sentimental; atúsase la barba y, como siempre en semejantes ocasiones, dice melancólicamente:

— ¡Pobre Lorenza!

Lorenza es «la difunta», la madre que fué de Paco Trelles. No fué el señor Manuel, en vida de la esposa, modelo de amabilidad conyugal; pero el caso es que la buena mujer no pasó mala vida. Conocióla en un viaje que en sus mocedades hizo a Gijón, donde ella, con sus padres, tenía una ta-

berna en el muelle. Era carirredonda y pizpireta, amén de ambiciosa y malavenida con la estrechez del *chigre* paternal. En su matrimonio con Trelles, ella representó siempre la parte aristocrática, y empleó los dineros del marido como emplean los suyos los *indianos* de la tierra donde nació: en hacer casa a estilo de ciudad, y en educar al hijo a manera de señorito; de aquí el mirador y los llamadores de bronce, y el hallarse Paco a los diez y siete años, cuando murió la madre, bachiller en letras por obra y gracia del Colegio de RR. PP. Escolapios, que entonces en León había, y aun hoy creo que existe.

— ¡Pobre Lorenza! — repite don Lino, como si dijera: «Buen día hace» —. La verdad es que era una mujer como hay pocas.

— Dígamelo usted a mí. Tres años hace que murió la pobre, y la siento como el primer día. — Tal vez señor Manuel dice más verdad de la que cree decir.

— Mi madre — insinúa Paco — siempre quiso que yo estudiara.

—Sí que lo quiso. Si ella hubiese vivido, ya tendríamos la carrera a medio hacer; pero, ya se ve, los muchachos tienen poca afición a los libros, y yo, por no quedarme solo... ¡Si ella levantara la cabeza!

A don Lino le hace poca gracia el corte sentimental del diálogo; a él, la memoria de los muertos que a sus manos murieron, le causa siempre cierto resquemor desagradable; sobre todo cuando el enfermo fué en vida de los pocos dados a pagar sus visitas. A la difunta de Trelles llevábala él en el corazón, porque la buena señora era mujer de rumbo y aficionada a regalar. En su tiempo, don Lino era harto menos vegetariano que a la sazón. Y no es que el señor Manuel Trelles carezca de buena voluntad: es que los hombres — palabras textuales de doña Mónica — no caen en ciertos detalles.

— Ea, no hay que pensar en cosas tristes. — Pónese en pie y se limpia el sudor. Don Lino suda hasta en invierno y hasta sentado. — En marcha, *Canelo*. Hasta la vista.

A Paco se le escapa la anhelada pregunta:

— ¿Va usted de caza?

Y la respuesta clásica no se hace esperar:

— A lo que caiga; no será mucho, ¿sabe usted?, porque ahora los conejos andan muy escamados y huelen la pólvora a diez leguas. Si yo les contara a ustedes lo que me ocurrió el domingo con uno, allá en el cerro de los Molinos...

Y don Lino vuelve a sentarse para narrar la

historia; y tan prolija y portentosa es, que llega el mediodía refiriéndola; y oyendo el campaneo de la torre, dice:

— ¡Caramba!, las doce ya..., vamos a ver a doña Mónica.

Y se marcha a casita; y así sucede un día y otro, y el siguiente; porque las excursiones venatorias del médico y *Canelo*, y el *Morito* y el *Lobo*, que así se llaman los otros dos perros, y las fazañas de la terrible escopeta, tienen término cotidiano en el vasito de «cualquier cosa» tomado a la sombra del cenador de parra. Y este es el misterio, y esta la significación de la tercera silla verde. Y, por causa tal, don Lino, aunque cazador consumado, hállase reducido a la casi exclusiva alimentación vegetal desde que la difunta es la difunta.

III

Hay pueblos que están en el mapa y que no existen en la realidad: fueron y ya no son. Tal vez su nombre suena a grandeza en viejos cronicones, y ahora quedan de ella cuatro casas y el alma, alma que suele ser una ruina.

El alma de Campeces es el convento de la Asunción, y las sus cuatro casas son tres casonas viejas de labradores venidos a menos y una medio taberna, medio venta, cuya muestra reza de este modo: *Posada de Zanardi, italiano. Se habla francés.* Harto dice este rótulo, puesto que dice visita de extranjeros, que el tal convento es cosa de arte y gusto, y sobradamente pregona su abandono que está declarado monumento nacional. Recuerdo que lo vi en un día lluvioso, y parecióme como si la indiferencia de tres generaciones estuviese arrojando lluvia de ultrajes contra su fina fachada plateresca: lagrimeaban las cornisas sobre las con-

chas, doseles de hornacinas vacías, como llorando ausencias de los santos que las poblaron. Bajo las hornacinas hay un friso hecho de medallones — rostros de mártires y confesores, vírgenes y viudas —, rostros que parecen levantarse anhelosos en busca de aquellos otros que faltan, interrogando tristemente: ¿Dónde habéis ido, hermanos?

La decoración gaya de todo el edificio, con sólo el faltar de aquellas esculturas, se ha tornado triste; y es que no hay cosa que destile melancolía como el perdurar de un adorno finado el cuerpo que debió adornar, y los santos de la fachada eran cuerpo y espíritu en el convento de la Asunción.

En este día — 9 de septiembre — no llueve, que hace sol, y se acerca el crepúsculo de la tarde. La luz que se huye va deslizándose fachada arriba, como de mala gana: ya pasó del zócalo, ya resbaló sobre los medallones y pasó también; ya está en las hornacinas; ya las hornacinas quedaron en sombra; ya la sombra trepó al balconaje y sólo las últimas vidrieras refulgen como bocas de horno.

Es cosa digna de notar que en Campeces, pueblo de cuatro casas, hay hasta dos docenas de chiquillos, y con ser veinticuatro, parecen ciento, tal es su don de obicuidad. En esta misteriosa hora crepuscular hay buena porción de ellos re-

volcándose medio desnudos en el polvo de la carretera; hay otros tantos, no muy más vestidos, en el portal de la posada, alcanzándose a ver siete por el portón abierto de un corral, y óyese el rebullir de no sé cuántos más allá de las tapias del convento: los de la carretera, después de revolcarse, juegan al toro, luego a ladrones; cansados de jugar, riñen; el más chiquito del enjambre dase a correr, gimiendo y llorando, porque en la riña se ganó un cachete.

La puerta de la iglesia está entornada: el rapaz la empuja y entra por ella; detrás de él penetra una banda de luz; pero corre que corre, como luz que es, y llega en un vuelo al altar mayor. «Mío es el retablo», proclama orgullosa, desparramándose sobre guirnaldas y columnillas; pero, ¡pícaro mundo!, en lo más alto, allí donde seis ángeles mofletudos sostienen seis canastos pomposamente henchidos de frutas de oro, está reinando otra banda de luz, y ésta no sólo es luz, porque es policromía, como que llega atravesando la vidriera pintada del rosetón del coro.

El muchacho cruza la iglesia, que está sola y desnuda; parece que del techo al pavimento está cayendo frío gota a gota. Las paredes son blancas; las columnas valientes, como que se desplie-

gan en la sombría nervación de la bóveda: rosetones de oro parecen enclavar los nervios blancos. Siendo la nave gótica, los altares son, como la fachada del convento, de profusa labor plateresca, y la sillería del coro es una talla de madera obscura que dice austeridad; en medio de la nave hay un sepulcro; sobre él yace una estatua, que debe ser de mármol; acaso un abad — la obscuridad la envuelve —, acaso una infanta. El rapaz empuja la puerta del crucero, sigue el cuitado gimoteando, frotándose los ojos a qué quieres puño, embadurnándose el rostro en babas y lágrimas: su llanto arrecia al entrar en el claustro, donde se oyen risas.

El tal claustro, en tiempos de entonces, debió ser austero; pero hoy, en la serenidad de la tarde, es tan alegre como un jardín. En él un arco, de columna a columna, hay tendida una soga, y colgando de ella blanquean al aire ropas de niña: hay en el otro una jaula de alambre plateado, en la cual un canario se desgañita; triunfa un jazmín en el de más allá, y en los restantes se apiña una legión de macetas con plantas familiares y campesinas; allí están la ruda y el tiesto de albahaca, y el barreño, que parece un campito, sembrado de fresco perejil, y el cajón de la hierbabuena, y los claveles presos en prisiones de caña, y el rosal

que ya no da rosas, pero que las dará en primavera, y el geranio con flores de sangre que huelen a hierro y saben a salud.

En el patio claustral crecen coles, y más allá patatas, y en el centro tomates, y en los rincones cañas de maíz; y entre coles y cañas hay más chiquillos, casi media docena de aquellos veinticuatro de Campeces; y junto a los chiquillos está Elena Quirós, que cortando zoquetes de una hogaza — tal la inmortal Carlota — reparte la merienda a sus hermanos.

El rapaz gemidor se acerca a ella.

— ¿Qué tienes, Vicentín? ¿Por qué lloras?

— Poque... poque... Segundo me ha pegado un cachete.

— ¿Segundo? — vocifera con voz de harpía una mujer cuarentona y enlutada, que surge como por ensalmo no se sabe de dónde —. ¿Segundo te ha pegado?

— Sí..., sí, señora.

— Pues ahora, ahora mismito va a saber ese tuno quién soy yo; ¡hijo de mala madre y peor padre! Habráse visto...

La fiera enlutada atraviesa el patio. Tiene la frente como plegada a máquina, la boca desdentada y el talle flaco y rígido.

— Si te digo que ahora lo vas a saber...

— ¡Madre, por Dios! —suplica Elena.

— ¡Qué por Dios, ni por Dios! Si te digo...

— Me ha pegado un cachete — sigue gimoteando el arrapiezo.

— Déjelo usted, que no vale la pena.

— Es que si se figura su madre que porque tenga taberna van a pegar sus hijos a los míos, está muy equivocada.

Atraviesa la iglesia más de prisa que poco antes la atravesaba el rayo de sol, sale a la carretera, ¡y allí es Troya!

La señora Zanardi — aunque imposible parezca — es aún más flaca y más curtida que la Quirós; con más simetría y primor tiene plegada la frente, más tieso el talle y más negra la boca; y luego, como italiana consorte que es, posee un vocabulario insultador rico con la riqueza de dos lenguas, más los insultos mixtos que de ella, merced a sabias yuxtaposiciones, ha ido formando.

Lo peregrino del caso es que la ira de las dos mujeres, si pródiga en palabras, es parca en acción; de puerta a puerta libran la batalla, pero la carretera tiende entre ellas su anchura polvorienta — cinta de paz; las lenguas bien templadas pasan de la arrogancia al heroísmo, y en tanto, las

manos quietas y la distancia honesta firmemente guardada ofrecen alto ejemplo de femenil cordura. En esta sabia lucha triunfó, como siempre, el el más fuerte. La señora Zanardi abruma a la Quirós con su abundoso léxico, espada de dos filos. La vencida vuelve a entrar en su casa paladeando con agrio gesto la derrota, y apaga sus rencores zurrando de lo lindo al desdichado Vicentín, causa bien inocente de la pelea. Después desaparece como vino, no sé por dónde.

Elena recoge en sus brazos piadosos al zurrado, y le encalma y le besa; siéntase en una piedra, y haciendo de su regazo cuna, le mece y le canta; a poco el chicuelo, bien hallado en el tibio refugio, se duerme y sueña, y soñando se ríe; despiértale la hermana a puro besuqueo y él sigue riendo despierto, sin acordarse de lo que soñó. Elena le coge de la mano y sale con él a la carretera.

El sol se hunde más allá del río; pero, como no hay nubes, su retirada no es soberbia, sino religiosa: un mar de polvo de oro bien cernido, en que brota un topacio color de fuego. Es hora de paz. Elena se divierte viendo cómo el topacio declina y poco a poco desaparece; Vicentín, mimoso, le lame la mano como un perrillo y advierte que la piel fresca sabe salada y agridulce: a gar-

banzos tostados y a limón con azúcar, piensa el goloso. Elena, halagada por el cosquilleo, acaricia al muchacho sin saber lo que hace. En el fondo de tabla bizantina pintado por la luz a Poniente aparece la negra silueta de un hombre que cabalga. Es Paco Trelles.

La cruz de oro, la de la piedra verde, se sobresaltaba sobre el pecho firme; el rostro de la novia se arrebola. ¡Mírale qué galán! ¡Con qué arrogancia monta, y qué gallardo viene, y qué rebién le cae la sombra del sombrero sobre la frente blanca, y qué gracia tan pícara le hace la espuma retostada del bigote sobre los labios rojos!

Bien se alegra la niña de que estén las vecinas en las puertas para que vean llegar al que por ella viene, para que admiren el gracioso ademán con que de lejos la saluda, y el saltar galano con que echa pie a tierra, y aquel limpiar indiferente el sudor del sombrero con el gayo pañuelo de seda.

— Buenas tardes, mi alma.

— Buenas tardes.

Con aire triunfador entra en el monasterio la gentil pareja. Hasta el rapaz siempre cogido a la mano de Elena, que antes estaba fresca y ahora está calentita como rosquilla que sale del horno, se engalla mirando a sus amigos, que en el polvo

siguen ganduleando; y parecen decir sus ojillos encandilados:

— Miradme bien: soy el hermano de la novia de Paco Trelles.

En el claustro, bajo el diamantear de los luceros, la novia llora.

— No me lo digas, Paco, no me digas que te quieres marchar.

— Vamos, rapaza, no seas tonta. Cualquiera creería que me voy a morir.

— Para mí, como si te murieras, como si te murieras...

— Si en junio he de volver.

— Entonces, Paco, ya no me querrás.

— Es decir, que tú piensas olvidarme...

— Yo no te olvidaré, porque nunca he querido a nadie más que a ti, porque te quiero y te querré mientras viva.

— Y yo...

— Tú querrás a otras, más bonitas que yo, más buenas que yo. ¡En aquel Madrid! — Elena dice «aquel Madrid» con el mismo terror con que un ángel diría «Satanás», y solloza, diciéndolo, desesperadamente.

Paco, a quien la conciencia un tantico turbada no permite grandes razonamientos, apela para convencer a su novia al supremo recurso. Le ha cogido una mano, aquella misma en la que Vicentín encontrara tan sabrosos sabores, y la acaricia blandamente, y la besa, y trenza los deditos morenos, y entre los suyos los separa, y luego los reúne en prisión cariciosa. Y habla como si, olvidado el viaje, sólo recordase el amor:

—Miren qué mano de princesa tiene mi mujercita; mi mujercita, que se pone muy tonta de mimo que le dan, y que llora para que sepamos que tiene los ojos bonitos — Elena suspira —; sí, señor, muy bonitos, y muy negros, y muy llorones.

Elena sonríe.

—¡Ay, Paco, si tú supieras por qué lloran tanto!

— ¡Que no lo sé! Para que yo les diga que les quiero mucho. Pero no se lo digo, ya ves, no se lo digo. Te lo digo a ti, porque te quiero más que a ellos.

— ¡Paco de mi alma!

— ¡Señor, qué fúnebres sois las mujeres! ¿Por qué suspiras?

— Porque te quiero.

— A mí el quererte me da siempre gana de reír.

— Ya ves tú lo que son las cosas, el quererte a ti me da a mí gana de llorar.

— Gracias.

— No, tonto; si desde que lloro por eso estoy más contenta que nunca, y además también río muchas veces; mira, por la mañana, en cuanto me despierto, digo: Paco me quiere, y entonces, entonces sí que me dan ganas de reír. Vicentín lo sabe. Cuatro besos le doy cada mañana pensando en ti.

— ¿Conque cuatro, eh?

Paco, sonriéndose, coge a su novia por el talle.

— ¿Conque cuatro besos?

Y aceleradamente prende en sus labios hasta media docena.

IV

Esta mañana, que es fresca y jubilosa como un clavel recién abierto, salen Paco y su padre a hacer visitas de despedida.

— Iremos — dice Paco — a casa del padrino.

El padrino vive en Sotonegro, a unos siete kilómetros de Puente-la-Piedra.

— De paso — dice el padre — visitaremos al capellán de Armendia.

El capellán de Armendia vive en su casona, que está a medio camino de Sotonegro.

Con el fresquito de la mañana da gozo caminar. Yo creo que al amanecer, cuando el cuerpo despierta, la conciencia una hora sigue durmiendo, y por eso es siempre esta hora matinal hora limpia y blanca, y el alma en ella salta y retoza como si fuera niña, porque nada le pesa, y por eso los días en que no aprovechamos esta paz madruguera suelen ser grises.

En el campo están arrancando el lino; átanlo en haces, que son rechonchos y cabezudos. Ocupados en la recolección, hombres y mujeres se afanan como hormigas. Las tierras que fueron de trigo están lisas y pardas, esperando la nueva sementera; a lo lejos de las viñas ostentan su pompa tardía, y un palomar — torre blanca techada de rojo — toma en la unánime llanura aires de fortaleza.

Padre e hijo caminan a buen paso, y como siempre que se encuentran juntos, hablan muy poco y se entienden muy bien.

Hoy está Paco de buen humor. Señor Manuel no le tiene malo. El viaje, aunque ya formalmente decidido, no ha alcanzado ese límite de proximidad inmediata en que comienzan las tristezas de la despedida. Señor Manuel sabe que el hijo se le va; aun no se ha dado cuenta de que se queda solo, y no recuerda que el estar solo es cosa triste.

A cada paso llueven los saludos. En la casilla del peón caminero hay cuatro viejos que toman el sol.

— ¡Adiós, señor Manuel, y la compañía!

— ¿Conque se nos va Paco? ¡Vaya, vaya!

— Y a Madrid nada menos.

— ¡Qué se ha de hacer, hombre; que se ha de hacer!

Y cabecean los cuatro a coro, como si aquel viaje fuese un gran problema para sus cuatro cerebros, encallecidos bajo las canas.

Una muchacha vuelve de la fuente; trae el cántaro en alto y las manos puestas en las caderas, arqueando los brazos como asas de ánfora.

— ¿Conque te marchas a Madrid, Paco? ¡Buena vida que te vas a dar!

Y se ríe con toda la cara, alegre como sol madrugador.

— ¿Tú sientes que me vaya? — pregunta el mozo.

— ¡Como que me estoy muriendo de pena! — replica ella entre dos risotadas —. ¡Y que te casarás con una señorona de por allá! ¡Quién fuera tú! — añade filosóficamente; y pasa.

Para aquella rapaza el viaje de Paco es un cuento de hadas que acaba en boda.

Hay en una pradera una vieja que guarda una vaca.

— Muy buenos días, señor Manuel. ¡Ay, Paco, hijo, conque te vas! ¡Dios te bendiga, hijo! También se fueron los míos, también... ¡Dios te bendiga!

Para la vieja que guarda la vaca, el viaje del mozo es un recuerdo.

Cinco rapaces andan *a moras* en una linde; quítanse las monteras y dicen con tonillo, como cantan en clase la doctrina:

—Buenos días, señor alcalde, ¿cómo está usted?

Y luego, picoteando como pájaros:

— Ese es el hijo... el que se va —, y se ríen.

Para ellos, Paco es uno que se va, y el famoso viaje una palabra que suena a hueco y hace reír.

Allí está la casona de Armendia, y en el huerto de la casona el capellán. Es hombre de hasta cuarenta años, alto y huesudo, con el pelo de tan negro color, que parece haberle desteñido rostro abajo, matizándole surcos y arrugas con pinceladas de mal agüero. Tiene la boca a modo de caverna, con dientes amarillos, plantados en tan varias direcciones que más que hermanos parecen enemigos. Se llama don Alfonso de Ordóñez y Armendia; pero en el pueblo todos le nombran por el apellido segundo, que es titular de la casona, herencia de la madre.

Está el don Alfonso a la sazón con la sotana arremangada y bien sujeta a la cintura, dejando al descubierto los calzones de pana, que un día fueron negros y hoy son verdes a trechos y a trechos rubios, los pies sumidos en grandes zuecos, la cabeza al aire y todo él afanado en azadonear

un cuadro que fué de remolacha, y que será de nabos en la próxima siembra, y mientras zarandea el azadón, grita con voz de bajo profundo — voz que es su orgullo y que le hace ganar buenas pesetas en los entierros *gordos* de toda la provincia:

— ¡Gandules, más que gandules!... Así se trabaja, así... ¿Conque liando un cigarrito? Buen cigarrito nos dé Dios. ¿Echo yo un cigarrito? ¡Gandules!

Los gandules son dos mozos de campo que poco más allá trabajan como bestias.

El breviario, forrado en percalina, descansa abierto entre dos ramas bajas de una higuera, y a las veces aletean sus páginas tiesas y amarillas como si quisieran volar; dícenme que es el aire el que las mueve; pero bien creo yo que, más que el aire, muévelas el espíritu de amor que sobre ellas, en cánticos y salmos, anda envuelto, y que no puede sufrir con paciencia las vociferaciones del clérigo. Yo sé que un pájaro, bajando de la copa de la higuera, ha ido a posarse en las abiertas páginas, y sé que en la página donde se posó hay unas líneas que a la letras dice: *Laudate nomem ejus quoniam suavis est Dominus, et in æternum misericordia ejus.*

— A la paz de Dios, don Alfonso.

— Buenos días, señor alcalde. Felices, Paco. De paseo, ¿eh? ¡Dichosos ustedes que tienen tiempo de pasear! Yo aquí, esclavo de esta gente, porque en cuanto uno se descuida... Siéntense, siéntense y descansen... Dichosos ustedes...

— Pero, don Alfonso — insinuó Paco —, ¿por qué se afana usted de ese modo?

— ¿Por qué se afana usted...? Es mucha cantinela; todos decís lo mismo: ¿por qué se afana usted? ¿Voy a dejar que se lo lleve todo la trampa? ¡Buenas andarían las cosas si yo no me afanase!

El capellán habla *ex abundantia cordis*. Es mucha manía la de la gente, empeñada en que él no ha de ocuparse de lo suyo. ¿Que no tiene hijos? Y porque no los tiene va a tirar el caudal por la ventana... ¿Que no come, que no duerme, que no sosiega, que no deja dormir ni sosegar a nadie por sacar cuatro cuartos a la casona? ¿Y qué le importa a nadie? ¿De quién es la casona? ¿De quién, en resumidas cuentas, los cuatro cuartos? ¿A quién le va o le viene en que él coma o no coma?

La verdad es que pasa la más aperreada vida posible, yantando berzas, durmiendo en pajas, levantándose al alba y trabajando hasta que muere el sol, que aquellos cuatro cuartos deben ser muchos miles y que nadie sabe dónde están; y

dicen las gentes: «Al capellán lo matan una noche para buscarle el *gato*.»

— Pues nosotros venimos de despedida; éste se marcha.

— Y no quise marcharme sin decirle a usted adiós.

— Dichoso tú que dejas esta pícara tierra. Mírame a mí: sudando como un negro... ¡Ah, grandísimo perro! Aguarda, aguarda...

El «grandísimo perro» es el pájaro del breviario, que, cansado de picotear salmos, se almuerza un higo. El capellán le tira una piedra; pero el ladrón, que se pasa de listo, en un revoloteo se planta en el tejado y la mira pasar; cayendo la piedra da en el libro y lo cierra de golpe, rebota luego y, al tocar en tierra, troncha una col. Consternado el capellán, enmudece. ¡Un higo y una col le ha costado el maldito pajarraco, que ahora, filando un trino, celebra la hazaña y burla del clérigo!

Los visitantes se despiden.

— Ya sabe que pasado mañana le esperamos en casa.

— ¿Pasado mañana?

— Paco, antes de marcharse, quiere obsequiar a los amigos. Se comerá un arroz — y *lo que caiga*,

diría don Lino. Don Lino está soñando, hace ocho días, con aquello que el jueves ha de caer.

Pasado el puente, que es formidable y mueve a risa, sobre el río seco, empiezan las praderas: regatos de cristal las cruzan y las cantan, y cae sobre el verdor de las hierbas la sombra de los álamos que hacen la linde. La sombra de un álamo sobre una pradera, no acaba nunca de llegar al suelo; es como una caricia que anda buscando sitio en que posarse y no le halla; a mí me causan pena estas sombras que nunca se están quietas..., y aquellas otras que caen dentro del agua y que el pasar del agua va rompiendo.

Más allá hay huertos cercados de piedra; en uno de ellos se oye cantar á un hombre a compás de una noria.

Como va adelantando la mañana, pica el sol, y los dos caminantes aceleran el paso; un poco más allá cabecean las frondas de Sotonegro.

Es Sotonegro una finca grandísima, medio de recreo, medio de labranza. La casa-habitación está escondida entre copudos tilos; por las blancas paredes serpentean hasta diez variedades de parra; la que endosela el pórtico es de anchas hojas verde profundo, y los racimos tienen color de ámbar; la que encuadra las rejas tiene menudas pámpanas

tiernas de color, y las uvas parecen gotas de ajenjo; sube a la balconada el pomposo racimo moscatel, y la plebeya *tinta* abraza la fachada posterior, en complicidad humilde, con una su arrogante hermana venida de muy lejos, cuyos racimos largos, a medio madurar, tienen color de púrpura.

Bajo la sombra eglógica de aquellas parras vive el padrino, y vive la mujer del padrino, y vive con ellos una perpetua luna de miel.

Tiene el padrino — que lo fué de boda del señor Manuel Trelles — setenta años, y tiene su mujer, doña María Inés de los Carriles, setenta y cuatro. Él es un buen señor que debió ser gran mozo, de barba luenga y blanca, y reluciente calva color de rosa. Doña María Inés tiene la tez florida como un jardín, y es chiquitina, delgada y pizpireta como una espiga. Yo no sé de qué tiene los ojos, que a ratos son azules; a ratos, verdes, y a ratos, grises, con una chispa dentro; pero verdes, o grises, o azules, todo lo ven y con todo se alegran; acaso aquella chispa que en ellos salta sea el don de de gozo con que vino al mundo.

Bien pronto atisba a los Trelles, que vienen camino adelante, y sale a su encuentro solícita y alborozada. Doña María Inés ha tenido diez hijos, y guarda de los largos días pasados junto a las diez

cunas, espíritu y ademanes de madre para cuantos a ella se acercan.

— ¿Eres tú, Paquito, hijo de mi alma? ¡Qué bueno estás, y cómo has crecido!

Hace muy cerca de cuatro años que el muchacho no dejó de crecer; pero la dama jamás omite esta benévola observación; y es que, tal vez, a todos los que ama tiénelos su corazón por niños, y siempre se sorprende al mirarlos hombres.

— ¡Adelante, Manuel, adelante! ¡Qué chicos éstos, y cómo van haciéndonos viejos!

Paco, sin querer, piensa que cuando él nació ya pasaba de vieja la buena señora.

— Cosas del mundo — dice el alcalde —; unos bajamos para que suban otros. ¿Y el padrino?

— ¡El padrino!...En el jardín, tan atareado como siempre; le han traído unas parras de Grecia y las está plantando a ver si prenden; pero voy a llamarle. ¡Cuánto se va a alegrar!

La viejecita rebusca entre los pliegues de su faldamenta; allí, pendiente de un cordón de seda, halla un silbo de plata; llévaselo a los labios y modula una nota larga y vibrante.

— Ya viene, ya viene; ¡cómo se va a alegrar!

Doña María Inés es mujer práctica hasta lo inconcebible; su casa es un verdado museo de arti-

ficios destinados a facilitar las tareas domésticas; en la escalera cuelgan, de piso a piso, cuerdas empoleadas; atadas a ellas envíanse, de arriba a abajo, los objetos, ahorrando así a la servidumbre la tarea de subir y bajar. Detrás de las puertas se disimulan nichos que guardan los plumeros y paños de limpieza propios de cada habitación; hay aguamaniles en todos los rincones; pasadizos y puertas de escape sinnúmero con destinos hábilmente estudiados.

Como en verano, buscando el fresco, habita la familia en la planta baja, y en invierno, en querencia de abrigo, se remonta al primero, hay dos cocinas, y dos despensas, y dos roperos, igualmente provistos y aderezados. Con esto la mudanza de piso no ocasiona trastornos, pues no hay que trasladar ni un plato ni un garbanzo. Últimamente doña María Inés ha inventado este refinamiento del silbo de plata. El padrino, llevado de su amor a la jardinería y horticultura, se escabulle hartas veces en el huerto; otro tanto sucede con los domésticos; a la señora parécele el llamarlos a voces cosa plebeya y de mal tono. «Pondremos — dijo el padrino, consultado sobre la ardua cuestión — una campana en el vestíbulo; cuando nos necesites...» «Pero ¿y si os necesito precisa-

mente no estando en el vestíbulo, habré de ir en busca de la campana?» — arguyó doña María Inés. Y, cavilando, cavilando, dió en la idea del silbo. Será como una segunda voz mía, puesto que irá conmigo; pero voz fina y musical, y argentada, dado que el silbo ha de ser de plata. Decidido el caso, fué el padrino a León y compró el instrumento. Tejió la señora, por el ancestral método del manojo de llaves, un cordón primoroso, y he aquí en funciones la segunda y argentada voz; pero al primer ensayo surgió una inesperada dificultad. Fué el caso que el padrino estaba en el jardín podando parras; Carlota, la doncella, en el piso primero haciendo la limpieza; Juana, la cocinera, se hallaba en el corral pelando un ganso; el cochero, Gerardo, quitando el polvo al coche en la cochera—es de advertir que en Sotonegro, y bajo el cetro amable de la dama, todo el mundo está siempre donde debe estar. Doña María Inés quiso hablar a su esposo; ¡aquí del silbo! Silbó; a la verdad, la nota era todo lo fina y argentada posible; aun estaba nuestra buena señora recreándose en oírla vibrar, cuando, a su gran sorpresa, hallóse rodeada de toda la familia. Llegó el padrino, verdaderamente; pero con el padrino, y aun antes que él, llegaron Carlota y Juana, y Gerardo, más el

jardinero y la portera, y el mozo de cuadra. ¡Válganos el Señor, qué partida nos ha jugado el silbo! Doña María Inés medita, y de la meditación surge un reglamento. Si se trata de llamar al padrino, silbará una vez sola — *à tout seigneur, tout honneur* —; dos, si a la cocinera; tres, si a la doncella, *et sic de cœteris*, aumentando silbidos a medida que bajan categorías; y para que así conste y se recuerde, el padrino, con magnífica letra redondilla, redacta un cuadro, que es como sigue:

USO DEL SILBO DE LA SEÑORA, Y SU SIGNIFICACIÓN

1 silbido.—Es para llamar al Sr. D. Carlos, su esposo.
2 » — » » a Juana.
3 » — » » a Carlota.
4 » — » » a Gerardo.
.....
.....

Cerrado el documento con un rasgo digno de Iturzaeta, clavóse con doradas tachuelas en la pared frontera del vestíbulo..., y aun rige.

Entretanto, ha llegado el padrino: viste un holgado levitón; libra del sol la calva con un vetusto jipijapa, y lleva lentes de oro. Rancia costumbre de sus buenos tiempos, dáselas de gallardo al andar; pero ya la tierra va tirando de él, y su espalda, encorvándose, responde al llamamiento. Hay, por parte de visitantes y visitados, cambio caluro-

so de amabilidades y saludos. Doña María Inés contempla a su marido con sonriente arrobamiento, como si Adonis fuera y por primera vez le mirara; ¡y qué amable, en su rostro de vieja, aquella sonrisa de amor siempre joven!

— ¿Dónde estabas, hijito? Creí que no me oías, y estos muchachos se impacientaban.

Señor Manuel Trelles se esponja. Siempre complace oírse llamar joven por una dama, siquiera sea tan vetusta como doña María Inés.

— ¡Por supuesto, que coméis con nosotros!

— ¡Pues no faltaba más! — Doña María Inés silba dos veces; como por arte mágico surge a su lado Juana. — Estos señores comen con nosotros; dispón la mesa bajo el emparrado, y prepara un plato más de dulce.

Este plato de dulce es para el niño, piensa maternalmente la señora; el niño es Paco Trelles, que, a la sazón, está soñando que dentro de unos cuarenta días tendrá él Madrid a medio conquistar.

En la mesa, pulcramente servida bajo la parra, que tiñe el damasco de los manteles con verdoso matiz aristocrático, los dos viejos obsequian a sus huéspedes; tales Baucis y Filemón agasajando a los dioses en el umbral de su feliz cabaña. Rayos de sol, haciendo prisma del cristal de los vasos, tien-

den de punta a punta de la mesa bandas de iris, y echan en los manjares sal de policromía. Hay gorriones desvergonzados que llegan a la mesa en busca de pitanza; aleteos de sombras fugitivas acarician los rostros de los comensales, y piando bajito — en Sotonegro hasta los pájaros saben de corrección — dan concierto los pájaros.

Habla el padrino:

— Muy acertada me parece esa resolución; tú, Paco, eres muchacho listo, ocupas una posición influyente, y, por lo tanto, tienes grandes deberes que cumplir — el padrino, que lee muchos libros, habla como un periódico —, grandes deberes, digo, porque, en gran parte, la felicidad de Puente-la-Piedra depende de ti.— Un golpe de tos corta el hilo al padrino; su rostro se amorata; el de doña María Inés enlividece de inquietud; pasa la crisis.

— ¿Estás mejor, hijito?

— Perfectamente; no va uno quedando para nada —. Y, sonriendo, añade:—He enfermado del pecho a fuerza de partir pan a los hijos.

Este es un chiste con veinte años de fecha: los veinte que el padrino lleva de tos. Doña María Inés le acoge siempre con una sonrisa emocionada. Le dice su marido y evoca la memoria de los hijos. ¡Cosas tiene la vida...! Haber criado diez y

no tener ninguno. Todos están lejos; unos más lejos que otros, puesto que no están en el mundo. Cuatro murieron de pequeñitos, hace medio siglo, cuando ella estaba aún bien cerca de los veinte. Otros dos en la flor de la edad. De los cuatro que viven, el uno marchó a Cuba hace treinta años, y no piensa en volver. La pequeña entró monja, y hoy es abadesa; y las otras, casadas están: una en Sevilla y otra en Huesca. Cada dos o tres años tienen los viejos una visita, y ya conocen ocho nietos. Uno, la mayor de Sevilla, se va a casar por Pascua. ¡Qué vida esta! Desde que se quedaron solos se quieren más, y así lo van pasando hasta que Dios disponga. Él la tiene un amor caballeresco, hecho de sumisiones y galanterías, que huele a rosas secas y a madrigal de antaño. Ella le cuida, le mima, arrullándole; le llama hijo, le mira buen mozo y le admira gallardo, tal como en las retinas de su alma le pintó hace diez lustros el cariño.

Encalmada la tos, prosigue el padrino:

— Grandes deberes, Paco. El pueblo es un eterno menor de edad; los que le rigen son sus tutores naturales, y obligados están a adquirir ciencia y experiencia, todas las que a él le faltan. Bien haces, pues, yendo a la Corte, centro y emporio

del saber nacional, bien haces; que el caciquismo, tan denigrado en libros y papeles, es, si bien se medita, pastoreo lícito, siempre que quien lo ejerce reúna dotes para ejercerlo. La política inglesa ha comprendido bien...

Así el padrino sigue la perorata, hueca y rotunda como artículo de fondo. Doña María Inés le escucha en éxtasis. ¡Lo que sabe este hombre! Señor Manuel Trelles asiente con monosílabos acomodaticios. ¡Es mucha ciencia aquella!

Paco no sabe lo que le pasa. Es decir, que el viaje, *su viaje*, significa todas aquellas cosas... Que es un problema y un deber sacrosanto, cosa no sólo de política, sino de política inglesa... ¡Este pobre señor está loco! Sus peroratas son como el silbo argénteo de mi señora doña María Inés.

Pero es el caso que a la tardecita, de vuelta al pueblo, las tales peroratas que en Sotonegro le sonaron a broma, camino de Puente-la-Piedra, entrándosele por los oídos de la vanidad, comenzaron a sonarle a veras. ¿Por qué no había de ser cosa de intríngulis el que él se fuese o se dejase de ir? ¿Por qué no había el pueblo de estar interesado en ello? ¿Por qué no había de ser él hombre significado y elemento social, y hasta político a la inglesa? ¿Por qué? En porqués y porqués pasó el

camino, y a la noche, en el claustro de la Asunción, hablaba el mozo de esta suerte a la desoladísima Elena:

— Ya ves tú, yo por mí me quedaría, pero no puede ser: tengo grandes deberes que cumplir con el pueblo.

V

Amaneció el jueves dos horas antes para don Lino que para el sol; tal le tenía de espabilado la perspectiva del convite en casa de los Trelles.

Convite que es en Puente-la-Piedra el acontecimiento del año. El señor Manuel Trelles gusta de hacer las cosas en grande, y en esta ocasión ha decidido tirar la casa por la ventana; tales son, por lo menos, las noticias de doña Mónica; y no son poca parte los sabrosos comentarios con que viene ella hace ocho días aderezándolas, a despertar las impaciencias gastronómicas del famoso doctor.

El cual, mientras se viste y se acicala, departe con su perro favorito:

— Hoy es gran día, *Canelo* amigo: hoy nuestro egregio alcalde celebra la vuelta, digo la marcha

del hijo, que si no es pródigo, va camino de serlo; hoy yantaremos, y no coles. Dice nuestra señora doña Mónica que hubo degollina general en los corrales de nuestro incomparable cacique. ¡Alégrate, *Canelo!*

Yo no sé si *Canelo* se alegra o deja de alegrarse; por de pronto, alarga el hocico y balancea el rabo con cierta suficiencia de perro satisfecho; y cuando su amo, atusada la greña, perfilado el bigote, sombrero ladeado y escopeta al hombro, sale de casa, despertando con marcial taconeo los ecos de las solitarias callejas, él le sigue no menos marcial y no menos gallardo, hocico al aire y orejas tiesas, como si a voz en grito quisiera decir: «Sépanlo ustedes, señores vecinos: ¡al fin vamos de caza!»

No hay nadie en casa del señor alcalde. Despereza la parra sus sarmientos y dan las pámpanas, que ya a trechos empiezan a pintarse de rojo, sombra tediosa a las sillas verdes, que se mueren de aburrimiento.

— Todos marcharon — le grita la mozona, que, plantada en la puerta del corral, fuma una tagarnina de día de fiesta —; fueron a correr liebres mientras llega la hora del almuerzo.

Oyendo decir liebre, *Canelo* se eriza.

— ¿Conque a correr liebres? Irían por el prado de la Gora.

— No, señor; por el monte.

— Bien, bien; allá voy yo.

— Extraña cosa — piensa la mozona —: para llegar al monte, toma el médico el camino del río.

— ¡Eh! Don Lino, don Lino, ¿dónde va su mercé? — Pero don Lino no la oye; a la orilla del río está la Huerta Grande, y en ella se prepara el banquete.

¡Válgame el señor San Pedro y qué rebullicio traen armado en la huerta, bajo la cristalina luz mañanera, hasta siete comadres que en guisandeos y fregaduras están atareadas! Que daca el arroz, que toma la gallina, que dónde está la sal, que se prendió el aceite...

La generala en jefe del cotarro es la señora Nicereta, especialista en el asado de lechoncillos y en la confección, digámoslo así, del arroz a la valenciana. Tendrá la buena hembra medio siglo de vida; pero bien parece, a juzgar por arrugas, pelamientas y otros no menos sensibles descalabros en rostro y talle, que lleva ya vivido siglo y medio; y es que, como ella dice: «Esto de pasarse la vida al pie del fogón, consume mucho.»

Bajo su cetro agítanse, parloteantes, Amalia «la

Dulcera», que no tiene rival en natillas y suspiros de monja; y Mariquita «la Colorada», que hace la pepitoria como los mismos ángeles; y la tía Gala y sus tres hijas, Oliva, Nicasia y María Jesús, fregatrices de fama en toda la provincia, por lo fregatrices y por lo buenas piezas.

— Esto se llama hacer las cosas como se debe — dice Oliva.

— Pues no que no — replica Nicereta, que se las da de prima en cuarto grado del señor Manuel, y está como en su casa —; pensarías tú que mi primo, en un día como este, iba a andar con miserias. Sobre que dineros tiene y gusto para gastarlos... Por supuesto, que el saberlo gastar es cosa de familia: todos somos iguales.

— ¡Ya, ya! — asiente, socarrona, María Jesús.

— Y que *mi* Paco todo se lo merece. ¡Jesús!, chico más despejado y con más buena sombra, no le hay. Ayer, sin ir más lejos, va y me dice: «Escuche usted, tía Nicereta...»

Una carcajada formidable trunca la arenga; las tres Galas, a coro con su madre, se ríen a más no poder.

— ¡Tía Nicereta! ¡Tía Nicereta! Pues no dice que Paco la llama tía...

— Y a mucha honra que lo tiene el muchacho;

porque habéis de saber que mi abuelo Pedro, que fué fiel de consumos en León, era primo carnal de la señora Telesfora, abuela del alcalde, y además estaba casado con la señora Restituta, tía del abuelo de Paco... ¡ya veis si viene de largo el parentesco!

— Y tan de largo.

Don Lino entra triunfal.

— Buenos días, señoras.

Alarma entre las guisanderas.

— ¡Jesús, don Lino! Pero ¿ya están ustedes de vuelta? ¡Si todavía no está el almuerzo!

— Calma, señoras, calma; no hay que apurarse. Esos no vienen todavía; me vine yo para irles previniendo; ya llevaba muertas cuatro o seis liebres, y dije: iremos despacito, porque esto del matar, hay que desengañarse, al tercer muerto, cansa.

— Y ¿dónde están las que mató? — interroga Nicasia, apoderándose del morral vacío.

— Allí quedaron; los muchachos no tenían muy buena suerte esta mañana, y se las he dejado para que hagan bulto; yo ya, por liebre más o menos...

Y, ¡cosas de la fama!, las siete guisanderas admiran a don Lino.

El cual va de olla en cazo, y de fuente en sartén, dando acicate al gusto con suculenta ración de olfato. ¡Aquel ollón de la pepitoria! ¡Aquel caldero del arroz con leche! La pepitoria y el arroz con leche son dos debilidades de don Lino. Y la tercera son las rollizas carnes de la Gala menor; ¡qué brazos los morenos brazos de María Jesús! ¡Qué redondeces y qué hoyuelos! Lo malo del negocio es que, tanto como apetitosos, son ligeros en volver torniscones por pellizcos; pero, ¡qué diablo!, de aquellos brazos hasta los torniscones saben a... pepitoria.

La mesa está servida bajo el boscaje de avellanos. Señor Manuel ha hecho sacar para la ocasión la mantelería de gala, que está muy tiesa, un tanto amarillenta, y huele a los membrillos del arca. Nicasia, que ha sido la encargada de ponerlo, que ha servido en León y sabe de finuras, ha dispuesto las servilletas en forma de cucurucho, surgiendo del cristal de los vasos; mirados de lejos los cucuruchos, parecen palomas; y el mantel, sembrado de platillos de aceitunas, semeja un mar de espuma salpicado de islas verdegueantes; al menos así piensa don Lino, que ha leído en sus tiempos *Pablo y Virginia*.

— ¡Viva el señor alcalde! ¡Viva! ¡Viva Paco!

Emocionado, con el rostro empalidecido bajo la verdosa luz que filtra el ramaje de los avellanos, Paco se pone en pie.

— Gracias, gracias.

— ¡Viva nuestro futuro diputado! — truena la voz robusta de don Lino.

— ¡Viva! — responde a coro la concurrencia. El entusiasmo y el buen vino enardecen los ánimos. La frase del médico ha sido una idea feliz. «¡Futuro diputado!, esa, esa es la verdad. ¿A qué va a Madrid este muchacho? A prepararse para las arduas luchas políticas.» Esto dice el padrino, la copa en alto, llena de rubio vino, flameante el rostro, algo torpe la lengua. «Para las arduas luchas y los arduos problemas.» ¿Dónde estáis, ojos enamorados de mi señora doña María Inés?

— Amigos — dice el héroe —, yo no sé cómo agradeceros la simpatía que me demostráis.

— ¡Admiración! ¡Admiración! — ruge don Lino.

— Yo nada valgo; pero prometo que he de acordarme de este día, y que sabré cumplir como quien soy.

— ¡Muy bien!

— Al separarme de vosotros, sé que voy a cumplir grandes deberes.

¡Peregrino fenómeno! Aquello de los grandes deberes, que tan extraño hubo de parecerle a Paco cuando por vez primera brotó — pomposa flor retórica — de labios del padrino, ya no es él solo quien lo cree. Los *grandes problemas*, sin saber cómo ni por dónde, han penetrado en el intelecto de todos los vecinos de Puente-la-Piedra. Qué deberes sean aquellos, a fe que clara y definidamente no hay quien lo sepa; pero el caso es que existen, el caso es que se imponen, que Paco está obligado a cumplirlos, y que, para cumplirlos — la frase es de don Lino, aunque no lo parezca —, ha de llevar a cabo *grandes sacrificios*. El primero de los cuales es, sin duda, marcharse a Madrid.

Bajo la impresión dignificante de las dos frasecitas, el hijo del cacique está transfigurado: él, reidor, permanece solemne; él, poco amigo de palabrerías, habla grandilocuente — «es de familia», dice in mente el padrino casi con tanto orgullo como Nicereta —; él, buen aficionado a comer y beber, ni come ni bebe; y piensa en el viaje con cierta complacida conmiseración de sí mismo, como grande hombre que siente pesar sobre sus hombros la carga de la dicha nacional; pero que, aun abrumado por ella, no quisiera de ella descar-

garse. «Se hará lo que se pueda», piensa sinceramente su humildad; y con la misma sinceridad responde su orgullo: «Y podré mucho, porque soy quien soy.» Pero ¿en qué y por qué? ¿Cuáles son las batallas para reñidas, los triunfos para logrados? Aquí callan a un tiempo humildad y orgullo, porque no lo saben.

Hame contado Nicereta que la comida duró tres horas. Créolo así. Al cabo, levantados los manteles, fraccionóse la bien repleta concurrencia; hubo quien, tendido a la sombra de los árbolos, buscó en el sueño ayuda para la digestión; no faltó quien, sintiéndose sátiro, se diese a perseguir en la espesura a las tres Galas, ninfas de gran predicamento en la mitología local. En el boscaje se han formado dos mesas de tresillo. En la una, acompañan al señor Manuel Trelles, el padrino, el capellán de Armendia y el doctor don Teofrasto López y Fernández, cura párroco de Puente-la-Piedra. Esta es la mesa conservadora.

El doctor López, don Teo, como le llaman en el pueblo, debe tener cien años. Es chiquitín, y anda encorvado y tembloroso, descansando sobre bastón de caña con puño de marfil; lleva sotana

verdinegra y teja verdinegra, y, a más de verdinegra, greñuda y repelada. La teja de don Teo causa grima, y sus predicaciones son el terror de la comarca. ¿Quién pudo imaginar tan peregrino método de predicación? El mismo diablo se lo inspiró, sin duda. Cada domingo, llegado el Ofertorio de la misa, lee las amonestaciones de rumbo, menciona las fiestas y vigilias de la entrante semana. Tose, endereza lo más que puede su cuerpo centenario, toma su rostro aspecto severo; sus ojos, desde las profundidades del cráneo, arrojan chispas vengadoras :

— Ahora vamos a lo que importa. Hay varios vecinos, y aun vecinas, del pueblo que faltan escandalosamente al precepto de oír misa entera las fiestas de guardar; de uno sé que hace ya tres domingos que no parece por la iglesia; tenga cuidado, porque, si falta un día más, diré su nombre desde este sitio. — Y, en efecto, lo dice, si el cuitado falta. — Hay otros — sigue el implacable clérigo — que pecan gravemente contra el sexto mandamiento de la ley de Dios : pecado es éste horrendo y endemoniado si los hay; yo sé de dos mozuelas que, al caer de la tarde, van a diario camino de los huertos; por allí no se va a nada bueno; y luego no me vengáis a mí : «¡Arréglelo us-

ted, padre!»; ¡como si esas cosas tuvieran arreglo! A ver si se enmiendan y dejan los paseítos, porque, de lo contrario, diré sus nombres. — Y frescamente los promulga el buen don Teofrasto, como promulga el del vecino que, más amante del bien del prójimo que del prójimo mismo, merodea en los huertos o espiga antes de tiempo en los sembrados, y los de aquellos otros que en las tabernas — «templos de Satanás» — pierden el tiempo y gastan los dineros; bien que a éstos — añade el peregrino señor — no es menester nombrarlos, que harto se les conoce.

Dejando aparte su oratoria desaforada, el doctor don Teofrasto López es sacerdote ejemplar, de honesta vida y grande caridad; en Puente-la-Piedra, la gente vieja le quiere y le agasaja, y la gente moza tiénele más miedo que a la peste; él, fuera del altar, con todos trata y a todos bendice.

La mesa progresista presídela don Lino, y le acompaña don Pancracio, el maestro, que dicen que es masón, aunque va a misa; don Pedro el boticario, que ni va a misa ni es masón, porque no cree en Dios y cree en Canalejas, y Frasco el carbonero, hombre de tan furibundas ideas republicanas, que se ha hecho, del sobrante de un refajo, un gorro frigio: insignia para él sacrosanta, con la

cual se encaperuza a diario para pasear, con ademán feroz, frente a casa del cura.

Juega la mesa conservadora solemne y reposadamente. Va ganando el capellán de Armendia, y mientras él gane, nada hay que temer; señor Manuel Trelles suele ser quisquilloso y un tanto interesado en materia de juego; pero hoy el júbilo le hace olvidarlo todo, y soporta codillo tras codillo con longanimidad admirable. El padrino está absorto : el tresillo es — después del cultivo de las parras — el más grande problema de su vida. Don Teofrasto juega por pura amabilidad; a él que no le digan; esto de los naipes tiene algo que ver con el demonio, no le cabe duda; mientras juega recita por lo bajo padrenuestros expiatorios.

La mesa progresista alborota que es un primor. A cada real que pierde, y no son pocos, don Lino pone el grito en el cielo.

— Así no se puede jugar. Usted, don Pedro, tiene unas alegrías que me río yo de las alegrías.

La verdad es que don Pedro da unas vueltas que hacen honor a sus convicciones políticas; pero, con ello y todo, va ganando.

— Eso es lo que a mí me joroba — dice don Lino —: que se gane jugando de ese modo; bueno que le dejen a uno sin camisa como Dios man-

da; pero esas entradas no son entradas, ni Cristo que lo funde.

— Esos codillos son codillos — replica filosóficamente don Pedro; y el médico bufa.

Frasco no rechista; precisamente la sota de oros tiene un gorro encarnado que se asemeja al suyo frigio; y el carbonero, que es bien corto de alcances, piensa que aquella sota es tal vez «el retrato de la República», y siente impulsos de darle un beso.

Don Pancracio, el maestro, medita: «Si yo ganase diez pesetas me compraría un pantalón de invierno.» Don Pancracio, que es el hombre más culto de Puente-la-Piedra, admira a Bacon, y, antes que masón, es utilitario.

Paco — azares de la popularidad — ha caído en poder del elemento femenino: guisanderas y fregatrices le rodean, y a coro cantan sus alabanzas.

— ¡Ay, hijo mío! — exclama, enternecida, Nicereta —. ¡Si te viera tu madre tan guapetón y tan buen mozo como estás! Déjame que te abrace y te bese, hijo de mi alma.

Y, sin aguardar el asentimiento del interesado, le abraza y le besa. No quiere la incomparable Gala quedarse atrás, ni es cosa de que Amalia deje de cobrar sus dulces habilidades con un besuqueo

tan melifluo como los *suspiros* que aderezan sus manos.

Paco, resignado, se deja besuquear por las viejas; acaso espera que las tres Galas jóvenes sigan el ejemplo de sus vetustas compinches, y aun así lo insinúa : que el mozo es picarón y atrevido si los hay; a cuya insinuación ríen las quintañonas y palmotean complacidísimas : «¡Cosas tiene este Paco!...» Pero Oliva, Nicasia y María Jesús son de condición tan esquiva, que antes murieran que dejarse abrazar, no siendo a solas y en despoblado.

— Estas hijas mías — replica la Gala — son de lo que no hay tocante a miramiento. Rabia me da verlas tan encogidas —. Las niñas se ríen y Paco se ríe.

Después, *nuestro futuro diputado* va recorriendo grupos y espigando ovaciones. ¡Con qué frenético entusiasmo le acoge la fracción progresista! ¡Qué formidables palmadas le da en el hombro el invicto don Lino! ¡Qué miradas de ascua le echa el republicano carbonero, que le ve con los ojos del alma, un si es no es turbios por culpa del coñac, tocado como la sota de oros, ni más ni menos! ¡Qué apretón de manos más elocuente el del canalejista boticario! Paco vibra, se exalta, siente

el mareo de la popularidad, y bebe una *copita* que le alarga don Lino.

Pues ¡y en la mesa conservadora! Allí todo va por lo serio. Señor Manuel Trelles casi tiene las lágrimas en los ojos. Don Teo le mira con tan evangélica dulzura, que casi le entran ganas de llorar; el padrino le dice:

— Hijo mío, en la carrera que hoy comienzas, lo esencial es estar del lado de la cordura. Nada de radicalismos malsonantes y comprometedores. La política inglesa está hecha de serenidad. Tú, que te debes al bien del pueblo, has de ser hombre de orden sobre todo.

Paco se encalma y como que se eleva por dentro. Ya casi desprecia a los demagogos de la mesa republicana. Ha de ser hombre de orden, eso es, hombre de orden. El capellán de Armendia, que no habla porque sigue ganando, le tiende una copa. La copa es el lazo de unión entre la izquierda y la derecha de Puente-la-Piedra.

A todo esto va cayendo la tarde; el ramaje de los avellanos se estremece con la primera brisa vespertina; el sol se va como de mala gana por dejar de lucir día tan venturoso; detrás de una alameda ha colgado un tapiz oro viejo, que poco a poco se va tornando rojo y luego violeta. A la

otra banda sube del horizonte una a modo de niebla verdosa, y lo alto del cielo está de un argentado color azul. Y con el día, paulatinamente, las risas y las voces se apagan; en el crepúsculo de la tarde hay un sortilegio que ahoga todo ruido y toda voz; el día, rey que muere, gusta del silencio para morir.

Y, poco a poco, el silencio deshace los grupos; uno tras otro vanse los jugadores levantando.

— Si les parece, volveremos a casa.

El desfile comienza. El huerto, como que se estremece en un largo suspiro al recobrar la amada soledad, y comienzan, el ramaje, las hierbas, el arroyo, las ranas del arroyo, los guijarros sonoros de la orilla, su charloteo inacabable; rompe a cantar un ruiseñor.

Por la carretera van los comensales como desperdigados y sin ganas de hablar. «Parece que volvemos de un entierro», piensa, sin querer, Paco. Y advierte que los álamos de la cuneta están como de luto; la obscuridad viene a paso de lobo, y hasta bien entrada la noche no saldrá la luna.

Don Pancracio, el maestro, se acerca al héroe. Son Paco y el maestro buenos amigos. Don Pancracio es joven, excelente persona; pero espantosamente charlatán, y tan pagado de sus lecturas

— al infeliz le da por la Filosofía —, que no hay quien le resista ni quien le entienda. ¿Quién va a entender en Puente-la-Piedra aquello que él repite cada cinco minutos, de que *todo se da en el tiempo y en el espacio,* y aquello otro de que *nosotros somos nuestra única verdad*?

Paco, *que estudió el grado,* es el único que aproximadamente puede llegar a darse cuenta de lo que el maestro intenta decir; muy claro no lo ve; pero aquellas dos frases, con otras cuatro o cinco de la misma calaña, han llegado, en fuerza de escucharlas, a grabársele en la memoria; ya le suenan a cosa sabida, y puede afirmarse que forman parte de su bagaje intelectual.

Paco y el maestro se hablan de tú; mal que le pese a la Filosofía, hacen de vez en cuando escapatorias a León, si poco filosóficas, extraordinariamente humanas.

— Muy pensativo vas, Paco.

— Yo...

— Y me gustaría saber en qué vas pensando.

— En nada.

— ¡En nada! Eso es imposible : la facultad pensante es siempre activa. Hay que pensar forzosasamente, y aunque sólo se piense en que no se piensa...

— Déjate de monsergas; yo no sé si pienso, o pienso que no pienso, o dejo de pensar; el caso es...

— El caso es que estás triste.

— Triste, no.

— Preocupado entonces.

— Tampoco; es que... no sé cómo explicártelo; tú, que eres tan leído, lo entenderás. Estaba tan contento, y de repente me he puesto así, en tonto: como si el día me hubiese dejado mal sabor de boca; ya ves tú qué simpleza.

— Simpleza, no — replica gravemente Pancracio — ; eso que a ti te pasa es un fenómeno psíquico vulgarísimo : el alma, fíjate bien, es como un vaso...

— Déjame en paz de vasos y de almas; el caso es éste : ¿Por qué estoy fastidiado? ¿Tú lo sabes?

— Porque has pasado el día demasiado feliz.

— Entonces — dice Paco, contagiado, a su pesar, de la filosofía del maestro — es que el alma se cansa, como el cuerpo, de pasarlo bien.

—Precisamente: eso es lo que yo quería decirte.

—¿Y por qué no lo dices, con setecientos pares de demonios?

— Es que a mí me gusta decir las cosas como se deben decir.

Hay una pausa. Paco la rompe.

— Mira tú — dice hablando más consigo mismo que con el maestro —, ya ves si tengo deseos de irme a Madrid; pues, en este momento, si alguien me dijese «No te vas», casi me alegraría. ¿Ves aquel palomar que hay en la punta de la era? Bien feo es, y bien poco me importa; bueno, pues ahora pienso que me marcho y que, al anochecer, tal como hoy que vamos paseando, no le volveré a ver en mucho tiempo, y casi me da pena mirarle, y no quisiera dejarle de mirar. — Pancracio se dispone a dar la explicación psicológica del fenómeno; pero Paco, que advierte la llegada del turbión de ciencia, le ataja bruscamente : — ¡No me digas en qué consiste, que no lo quiero saber!

El maestro sonríe, compasivo e irónico. ¡Estos impulsivos! ¡Estos chicos de pueblo, que no saben de nada! Y piensa en Schopenhauer y en Nietzsche con exaltación de orgullo.

Paco, que ignora a Schopenhauer y no conoce a Nietzsche, va sorbiendo el paisaje y pensando que él le tiene cariño, pero mucho cariño, hasta al rumor del agua que pasa por debajo del puente.

VI

Llegó, que todo llega, el día de la marcha de Paco, y fué, si no mienten las crónicas, el 25 de septiembre, festividad de los Santos Mártires Cipriano y Justina.

Amaneció nublado, y con un vientecillo fresco y enredador que barría por calles y caminos, rebozadas en polvo, las primeras hojas caídas de los árboles.

En el monte ha debido llover, porque el río baja crecido y bufando.

La veleta de la Asunción — es una cruz aureolada por un nimbo de espinas — gime larga y ásperamente; las campanas, que en la torre están mudas desde hace medio siglo, gimen también bajito cuando el viento las roza. El viento es el amigo de las campanas, y ellas gustan de voltear

cuando él, malhumorado, se revuelve, porque saben que ha de llevar sus voces muy lejos : allí donde ellas quisieran ir.

¿Dónde quisiera ir en este día, primero en que el otoño deja ver su tristeza, Elena Quirós? Acaso tan lejos como la voz de las campanas, llevada por el viento. A un mundo florecido, sólo para el amor, donde no hubiera *grandes deberes* para los novios de las niñas bonitas.

Elena, nacida a la sombra del convento, lleva en el alma y en la frente como un sello de austeridad. — Es muy formalita — dicen las vecinas —. Y tanto; formalita hasta para ensoñar. Son de ver sus castillos en el aire, los que levanta mientras cose en un rincón del claustro.

Por de pronto, ella no quiere salir del convento. ¡Eso nunca, jamás! A ella la iglesia abandonada le parece algo propio, muy íntimo, al mismo tiempo hogar y palacio, y no imagina que pueda haber por esos mundos jardín más alegre que aquel jardín conventual. Los angelones del altar mayor son sus buenos amigos. Aquellas pernezuelas doradas, aquellos brazos regordetes que sostienen las cestas de oro, le hacen pensar en niños suyos, pero muy suyos, suyos y de su Paco de su alma; porque Elena es una enamorada de los niños, y sueña con

ser madre desde Dios sabe cuándo, desde que vió a una madre besando a un niño.

¡Qué triste está! Más que la triste mañana de otoño. Más que la veleta, suspira su alma, y más que las campanas amigas del viento, llora su amor. Al cabo el viento ha de volver. Acaso alguien un día tañerá las campanas. Será un día de fiesta, y será en verano : el día de la Virgen de la Asunción: estará el altar lleno de luces, y el coro, de músicas; y habrá en la nave hombres y mujeres, y muchos niños vestidos de blanco; y en el suelo, sobre las losas, descansará un tapiz de hojas de lirios, y de ramas de menta, y por los aires irán nubes de incienso que, al pasar por la luz del rosetón, parecerán banderas de colores.

— Pero ¡en qué estoy pensando, santa madre de Dios? ¡Con la pena que tengo! Hoy se marcha, se marcha. ¿No lo sabías tú, Virgen María?

Elena, tanto como a los niños, quiere a la Virgen, a su Virgen de la Asunción, a la que se está sola y callada, siempre callada y siempre sola, en el altar mayor de la iglesia vacía.

Está la imagen pintada en lienzo, y tiene rostro de humilde y cariñosa mujer; va por las nubes, sostenida por ángeles; pero sus ojos miran al suelo, y ¡miran con tan dulce mirar!

Así la enamorada le dice sus cuitas.

—¡Elena, que ya vienen!—grita, en el pórtico, Vicentín.

Sale al pórtico Elena. Carretera adelante viene una procesión. En ella Paco, y su padre, y don Lino, y el maestro, y don Pedro el boticario, y qué sé yo quién más! Van a buscar el tren; el monasterio está camino de la estación; y, aunque no lo estuviera, ¿había Paco de marcharse sin decirle adiós una vez más?

Ya llegan, y la niña, por costumbre, sonríe al amado; él viene serio y un algo conmovido. El señor Juan Quirós ofrece hospitalidad: — Entren ustedes y descansen un rato. Hay tiempo de sobra: falta una hora para que pase el tren. — La comitiva se dirige al claustro, haciendo un ruido de mil demonios al pasar por la iglesia. Elena, mirando a la Virgen, le pide bajito que perdone. ¡Aquellos hombres no saben lo que hacen! Paco, al entrar, se ha quitado el sombrero, y no alborota como los demás. ¡Qué bueno es Paco!, ¿verdad, Virgen María?

En el jardín claustral se improvisa un refresco: el señor Juan corta de su plantel una sandía. Vicentín marcha a casa de Tanardi en busca de copas; la madre sirve regocijadamente, satisfecha

porque tiene en su casa *a lo mejorcito del pueblo*. Bajo el arco que sostiene un jazmín, Paco y Elena se despiden. — ¿Me escribirás, mi alma?

Señor Manuel se acerca.

— Animo, muchacha, que él volverá.

La niña, oyendo al viejo, rompe en sollozos.

— Chiquilla, no llores. Mírame a mí..., que estoy tan sereno.

Elena le mira ¡tan sereno! Juraría que en sus ojos hay lágrimas.

— ¡Ay, señor Manuel!

— Vayà, chiquilla, vaya. ¿A que acabas por hacerme llorar a mí también?

— ¡Qué tontos son ustedes, ea!—dice Paco con voz no muy segura.

El viejo y la niña se miran, y sonríen melancólicamente; él la acaricia el rostro de dolorosa, y ella, cogiéndole la mano, al pasar, se la besa; y desde entonces son buenos amigos.

— En marcha, en marcha.

¡Cómo se alejan, carretera allá, y qué gris está el cielo, y qué pálido el sol, aunque es mediodía!

Nunca vió la estación concurrencia semejante. Allí está todo Puente la Piedra, y los cuatro vecinos y las veinticuatro criaturas de Campoces. Y de los Molinos ha venido una comisión, y otra de

San Martín de la Campa. Gracias a que el andén es grande, como que todo el campo es estación, y gracias a que el día está nublado.

En la sala de espera se repite el agasajo. Parte el jefe un melón, y trae de la cantina unas copas. Nicereta, que está allí, como está en todas partes, sirve el refresco y lloriquea.

Paco, de tan nervioso, ya no sabe si está triste o alegre. Cuando de lejos se oye silbar el tren, tiene una sensación de descanso. ¡Al fin llegó! —¡Puente la Piedra, un minuto!—El tren se para: no baja nadie; dos mujeres, cargadas con cestas de frutas, suben apresuradamente; van a León a vender su mercancía.

— ¡Por aquí!

— En este coche, Paco, que lleva poca gente.

— Adiós, padrino; adiós, Pancracio.

— Que te diviertas.

— Adiós, padre.

Señor Manuel llora a moco tendido.

Paco salta al vagón; ciérrase con estrépito la ventanilla; silba el vapor, saliendo de la máquina.

— ¡Adiós, adiós, adiós!

— ¡Que escribas, hijo!

Ya el tren está muy lejos. El viento desparrama y hace trizas su cimera de humo.

Paco suspira largamente y se deja caer en el asiento, que, bien mullido, le acoge con sensación de comodidad. Cierra los ojos: un momento persíguele el bullicio de la despedida, las voces de amigos y parientes, los consejos, los adioses, los abrazos. Todo aquello le está hormigueando en los sesos, y en brazos y piernas parece que le clavan alfileres. La sangre le golpea, tiene la sensación de que está hueco, de que va a estallar.

Poco a poco, el movimiento uniforme del tren le encalma; el hervidero aquel de sensaciones vase aquietando paulatinamente; parécele que tiene sueño, y como no quiere dormirse, abre los ojos.

Entonces ve a sus compañeros de coche: son dos señores que parecen ingleses, y que no le miran. Asómase a la portezuela como a un balcón. El cielo se encapota más y más. Las nubes tienen el mismo color que el humo de la máquina; el viento arrecia, y los árboles azotados parecen tender brazos suplicantes al tren que pasa. Hay alamedas y alamedas a un lado y otro de la vía. A lo lejos, un pueblo grande con siete torres de otras tantas iglesias. Después un río: las aguas van inquietas, como siempre las aguas de los ríos cuando va a llover, y como el cielo sobre ellas está gris, parecen casi negras. Como espejo pulido re-

flejan hondamente las arboledas de la orilla. En un remanso lavan unas mujeres, y es cosa extraña ver, cuando ellas agitan la corriente, cómo se forman de las aguas negras espumas blancas.

El tren cruza el río sobre un puente de hierro, y hay fragor de batalla mientras dura el pasar; luego, la maquinaria como que descansa, va por una llanura silenciosamente. Paco vuelve a sentarse: diviértele mirar cómo suben y bajan los hilos del telégrafo; y recuerda que a él, de pequeño, los hilos del telégrafo le intrigaban mucho, y pasaba horas enteras abrazado a los postes, queriendo adivinar lo que dirían con aquel runrún. ¡Cosas de chicos!

Luego se acuerda de Pancracio y de sus excursiones nocturnas, y luego de don Lino. El tren se detiene. — ¡León, veinte minutos de parada! — Veinte minutos. Aquella paradita le molesta. Como acaba de emprender el viaje, no comprende el porqué de la detención... Y fonda. ¡Fonda! ¿Quién come a aquellas horas? Son las dos de la tarde, y él ha almorzado fuerte antes de salir.

Los ingleses se apean. Sin duda vienen a ver la Catedral. A lo lejos se la divisa, perfilando sus agujas sobre el horizonte anubarrado, surgiendo del vetusto caserío con limpio empaque de mujer

honesta. A la siniestra mano adivínanse las elegancias de San Marcos, y la torre maciza de San Isidoro parece bien hallada con la austeridad de la tarde gris. Las carreteras que se entrecruzan, limpias y rectas como los buenos pensamientos, hablan de paz y de reposo: el reposo y la paz de las hidalgas ciudades viejas que duermen arropadas en su manto de historia.

Paco no quiere bajar del tren: parécele que eso sería hacerse cómplice en la demora y, precisamente, desde que el tren está parado, le ha vuelto la impaciencia por llegar a Madrid.

Pasados los veinte minutos, nadie sube al vagón y el tren arranca. Paco se alegra como una criatura: ya va faltando menos.

En la estación siguiente entra en el coche un joven como de veinte años, a quien despide en el andén numerosa familia: padre, madre, dos muchachitas rubias y un montón de chiquillos. Él es moreno, delgado, y tan inquieto que parece estar hecho de azogue. Tiene en el rostro una extraña expresión, mezcla de alegría ingénita y de melancolía accidental, que le hace simpático.

— Buenas tardes.

— Muy buenas.

Paco no tiene gana de conversación; ahora que

ya está completamente tranquilo, quiere soñar a gusto en su viaje. ¿Cómo será Madrid? Ya León es cosa buena, no cabe duda, y lo otro ha de ser mucho mejor.

— ¿Va usted muy lejos?

Nada, que el compañero quiere charla.

— Sí, señor: a Madrid.

Tan secamente responde Paco, que el otro renuncia de golpe al diálogo; pero, como sin duda se muere por hablar, se acoge al monólogo. — ¡Madrid! — suspira — ¡dichoso Madrid! — Y su cara de hombre feliz tanto se compunge a compás del suspiro, que movería a lástima el contraste, de no mover a risa.

Aquello comienza a intrigar a Paco. ¿Qué le habrá hecho Madrid a este hombre?

Y volviéndose a él:

— ¿También va usted a la Corte? — pregunta.

Nuevo y más hondo suspiro.

— ¡Ay, sí! Por mi desgracia.

— ¿Eso le da a usted pena?

El recién venido responde a la interrogación con otra elocuentísima:

— Pero, ¿usted no ha estado nunca en Madrid?

¡Con qué terror lo dice el desdichado! El caso va picando en historia. Paco no responde.

— Ya se conoce — dice el otro, pensando que quien calla otorga —. ¿Es usted de León?

— No, señor: de Puente la Piedra; dos estaciones antes.

— ¿Y va usted a estudiar, de seguro? Lo mismito que yo.

— Sí; a estudiar.

— Me lo figuraba. Ciencias, ¿verdad?

— No, señor: Leyes.

— Es lo mismo: yo estudio Ciencias. ¡Mire usted que Ciencias! ¿Para qué estudiaré yo Ciencias? Como usted Leyes, me figuro yo.

Paco se indigna. —¿Para qué? ¿Y los grandes deberes? ¿Y el bienestar del pueblo? ¿Y la política a la inglesa?

El compañero, como si fuera leyéndole los pensamientos, sonríe con ironía mansa.

— ¿Cómo se llama usted?—pregunta de pronto.

— Paco... Paco Trelles.

— Yo me llamo Juan Roca. Su padre de usted tendrá dinero, de seguro; y será allí, en el pueblo, alcalde o cosa así —. Paco, lleno de asombro, afirma por señas —. Lo mismo, lo mismito que yo: mi padre no es alcalde; pero como si lo fuera, gracias a Dios; y tiene dinero, gracias a que todas las tierras del pueblo, si no son suyas, lo van a ser. Y

pregunto yo: ¿para qué querrá este buen señor que yo estudie Ciencias? ¿Le han hecho falta a él para agenciarse los dineros? ¿Qué voy a ser yo en este mundo? Cacique, si Dios no lo remedia; bueno; pues, para serlo, Leyes y Ciencias están de más. Cuantas más sabe uno, menos cacique puede ser. Créame usted a mí, que, con dos años de carrera que llevo aprendidos, se me ha olvidado ya más de la mitad del oficio.

— Yo creo que no está usted en lo cierto — Paco, antes de lanzarse a la discusión, evoca a su amigo Pancracio como se invoca a un Santo en caso de apuro —. Claro es que, para vivir en el pueblo, no se necesitan muchos estudios; pero el saber no ocupa lugar.

— No le ocupa; pero cambia de sitio la idea que uno tiene de las cosas... Usted ahora se figura que es usted lo primero en el mundo, porque la idea de su propia persona la tiene usted encimita del montón de ideas, pocas o muchas, que le quepan a usted en la cabeza; pues va usted a Madrid, estudia usted esas Leyes que va usted a estudiar, o no las estudia, que para el caso es lo mismo, y, ¡cataplúm!, terremoto por dentro. Usted, que estaba encima, se queda debajo, con lo demás a cuestas; ¡si viera usted qué

divertido es el lance! Ya me lo dirá usted a la vuelta.

Paco no comprende muy bien los razonamientos del desengañado mancebo; pero, sin comprenderlos, le saben mal, y aun le desengañan un tanto de la sabiduría. Así como así, su amor hacia ella no era de los más hondos y arraigados. Este pobre Juan Roca ha tomado, sin duda, aquello del estudiar demasiado en serio, y, ¡claro está!, le ha sucedido aquello otro, que debe ser triste suceso cuando a él le aflige tanto; pero, ¡vamos!, que otras cosas tiene Madrid que no han de ser amargas, ni mucho menos: en lo de divertirse a gusto, y pintarla con gracia, y gastar las pesetas con rumbo y provecho, parécele que no ha de haber tanta melancolía. En resumidas cuentas: todo se reduce a estudiar menos y divertirse más; la perspectiva no es demasiado triste.

— Mire usted, amigo; yo no sé si eso del terremoto que usted dice será o no será tan negro como usted lo pinta: creo que algo dependerá de las personas.

— ¡Eso de las personas!

— Y no lo digo por ofender. Cada uno es como Dios le ha hecho. Yo no sé si me tengo o no me tengo por lo primero en este mundo. Me gusta

como a cualquiera pasarlo bien... y lo demás. En fin, vamos a suponer que es el Evangelio eso que usted me dice. Pues, a pesar de todo, pienso que no me ha de ir mal.

— Es claro — dice el otro con sorna —; como que en cuatro días se traga usted a Madrid.

— ¡Tanto como tragarme!

— O poco menos. Esa es otra, amiguito. También he pasado por ella. ¡Claro! No digamos que la princesa de Asturias; pero cuatro marquesas, por lo menos, caen a las dos semanas. ¿Acierto, o no acierto?

— ¡Hombre, marquesas!...

—O condesas, que yo en esto de títulos no estoy muy fuerte. Es natural: con esta picardía que nos traemos, y este palmito; ¿verdad que sí? Pues, amigo, no caen.

Paco se ríe con las de Caín.

— Y así, por este estilo, vaya usted echando ilusioncillas. Mire usted: unos zapatos como esos que usted lleva — no se enfade usted, hombre, ya sabemos que aquí en la provincia son los de última moda —; bueno, pues unos zapatitos como esos me costaron a mí una desazón.

Paco piensa: «Este chico es imbécil»; pero Juan no le deja concluir de pensarlo.

— Usted dirá: comprando otros de los que allí se gasten... Pues, hijo, aunque se compre usted media docena, éstos no se le caen a usted de los pies en año y medio. Por supuesto — añade, viendo el asombrado gesto de Trelles — que estoy hablando metafóricamente: esto de los zapatos es una imagen; pero ya irá usted viendo cómo tiene su intríngulis. ¡Vaya si le tiene!

— ¡Sí que le tendrá! — Paco, positivamente malhumorado, da media vuelta, y mira por la ventanilla.

¿Dónde estáis, alamedas de León? La llanura, áspera y seca como hembra de mal genio, tiende hasta el límite del horizonte su melancólico sayal: rastrojos y rastrojos, y más rastrojos. Pueblos color de tierra, todos iguales, con casas de barro, con iglesias de barro, con cercas de barro; en los rastrojos, cabras de color de tierra y pastores vestidos también de sayal, y, por encima de todo, el cielo, cada vez más triste, cada vez más gris. Después hay una tierra muy grande, y un hombre, solo en ella, guía un arado; los surcos se despliegan al paso del tren como varillas de abanico.

Paco se divierte leyendo las placas numeradas que hay en los palos del telégrafo: ya sabe que son quince entre cada kilómetro; y con pueril curiosi-

dad va contando los postes kilométricos: 42, 41, 40, 39; y piensa: ¿dónde estará el primero? Resulta que el primero está en Palencia, y que, inmediatamente, tras una formidable cantidad de tres cifras que dice algo como quinientos y tantos, vuelve a empezar la serie: 60, 59, 58.

Paco se sienta. El compañero de viaje, tumbado en la banqueta, duerme como un bendito. ¡Menos mal que las penas no le quitan el sueño!

Paco piensa en las penas de Juanito Roca. ¿Serán verdad? Acaso lo sean para él; pero ¿eso prueba que hayan de ser para todos iguales?

Trelles mira al dormido, y se ríe. Buenas marquesas había el infeliz de conquistar con aquella cara color de aceituna, y aquellas barbas negras y escasas, como perejil mal sembrado.

Y luego, ¿quién sabe si el tal Roca no ha querido burlarse de él? En fin, ya se verá. Mientras llega el momento de verlo, Paco lo sueña; lo sueña hasta tal punto, que acaba por dormirse también.

Cuando despierta, es noche cerrada, y está lloviendo; en el rincón de enfrente centellea una chispa: es el cigarro de Juanito Roca.

—¿Se durmió, amigo? ¡Dichoso usted que duerme!

—Pues no, que usted...

— ¡Venta de Baños, cuarenta minutos!

— ¿Venta de Baños, ya? — grita el a su pesar futuro doctor en Ciencias —. ¿Quiere usted que bajemos a cenar? No es maleja la fonda.

Paco trae en un cesto la merienda, aderezada primorosamente por las manos de Nicereta; pero teme que cenar en el coche esté en Madrid mal visto. Cuando Juanito Roca cena en la fonda de la estación...

— Bajemos — dice.

Y bajan. La estación está lúgubre: la lluvia, cayendo sobre el cinc, suscita ruidos gemebundos; el piso del andén, las paredes, los bultos, los vagones, todo reluce empapado y pringoso, y parece que, junto con el agua, llueve hollín. Los focos de luz están envueltos en una como niebla violácea, y, a su luz, los que van y vienen parecen, ya no fantasmas, sino gentes hechas de duelo y sombra. En el comedor — Paco recuerda las servilletas de la jira campestre — hay un vaho maloliente, hecho de calor, de humedad, de tufo de manjares. Se come mal, y hay que comer de prisa. A Paco le causan repugnancia platos y viandas. Juanito Roca devora apresuradamente, con todo el fervor de sus melancolías.

Terminada la cena, y de vuelta al vagón, Paco

tiene gana de llorar, y lloraría si el sueño, poco a poco, no le fuese rindiendo. Aun advierte entre la doble niebla del sueño y de la lluvia dos o tres estaciones. Aun oye la campana, que parece anuncio de algo fatídico; aun ve pasar los bultos encaperuzados de guardaagujas y jefes de estación; aun oye gritar con voces moribundas: «¡Valladolid, ocho minutos! ¡Viana, dos minutos! ¡Valdestillas, un minuto!» En Matapozuelos se duerme por completo.

VII

Cuando se despierta, el sol triunfa en un cielo que parece de esmalte. Hace una hora que amaneció.

— Asómese usted, amigo — le grita Roca —, que estamos en Madrid.

— ¡En Madrid!

De un salto llega a la ventanilla; los árboles de la Moncloa sacuden su polvo sobre el tren. Corre en las frondas aire fresco, y huele a campo. En la mañana alegre, el corazón de Paco salta de gozo.

— ¿Tiene usted ya posada? — pregunta Roca.

Paco responde afirmativamente: su padre ha escrito a una conocida que tiene en Madrid casa de huéspedes.

— ¿Y usted?

— Yo voy donde todos los años: a la calle de Jacometrezo, cerca de la Universidad; allí nos ve-

remos, porque yo no tengo la mala costumbre de faltar a clase. Cuantos más años pierda, más tengo que pasar en Madrid.

La estación de Madrid está casi desierta. Ya torna poca gente del veraneo, y esa poca viaja en el expreso: en el andén los ruidos suenan como en el convento de la Asunción, y el muchacho, por vez primera desde que salió de su pueblo, piensa en Elena y la envía en recuerdo un mensaje entre caricioso y compasivo.

Los jardinillos de la estación se esponjan en la frescura mañanera; el agua de una manga surge con arrogancia de surtidor y los inunda en lluvia plateada.

Paco, por consejo de su reciente amigo, toma un coche; acomodados en él baúl y maleta, más el cesto de la intacta merienda, con dos o tres paquetes suplementarios, empréndese la marcha Cuesta de San Vicente arriba.

Lleva Paco los ojos muy abiertos y el alma aun más abierta que los ojos.

Madrid, aun no bien despierto, se despereza; el sol sonrosa aleros y cornisas, y pone rebrilleos alegres en las vidrieras altas. En el aire fresco pasan ráfagas de ese olor a café tostado que es el incienso de las mañanas madrileñas. En las esquinas aun

hay puestos de leche y buñuelos, y las traperas, en medio del arroyo, andan a la rebusca del botín cotidiano. Guardias municipales y del orden pasean muy serios, poniéndose los guantes, y pasan mujeres con cestas y repartidores de leche, que balancean el fleco sonante de las *cacharras* de hojalata.

Cierta paz bucólica flota en el ambiente, y Paco no se encuentra en espíritu muy lejos del pueblo.

Sobre los jardines del Palacio Real hay una bruma de buen tono: en lo alto el sol la va dorando y consumiendo; abajo, los árboles parecen dormidos en ella, y hay como un sueño de tristeza en sus ramas veladas de gris. El palacio surge como una rima bien compuesta, blanco y sereno bajo el cielo azul; la fachada de Oriente refulge con los cien fuegos del ventanaje; pasean lentamente los centinelas; sobre las losas del emplazamiento hay dos golfos que doblan periódicos.

Pasa el coche frente a la plaza de la Armería: aquellos arcos, y aquellos otros de más adentro, a través de los cuales se ve el paisaje austero de la Casa de Campo, parécenle a Paco algo amigo y risueño. Así, tan grande como aquellos campos

que terminan en sierra, es su esperanza, y así, de aquel color de violeta recamada de plata por la niebla.

En la calle Mayor, por donde corre el coche a todo correr, levantando polvareda de estrépito, hay más animación: es la hora en que se abren las tiendas, y las puertas metálicas chirrían al abrirse, y el agua de los fregoteos de escaparates y portadas corre por las aceras buscando el arroyo. En una esquina hay un puesto de flores, y unas campanas tocan a misa. En los balcones hay rótulos dorados que pregonan: *Casa de viajeros.—Gran hotel.* Paco piensa que uno de aquéllos será tal vez su alojamiento; pero el cochero, a quien dijo las señas, no se detiene y entra a buen paso en la Puerta del Sol. En la cual hay más rótulos que dicen hoteles, y más chiquillos que doblan periódicos, y más municipales que se calan los guantes y pasean.

A Paco la extensión aquella no le dice gran cosa, ni aun demasiado grande le parece; la calle de Alcalá se abre en el fondo clara y alegre como una sonrisa; pero el cochero tuerce hacia la derecha y se encajona en una calle angosta, y luego en otra que, a más de angosta, es retorcida, y llega a una tercera, a la que a buen seguro no llegó nun-

ca el sol; y en ella, frente a un portal que a nada se parece, porque está tan oscuro que nada de él se ve, se para en seco.

Paco no se mueve.

— ¡Eh, señorito, que hemos llegado!

— ¿Aquí?

— Aquí — dice el auriga — mismamente donde usted me mandó: calle del Pozo, 6.

Paco salta del coche.

— ¿Doña Cecilia Ortega? — pregunta a una muchacha que está en el portal.

— Sí, señor; tercero derecha.

— Descargue usted — dice al cochero.

Y el cochero descarga, ayudado por un mozallón que, al ver parado el coche, salió de la taberna de enfrente; y una vez los baúles en el portal, pagado y despedido el cochero, encargado el muchacho de custodiar el equipaje, Paco emprende la subida de la escalera, que es estrecha y oscura, y huele a sopas de ajo desaforadamente. A mitad de ella, una mujer, casi echada de bruces, friega los escalones. Paco, que apenas ve, tropieza en el barreño que tiene la mujer al lado, y ella, irguiéndose, grita como si la matasen:

— ¡Pues no trae pocos humos el señorito!

El señorito llega al piso tercero; a través de la

puerta se oye rumor de voces regocijadas. Llama Paco, pidiendo a Dios *in mente* no sabe qué: acaso que no exista doña Cecilia Ortega. Pero, por suerte o por desgracia, existe, y ella en persona sale a abrir y pregunta:

— ¿Qué se le ofrece a usted, caballero?

Y apenas el que llega pronuncia tres palabras de explicación:

— ¿Es usted, don Paco? — grita alzando los brazos al cielo, como si el júbilo la transportase—. Pase usted, pase usted, y no se detenga; ¡vaya con don Paco!; ya hace tres días que estamos esperándole a usted; pase.

Precedido por la buena señora, atraviesa el huésped un pasillo medianamente oscuro, y entra en la sala.

— Siéntese usted y descanse, que bien lo necesita... ¡Vaya, vaya! Y ¿cómo está el señor don Manuel? ¿Tan bueno como siempre? ¡Vaya con don Paco!

Doña Cecilia es mujer alta y voluminosa. Cuando se mueve, suscita tan formidable tremolina bajo sus ropas, que es cosa de pensar si la buena señora está hecha de pedazos de carne sueltos y disconformes, o acaso de bolsas de serrín que van entrechocándose bajo la faldamenta prolija y el

corpiño mal ajustado. Hasta cuando se para perdura el *oleaje*, el ir y venir de las carnes aquellas, cinco minutos por lo menos.

Ahora está en pie, las manos en las rebosantes caderas, y dice a Paco, que la mira sin saber a punto fijo lo que ve:

— Usted hágase cuenta de que está en su casa, y de que en mí tiene usted una madre.

Madre, pretende serlo doña Cecilia para todos y cada uno de sus huéspedes.

— ¡Si fueran hijos míos, no los querría más! — exclama a todas horas, y es verdad: los quiere, como dice Mariquita, la mayor de sus hijas, *escandalosamente*; pero...

Dicen que el cariño es baluarte y es columna y es fuerza mayor, y todo lo derriba, y todo lo avasalla; ahora bien: acontece que el cariño de doña Cecilia para sus huéspedes, con todo y con ser maternal, y escandaloso y sincero, no alcanza a derribar cierta pasioncilla de tres al cuarto que en el pecho de la patrona tiene residencia: y es la tal la pasión del ahorro. Doña Cecilia, por ahorrar un duro, es capaz de ver morir a un hijo. De aquí que los suyos adoptivos no gocen de pitanza tan suculenta y abundosa cual de sus maternales sentimientos se pudiera esperar. Aquestos son miste-

rios de la psicología, ciencia enrevesada si las hay, al decir de psicólogos.

Doña Cecilia, de no sé qué fantásticas nupcias de hace unos cinco lustros, guarda dos floridos retoños, que son sus hijas Mariquita y Aurora. Mariquita es morena, fresca como una rosa, y alegre como un día de sol. Tiene buen talle y mejor cara, y gasta por arrobas la picardía. Los huéspedes, *en coro*, están locos por ella.

Aurora no es morena ni rubia, pero tiene buen ver. Lee a Pérez Escrich y suspira cada cinco minutos; anda por los pasillos con paso de fantasma, y lleva siempre falda de cola.

— Por supuesto, que usted se habrá desayunado. ¿Que no? ¿Y se estaba usted así, sin decir nada? Aurora, niñas, el desayuno para don Paco. ¿Usted con qué se desayuna?

Paco responde que lo mismo le da; lo que quiere es lavarse la cara y las manos.

— Justo, justo — asevera la ondulante patrona —; la limpieza ante todo. Es lo que yo digo; porque en esta casa, don Paco de mi alma, pobres seremos, pero lo que es a limpias no hay quien nos gane; por aquí, por aquí; ¿le gusta el cuartito?

El cuartito es un gabinete de tres metros en

cuadro, en el que hay una cama de hierro, una cómoda con chapa de nogal y tiradores niquelados, tres sillas, un lavabo y un espejo *con aguas*.

En la cama una colcha de malla con viso de percalina verde. Sobre la cómoda una soberbia imagen de Minerva, de barro bronceado, y dos perros de lanas de yeso blanco y rosa. También hay una caja de conchitas, y dos floreros de cristal cuajado, con rosas de papel.

La luz entra a regañadientes por un balcón que da a la calle, lujo en verdad exorbitante. Pero es que a Paco, por ser hijo del señor Manuel Trelles — don Manuel, como dice la patrona —, y, por tanto, persona de posibles, hásele reservado la mejor habitación de la casa.

Paco despacha en un instante sus menesteres de limpieza; la patrona le aguarda en la puerta para guiarle al comedor, que es una pieza no muy grande, con balcones al patio; mesa entrelarga, con tapete de hule; sillas de enea, y aparador pomposo, que sustenta hasta media docena de vasos, y sobre cada vaso una calabacita color de naranja. Por las paredes, no muy limpias, corre, encuadrada en marcos de caoba, la verdadera historia de Hernán Cortés, y, entre las dos ventanas, hay un cuadrito de San Antonio, que es peregrina cosa;

en él, la imagen hállase circundada por doce viñetas circulares, que representan otros tantos milagros del paduano taumaturgo; y las tales viñetas traen leyendas explicativas en lengua tan milagrosa y estupenda como el milagro mismo. *Risucita un niño bullido*, dice una de ellas.

Paco se desayuna con harto azoramiento, porque doña Cecilia y sus dos hijas le dan, mientras almuerza, guardia de honor, muy plantadas en torno de la mesa, friéndole vivo a puro saeteo de miradas y amabilidades.

—Otro bizcochito, anímese usted... Bébase usted toda la leche, que es de confianza. Aquí no gastamos esa basura de los puestos; nos la traen de la misma Guindalera unos amigos que tienen vacas.

— Desearía — dice Paco, finado el desayuno — poner un telegrama; si ustedes me indicaran dónde.

— Pues no faltaba más; no se moleste usted, que lo lleve Carlitos. ¡Niña, llama a Carlitos!

Sin dar lugar a que le llamen, Carlitos aparece. Es un muchacho de entre veinte y veintidós años, de simpático porte y rostro risueño.

— ¿En qué puedo servir a usted, mi señora doña Cecilia?

Paco observa que el recién llegado lleva un traje de invierno riguroso, que le viene muy ancho; traje que, en otros tiempos, debió ser verde, y hoy es color de rata, y tiene flecos. Observa también que la niña menor de la patrona lanza al mal trajeado galán miradas dulzonas, y que las tales quedan sin respuesta.

— Hay que llevar un telegrama de este caballero — dice majestuosamente la patrona.

— En seguida, en seguida; ¿dónde está? — responde Carlitos hecho unas puras mieles.

— Pero — observa Paco — basta con que ustedes me indiquen; yo puedo ir...

— ¡Pues no faltaba más! No lo consiento. ¿Está ya escrito? ¿No? — El servicial mancebo trae prestamente recado de escribir —. Dicte usted — dice a Paco; y Paco, abrumado por su amabilidad, dicta, y el otro escribe en un segundo, y al segundo siguiente ya está en la escalera, y en el portal, y en la calle, y en la Central de Telégrafos; tal es el fervor de su amabilidad.

— Este muchacho — explica la patrona — es como de la familia; hace seis años que le tenemos en casa — y dice *le tenemos* con aire protector. Aurora suspira. Mariquita se ríe.

Y Paco piensa que la tal Mariquita es buena

moza, y tiene una manera de reír... y una manera de mirar... que, ¡vamos, si no fuera hija de la patrona! Pero no hay que pensar en tonterías. Él es quien es, y no faltaba más, como dice Carlitos.

Por lo cual, dignamente se retira a su cuarto, donde ya le han subido el equipaje, y a cuyo mobiliario ha añadido en su ausencia la previsión maternal de la patrona una butaca con funda de dril.

Acomodado en ella Paco, y encendida la pipa, intenta pensar en sí mismo y en su vida. Ea, ya estamos en Madrid; ahora hagamos futuros proyectos. Paco no sabe que la única manera de no hacer proyectos es intentar hacerlos premeditadamente; pero lo va aprendiendo, porque los que él quisiera hacer, no le salen. Yo, por de pronto, debo pensar... y piensa que el cenador de parra estará tan fresquito y tan verde, y que acaso a su sombra don Lino esté narrando en aquel mismo instante una de sus hazañas y bebiendo el vasito de cualquier cosa. ¡Vaya por Dios! ¡Qué le importa don Lino! Lo que le importa es... ¿Qué diría su padre cuando reciba el telegrama? De seguro que ha ido él mismo a buscarle a la estación, y en el camino, ¡como si lo viera!, se habrá entrado en la Asunción a echar un parrafito. ¡Y dale que le das! Si ahora no es de la Asunción de lo que se trata,

sino de disponer... Pues estará en la Asunción, y hablará del muchacho. ¿Saben ustedes que ya llegó a Madrid? Aquí está el parte que lo cuenta: *Llegué sin novedad.* De seguro que Elena pide prestado el papelín azul: ¡quiere leerlo con sus propios ojos!

Paco salta de la butaca. ¡Esto es insoportable! Y se acerca al balcón: en el de enfrente, una señora vieja, tocada de una cofia prehistórica, está regando las macetas. Paco piensa que aquella señora se parece a doña María Inés. ¡También doña María Inés! Pero, señor, si él quiere meditar en sus cosas, suyas, y sólo suyas; en lo que debe hacer ahora que ya ha llegado a Madrid. ¡Bueno es el caso! De modo que, ahora que ha salido del pueblo, ¿se va a pasar el día pensando en él? ¿Si tendrá que ver ello con los zapatos metafóricos de que le hablaba Juanito Roca? ¡Buen pez debe estar hecho el tal Juanito Roca, con su montón de ideas y sus marquesas! A propósito de marquesas, Paco piensa en la hija de la patrona: ¿qué se dará en los labios para tenerlos tan requeterrojos? Ello debe ser cosa de pinturas; artimañas de estas mujeres de Madrid, que son el mismo diablo.

—¿Se puede pasar, don Paco?

Entra Carlitos, hecho todo él sonrisa.

— Aquí está la vuelta del parte — dice, colocando unos cuartos sobre la cómoda; y, dicho y hecho, va a retirarse. Paco le detiene: ya que el hacer proyectos no da lumbre, bueno será acogerse a la conversación. Carlitos se queda visiblemente satisfecho.

— ¿Usted fuma?

— Algunas veces; gracias.

Los dos miran, sin encontrar gran cosa que decir. De pronto, el madrileño rompe a hablar muy de prisa:

— Mire usted, don Paco: yo quisiera pedirle a usted un favor.

Paco le mira con cierta inquietud.

— Usted dirá... si está en mi mano...

— Sí, señor; sí. Mire usted, por lo que más quiera en el mundo, no me llame usted Carlitos... Yo me llamo Gutiérrez; Carlos Gutiérrez, para servir a usted. Doña Cecilia es muy buena... y muy cariñosa, y las niñas también, ya irá usted viendo. Bueno: pues me llaman Carlitos... por eso; y los demás huéspedes, me llaman Carlitos, y yo, ¡ya ve usted, tonterías!, vamos, que yo le ruego a usted...

— Sí, hombre; sí: le llamaré a usted Carlos o Gutiérrez, o como a usted le dé la gana... En cam-

bio, yo le ruego que me suprima el don. Me llamo Paco a secas, Paco Trelles.

Gutiérrez da un suspiro; tal parece su gozo, que raya en emoción.

— ¡Gracias! — murmura estrechando la mano de Paco —. ¡Muchas gracias!... Usted no sabe cuánto se lo agradezco. Si le parece a usted — añade contemplando el equipaje —, iremos colocando esas cosillas en los cajones de la cómoda; yo le ayudaré a usted.

Paco acepta la ayuda por la conversación.

— Y diga usted — pregunta —, ¿hay aquí muchos huéspedes?

— Ahora no estamos más que los de casa; pero, cuando comience el curso, vendrán dos o tres más, estudiantes.

— ¿Y los de casa?...

— Los de casa somos un servidor de usted y dos más: don Juan Fernández y don Marcelo Díaz, muy buenos y muy cariñosos.

— Por lo visto — medita Paco —, lo del cariño es moneda corriente en esta casa —; y con la vista pide más noticias.

— Pues verá usted — prosigue Gutiérrez, mientras coloca cuidadosamente pañuelos y camisas en el cajón de en medio —. Fernández está de depen-

diente en La Villa de Oro, que es una tienda de novedades de la plaza de Santa Cruz. Doña Cecilia le considera mucho, porque paga bien, y, además, le proporciona retales de la tienda a mitad de precio; y, con eso, por cuatro cuartos, ella y las niñas andan siempre vestidas de lo mejor. Don Marcelo es tenedor de libros de una fábrica de cervezas; tiene dinero, y vive en esta casa por amor.

— ¡Por amor!

— Lo que usted oye. Está enamorado de Mariquita: doña Cecilia no le hace mala cara; pero ella, que si quieres. Como que él tiene cincuenta bien corridos, y está calvo, que es una compasión mirarlo.

Hecho el inventario material y moral de los huéspedes, Gutiérrez toma aliento y recapitula.

— Don Juan Fernández, don Marcelo Díaz y yo. A mí — añade en un suspiro — ya me irá usted conociendo.

Paco piensa que ya le tiene a medio conocer.

Entretanto, ha terminado la faena. Aquel muchacho es una maravilla en lo de acomodar las ropas en los cajones. Aquí, en el de abajo, lo de punto; las camisas, bien holgaditas, en el de en medio, y en este de arriba lo menudo: cuellos y puños, calcetines...

— ¿Está bien?

— Perfectamente.

— Mire usted, esta cabeza — Gutiérrez quiere hablar de la Minerva bronceada — es regalo de don Marcelo, y los perritos estos también; el pobre señor se desvive obsequiándola; pero ella, ni por esas.

— Carlitos, Carlitos — grita en la puerta la patrona.

El infeliz, precipitadamente, acude al llamamiento.

Hay ruido de voces, de bultos que se arrastran: se abre una puerta; se cierra otra. Paco oye entrar en la sala a la patrona, y oye que habla con alguien, y que dice:

— Usted hágase cuenta, caballero, de que está en su casa; en mí tendrá usted una verdadera madre.

— Un huésped nuevo — piensa, y es así.

El nuevo huésped se llama Enrique Álvarez Mena, y dice que tiene veinticuatro años, y dice que estudia el doctorado de Filosofía y Letras, y dice... doscientas cosas más, porque el hombre es un mar de palabras, y hace pensar su boca en esas otras de esfinges y dragones que están en los estanques soltando chorros de agua un día y otro día.

Conócele Paco a la hora de comer: es el tal rollizo y mantecoso, con cara de hogaza y cabello rizado, color de caramelo. Gasta bigote, y bien quisiera gastar barba, si ella se decidiese a nacer; pero no se decide, y el señor don Enrique, por ahora, tiene que contentarse con los granos, que no son pocos. ¡Qué voz la de aquel hombre! Es un torrente, una gloria, un triunfo de voz. ¡Y qué imaginación, y qué soltura en el hablar, y qué conocimiento, y qué memoria!

Hay que oírle decir de todo lo humano... y aun lo divino, que no se para en barras.

Él es de Asturias: sí, señor, de Asturias; pero se halla en Madrid como en su casa: como que le conoce de punta a punta, y sabe dónde están las buenas fondas, y las buenas hembras, y los buenos cigarros, y el buen vino, que a todo hace el alma mía y de todo entiende.

A los cinco minutos ya le ha dado a doña Cecilia tres métodos distintos e infalibles para asar las chuletas, y le ha explicado a Juan Fernández cómo las buenas sederías no vienen de Lyon, sino del Congo, y le ha demostrado a don Marcelo cómo el amargo de la cerveza se consigue, mejor que con el lúpulo, con una planta nueva que se cría en los montes de su país, y cómo es tontería

llevar los libros por partida doble..., y hasta cómo el amor es indudablemente una degeneración psíquica. Don Marcelo, que es hombre pacífico y de pocas palabras, asiente a todo; pero Juan Fernández tiene malas pulgas; además, por virtud de sus prendas personales, a saber: cabello negro peinado *à la dernière*—él dice *à la dernière* por decir a la moda—y reluciente mano de cosmético, bigotes afilados y no menos relucientes, terno de lanilla, también de lo mejor, merced al método de los retales, y botas como espejos de colores, ora atrevidos, ora desfallecientes; por estas prendas, digo, más su meliflua oratoria horteril y el saber cuatro cosas de teatros y tiples, ha sido hasta la fecha incontestado rey de la opinión en la mesa de doña Cecilia. Por lo cual, los alardes eruditos del mozo asturiano le saben a rejalgar de lo fino, y ¡vive Dios que ha de ganarle por la mano!

Para lo cual, volviéndose a Paco, su vecino de mesa, le pregunta:

—¿Usted ha visto a la Brú en *El puñao de rosas*?

Paco, naturalmente, contesta que no.

—Pues no ha visto usted cosa buena; eso es una mujer, lo que se dice una mujer; por supuesto

que la obra es lo que se dice una obra, y quita muchos moños a muchos que se creen... — Aquí Juan Fernández sonríe con aire triunfador. ¡Ahí es nada hablar de cosas de teatros con esa suficiencia!

Pero el asturiano, que le ha calado la intención, dirigiéndose también a Paco, como si nada hubiera oído, le dice:

— Usted, si quiere conocer a la Pino, se viene usted conmigo a la Comedia la noche de la inauguración, y yo se la presento, y verá usted elegancias y finuras por todo lo alto.

Con lo cual Juan Fernández verdeguea: el nuevo huésped triunfa, y la comida termina en silencio.

VIII

Aquella noche Paco duerme mal, pues casi toda ella se le va en pesadillas. Primero sueña que la cama es el tren, y que del traqueteo se desquicia, y que él sale rodando cuesta abajo, y que, rueda que te rodarás, da con sus huesos al pie de un poste kilométrico, el número 1, ni más ni menos; pero aquel poste no es un poste, porque es Juanito Roca, que suspira fumándose un cigarro. A la vista del leonés desengañado, Paco da un grito, y se despierta.

Vuelta a dormir, y vuelta a desbarrar. Sueña que está en el pueblo fumándose una pipa, y sueña que don Lino va de caza y que sus perros son los perros de yeso blanco y rosa que están sobre la cómoda dando guardia de honor a la pobre Minerva, y lo más peregrino del caso es que el un perro es el vivo retrato de Carlitos Gutiérrez. Sin despertar del todo, cambia de tema el

soñador: ahora es Minerva la que está en turno. Minerva, que por arte de magia se ha transformado en don Enrique Alvarez, con su cara de torta y su parlar de chorro, y que dice: — Usted, si quiere darse buena vida, y triunfar, y gastar, como a persona de su posibles corresponde, júntese conmigo, que yo sé esto y lo otro y lo de más allá, y soy hombre de gusto y entendimiento, y sé con qué se pinta los labios la hija de la patrona, que es guapa hembra de verdad, y no maleja para un por si acaso... Y digo esto de para un por si acaso, porque usted ha de ver las otras que yo me traigo al retortero; mujeres de las elegantes y de las tituladas, si a mano viene, y bien vestidas y mejor calzadas, con rasos de verdad, de los del Congo, y no de esas seditas de tres al cuarto que vende el cursi de Juan Fernández. ¡Mire usted que horteras a mí! Me río yo de los horteras. Véngase usted conmigo, que los dos somos hombres de carrera y de representación, y hasta de arraigo si bien se mira, y déjese usted de tonterías, y de zapatos relucientes, y de calcetines a rayas, porque los calcetines a rayas, y más si son de color violeta, sólo se atreven a gastarlos ya los *chicos del comercio* —. ¡Válgame Dios, con qué desdén decía la Minerva, trocada en estudiante asturiano,

aquello de los *chicos del comercio!* Paco, dormido y todo, piensa, ruborizándose, en una lápida que hay bajo un mirador, y que, a la letra, dice: *Almacén de generos coloniales y fábrica de embutidos de Manuel Trelles.*

Y tal desasosiego le causa la idea de que aquel indino pueda leerle el rótulo en el pensamiento, que despierta de golpe.

A tiempo que a su puerta suena la voz rotunda que en pesadilla estaba amonestándole, y oye que con él habla y que le dice:

— Pero, alma de Dios, levántese usted, que ya han dado las ocho, y las mañanitas de otoño son de lo bueno que hay en Madrid. Arriba, que hay que dar un paseo por las Ferias. Pero, hombre — añade, colándose en la habitación antes de que Paco haya tenido tiempo de saltar de la cama —, ¿usted no sabe lo que son las Ferias de Madrid? ¿Y se está usted con esa calma? ¡Arriba, arriba!

Paco, aun soñoliento, no sabe si habla el don Enrique o habla la Minerva; y a la cara de torta del uno y la de bronce de la otra, dirige alternativamente miradas, que, si no son de espanto, lo parecen.

— Cinco minutos le doy a usted para vestirse; y no se tarde más, porque reñimos.

Dicho esto, comienza a dar paseos por el cuarto, desaforadamente.

A Paco no le hace maldita la gracia aquella intrusión. Amén de que la alcoba es reducida y la ruidosa humanidad del asturiano parece acaparar-la y aun henchirla de punta a punta, moléstale vestirse delante de un extraño; al cabo hace un esfuerzo, salta de la cama y empieza la tarea de limpieza, que para Paco, muchacho pulcro si los hay, es siempre prolija.

— ¿Sabe usted — dice el otro, que apenas vió la cama libre se ha acomodado en ella panza arriba, después de darle lumbre a un cigarrillo que encuentra sobre el mármol de la mesilla de noche —, sabe usted, amigo, que he descubierto en este prosaico pupilaje una historia de amores?

— Sí, ya sé...

— ¿Cómo que sabe usted?

— Ya sé que don Marcelo está enamorado de Mariquita.

— Valiente descubrimiento sería ése. Sobre que el pobre viejo se lo dice a todo el que lo quiere oír. ¡Se trata de la otra!

— ¡Cómo de la otra!

— Hombre, no sea usted pazguato: de Aurorita, la pálida.

— ¡Con Juan Fernández! — salta Trelles como una exhalación.

— ¡Con Fernández! — vocifera el de Asturias—. Calle usted, hombre; pero ¿usted se figura que hay mujer capaz de enamorarse de mequetrefe semejante?... ¿Usted no ha visto que lleva una corbata verde por el derecho y azul por el revés?

Paco arriesga tímidamente que no tiene él a las corbatas azules y verdes por antídoto infalible del amor.

— Bien se conoce que no sabe usted media palabra de mujeres.

— Eso habría que verlo.

— No se incomode usted, que todo se verá, ¡digo si se verá! — y se ríe con risa picarona.

— Pues si no es con Fernández... no veo...

— Eso decía yo: no veo; pero he visto. ¿A que no acierta usted? Con Carlitos, amigo, con Carlitos.

— Con Carlos Gutiérrez, querrá usted decir.

— ¡Ah! Usted le llama Carlos y Gutiérrez. ¡Todo sea por Dios!

— Hombre..., puesto que él lo desea...

— Ha de saber usted que cuando a un hombre le llama la patrona Carlitos, es porque ese hombre se lo merece; créamelo usted a mí.

— ¿Y la patrona sabe...?

— ¡Qué ha de saber, hombre, qué ha de saber! Y desdichado de Gutiérrez el día en que lo sepa; lo mejor de la historia es que él no quiere saberlo tampoco.

— ¡.....!

— ¡Claro que no! Como que, si se da por enterado, se le acaba la ganga.

— No comprendo.

— Pero, vamos a ver, alma de Dios. ¿Usted qué se figura que es el tal Carlos en esta casa?

— Un huésped...

— ¡Como usted y como yo!, ¿verdad? Y lo es, sí, señor, con una diferencia, ligera si usted quiere, pero al fin diferencia: usted y yo pagamos, y él no paga.

Paco recuerda, y aun comprende, las amabilidades del cuitado.

— ¡Pobre chico!

— ¡Y tan pobre! Pues figúrese usted qué fatigas las suyas. La madre le mantiene y la hija le adora: entre dos enemigos, ¿cuál escoger que menos dañe?

— ¿Y cómo se ha enterado usted del caso?

— Verá usted. El tal Gutiérrez duerme en la alcoba del pasillo: parece ser que antes ocupaba

la mía, la de la sala; pero, al venir yo, descendió en clase. La tal alcoba comunica con la mía por un montante. Estábame yo anoche cogiendo el primer sueño, cuando siento una voz de mujer que pregunta quedito en la de al lado: «¿Duerme usted, Carlitos?» El otro no responde; yo harto sé que no duerme, porque hace dos minutos le oía revolver por el cuarto, canturreando a media voz. «¿Duerme usted?», torna a preguntar la voz femenina. Sigue el silencio; entonces se entreabre la puerta, y algo, un paquete, sin duda, cae con ruido levísimo sobre el pavimento. Yo, lleno de curiosidad, salto del lecho, salgo a la sala a medio vestir, y alcanzo a ver flotante en el pasillo la cola de la bata de Aurorita, que se aleja poblando el aire de suspiros. Y usted dirá: ¿qué había en el paquete misterioso? Idéntica pregunta estaba yo haciéndome, cuando acierta a salir por el montante una columna de vapor aromado. ¡Gutiérrez fumaba! Usted acaso ignora que Gutiérrez no fuma sino...

— ¡Algunas veces!

— Precisamente: veo que sabe usted la historia. Luego el paquete (deducción archilógica) era una cajetilla; luego la cajetilla era obsequio de Aurora; luego, cuando una dama obsequia tan si-

gilosamente a un galán que duerme, y ese galán que duerme no se despierta, y la dama se aleja suspirando, ¡sáqueme usted la consecuencia!

— Por sacada. ¡Pobre Aurorita y pobre Gutiérrez!

Paco termina de acicalarse. ¡La verdad es que no tiene mal ver! Hasta es posible que el espejo *con aguas* se sorprenda de reflejar rostro tan saludable, y sonrisa tan fresca, y ojos que muestren tan a las claras el gozo de vivir.

Verdaderamente, el día anterior, la angostura de la calle, y la lobreguez de la casa de huéspedes, y la oscuridad de la alcoba, amén del busto de Minerva y otros detalles por el estilo, habíanle ensombrecido un tanto el humor, y al meterse en la cama, no digo que se felicitase grandemente de los comienzos de la estancia en Madrid, pero en la gente joven, y mucho más si es fuerte y oye sonar a plata cuando mueve el chaleco, es raro que no se realice el deseo que para una mujer cifró un poeta en una copla:

«Que cada vez que amanezca
despunte el sol por tu alma.»

El sol y la luna, y casi todo el sistema planetario, debían estar en aquella hora despuntando en

el alma de Paco, si de tales despuntes puede juzgarse por el rebrillear de los ojos.

— Ya estamos listos — dice el don Enrique.

El cual, con grande estrépito, salta de la cama y se cuelga al brazo de su nuevo amigo.

Paco, que en el primer momento sintióse algo molesto por la intrusión del alborotado mozo, ahora se alegra de ella, pues le parece el tal inmejorable guía para los laberintos madrileños en que tantas y tamañas aventuras piensa correr.

La sala está desierta; en el corredor, las niñas, despeluznadas, se ocupan en menesteres de limpieza. A Mariquita, el desaliño matinal le sienta bien. Aurora, con el pelo lacio y la bata suelta, parece más melancólica que nunca. A un lado de la mesa, el tenedor de libros se desayuna; el de las sederías ya se ha marchado, porque la *Villa de Oro* se abre a las ocho y media; en la cocina se oye la voz de la patrona, hablando con el gato, al que también llama *hijo mío*, y se atisba la sombra de Gutiérrez, que lustra con ahinco un par de botas de mujer.

— Mamá — grita la melancólica —, el desayuno para don Paco y don Enrique.

Pero don Enrique asegura que es muy temprano para desayunar, y que mejor que el chocolate

en casa, ha de sentarles el vasito de leche tomado en el Retiro. Y como Paco aun no ha vencido por completo la *mijita* de *reparo* que le inspiran las refacciones sobre aquel mantel de hule amarillento, que lleva en colorines el mapa de España, y sobre el cual la pluma experta de Juan Fernández va dejando en sus ratos de ocio ilustraciones caligráficas de la más estupenda complicación, toma por buena la propuesta del asturiano, y al Retiro se van.

— Porque — le va diciendo don Enrique mientran bajan por la Carrera, que en tales horas matinales, despejada de gentes y carruajes, parece un río que se hubiese quedado seco — estos paseos de mañana son convenientísimos para cuerpo y espíritu a nosotros los que trabajamos intelectualmente; quiero decir, amigo Trelles, a quien, como usted y yo, nos dedicamos al arduo estudio de una carrera literaria; arduo, sí, señor; aunque otra cosa crean los mequetrefes que, como Juan Fernández, se pasan la vida detrás de un mostrapor. Yo — y usted, por supuesto —, pensando, nada más que pensando tres minutos, gasto, digo, gastamos, más energía de cerebro que ellos en tres semanas.

No juraría yo que Paco vaya escuchando aque-

llo que el asturiano le va diciendo: sus palabras le sirven más bien de arrullo que de conversación; a su compás saborea nuestro amigo las dulzuras de la mañana, que está fresca y cristalina, y dorada de luz, y más que purísima de ambiente. Ya por lo alto, cerca de la Puerta del Sol, agradóle la calle que iban recorriendo; pero pasada la encrucijada de aquellas otras que con la de Sevilla vienen a emparejar, no bien, sino de perlas, íbale pareciendo la cuesta por donde resbalaba el sol, y las casonas de buen ver al uno y otro lado, y los escaparates que se abrían y que tan lindas cosas iban mostrando, y aquel final de la calle como perspectiva de teatro, con sus verdores de arboleda en lo hondo, y aquella iglesia con empaque de gótica y de catedral sobre la cuesta de más allá; y aun más allá, más arboleda, y el cielo azul y soleado por encima de todo. No le sentaba mal a aquella letra de hermosura la musiquilla de palabras del señor don Enrique, las cuales, si no decían mucho, sonaban bien.

— Mire usted — dijo el tal, llegado que hubieron a la plaza de las Cortes —, éste es el Congreso de los diputados.

Paco miró con toda su alma, sobrecogido por amorosa curiosidad; y a estas palabras: Congreso

y diputados, sus algo amortiguadas ilusiones políticas retoñaron con lozanía primaveral. ¡El Congreso! Como quien dice su futura casa. De modo que sobre aquellos escalones blancos y pulidos habría él de pasar para ir a discutir esto y lo otro, las cosazas aquellas que tanto importaban al bienestar del pueblo; y aquellos leones de bronce le verían pasar por entre la turbamulta de padres de la patria. Y a la sombra de aquellas columnas y de aquel tejadillo a modo de dosel, arraigaría el lauro de su fama. Alzó Paco la vista por contemplar a su sabor el tal tejadillo, y aconteció que había en el frontón multitud de palomas, y que, moviéndose de pronto y aleteando, como ellas eran blancas, y blancas son las esculturas que lo adornan, quebró el movimiento de sus alas la inmovilidad de los mármoles, y las luces y sombras suscitadas por el aletear fingieron por un instante estremecimientos de vida en aquella historia de piedra. Y allí fué el aletear de los sueños de Paco, nuevo estremecimiento, más que el de las marmóreas figuras sobrenatural y triunfante.

—Hermoso, ¿eh? — murmuraba el de Asturias —. Estos animalejos — aquí lo reza el zócalo — fueron hechos con bronce de cañones tomados en la guerra de Africa. ¿No es cosa que entu-

siasma pensar en estas heroicidades? ¡Cuando yo le decía que los paseítos mañaneros son fortificantes para cuerpo y alma! A estas horas se siente uno más hijo de Pelayo que a las tres de la tarde, por ejemplo.

Con estas y otras pláticas, o más bien monólogos — porque Paco, embebido en sus pensamientos, no tomaba gran parte en la conversación —, iban llegando al Prado.

Estaba tan tranquilo, que parecía, más que paseo público, avenida de posesión particular: cuatro chiquillos practicaban gimnasia en las barras de hierro que le cercan. Paco, tan revoltoso tenía el ánimo, que sintió deseos de hacer como ellos, y perfiló su voltereta correspondiente, mientras el don Enrique buscaba la salida. Aplaudieron los muchachos gimnastas, y Paco, finamente, los saludó.

— ¿Qué es aquel edificio?

— Aquello es el Museo de Pinturas. Cosa buena; yo vengo pocas veces, porque hay un olorcillo que, a decir la verdad, me marea; pero cualquier día le acompañaré a usted, porque hay que verlo todo. Otro museo: en éste no hay más que estatuas descabaladas; cosa de poca monta; y ahora, amiguito, abra usted bien los ojos, porque vamos a entrar en el Retiro.

Y era, en verdad, cosa de abrirlos aún más de lo que el don Enrique creía; porque, en aquella hora de paz, la belleza del callado jardín acaso rebasase largamente los límites de su facultad admirativa. Entrado habían los paseantes por la puerta que fué de San Vicente, y una vez en lo alto de la quebrada escalerilla, los bojes del parterre ofrendaron la magia de su laberinto, velada con cendales de tornasolada neblina: por el sol, si ya triunfante en las frondas profusas de lo alto, aun no había bajado a la hondonada del versallesco jardín, y aun muchas gotas de rocío destrenzaban la luz sobre el verdor profundo, y aun un vapor lechoso y tenue parecía prenderse a la ramazón de magnolias y aromos, y las hojas duras de las adelfas cortaban como lanzas la niebla y, empinando sus penachos garbosos, íbanse en busca de un chispazo de sol que hacer piruetear en el esmalte de su bruñida superficie. Sobre las fuentes secas yacían hojas secas también, vestidas para la hora de la muerte con púrpura y terciopelos, y estaba el aire tan sereno y tan quieto, que ni una de ellas se movía. Otras, a medio marchitar, prendíanse aún en las ramas, junto a la pompa de las vivas, que eran verdes, muy verdes, con ese verdor intenso que toma el follaje en los últimos días de

verano; verde que es casi negro, como un luto que vistieran los árboles por su futura desnudez. Y entre los bojes y las magnolias no había flores: la espuma de celindas y mundos — la gala blanca de abril — pasó, y pasó la pompa rosada del árbol del amor; y el triunfo rojo de las adelfas, las que parecen, cuando abiertas, caras de niño; cuando en capullo, pendientes de coral, y la policromía de las rosas, y ahora sólo quedan aquí y allá las rígidas corolas de las dalias, que quieren ser alegres y son austeras, y el plumero morado de la escabiosa, la flor de viuda. Los crisantemos mecen sus botones amarillentos, promesa de floración otoñal, y entre el polvo, casi a la orilla de un sendero, arrastra sus madroños una encarnada siempreviva, la flor que dura mucho porque apenas vive.

Paco y su acompañante pasaron de prisa, y, a decir verdad, sin penetrarse demasiado de la melancolía del jardín; antes bien: complacidos con la frescura y los buenos olores del ambiente, y más propensos a reír que a llorar. Que la naturaleza es libro escrito en notaciones varias: una, que todos aciertan a leer y que dice simplemente hermosura, y otras que van por dentro, que dicen alegrías o tristezas, y que sólo unos pocos saben

entender no del todo, que siempre tienen harto que adivinár; el caso es que, dejado el *parterre,* después de un buen paseo por las bien sombreadas avenidas, llegaron a lugar propicio al desayuno; y, acomodados en la mesa con pretensión de rústica, dieron satisfacción al apetito con los anunciados vasos de leche, teniendo fronteras las aguas del estanque, que, quietas, lisas, bruñidas por el sol, y reflejadoras de un cielo sin mancha, bien pudiera creerse que se hubieran cuajado en un zafiro y que ya nunca se hubiesen de mover ni quebrar.

Paco observó de pronto que el amigo Alvarez había dejado de hablar, y, sorprendido por el silencio, miró; el buen astur cabeceaba lastimosamente, y es que su admiración a la naturaleza le producía siempre, sin duda por exceso de fervor, efectos soporíficos. Paco pagó los desayunos, y, dejando dormido al señor don Enrique, se levantó con el deseo de explorar por su cuenta los alrededores. Y a poco dió en un paseo ancho, que no era otro sino el de coches, y, siguiéndole, llegó a la plazoleta del Angel Caído. Allí, en un coche, único a la sazón en todo el paseo, vió lo mejor que desde su llegada a Madrid había visto, y fué un grupo de mujeres que en el landó se estaban.

Tres eran, tres, y a cual mejor le parecieron al hijo del cacique, súbitamente entusiasmado; eran pelinegras dos de ellas, y la tercera tenía el pelo de tan peregrino color, que un manojo de llamas parecía. Pelinegras y rubia, eran las tres de cutis blanco y fino, y traían grandes sombreros de paja con manojos de rosas por adorno.

Esto fué lo que Paco alcanzó a ver de pronto, y con todo, y con no ser ello la centésima parte de lo que en más minucioso examen hubiera podido descubrir, bastó lo visto para que por perfectas las tuviese el entusiasta leonés.

Por suerte el coche estaba parado, y, acercándose él como al descuido, pudo irse percatando de otros no menos sabrosos detalles; a saber: que, si harto parecidas en el color de la tez, eran las tres hermosas bien diferentes en el matiz de los ojos; que los de las morenas eran, en una, verdes, y en otra, de color de castaña, tan oscuros, que por negros podían pasar; y que la rubia los tenía grises, con un ribete negro, y tan pícaros y reidores, que sólo con mirar como que suscitaban burlas y donaires.

Pudo advertir también que las morenas iban vestidas de largo, y la rubia aun llevaba el cabello trenzado a lo niña, si bien las malicias de sus

ojos y el torneado de su busto airoso eran bien de mujer.

Y a quien tachare de harto minuciosas las tales observaciones para hechas al pasar, y de prisa, responder hemos que Paco Trelles era en estas materias buen observador, y que las niñas, que bien pronto advirtieron el examen, se dejaron examinar con sumo gusto, y aun favorecían con sabios cambios de postura la tarea del que miraba. El cual, mientras veía, andaba cavilando que, aquellas mujeres, por la gracia en el mirar, por la riqueza en el vestir, y hasta por la música de la voz — ellas charloteaban como pájaro, y él, sin llegar a comprenderlas, las oía —, bien podían ser reinas, y, sin duda, no bajaban mucho de duquesas o cosa así. Tenían el coche parado, y miraban a los boscajes de la izquierda como en espera de alguien; y, en efecto, a poco rato salió de ellos un niño, y siguió al niño un caballero de cierta edad. Caballero y niño subieron al coche, y el coche se alejó; y Paco, mirando al caballero, creyóle conocer; y, volviéndole a mirar, conocióle en efecto. Como que era el señor don Modesto Cascales, el diputado a Cortes por Puente-la-Piedra. Aquel señor a quien él tantas veces acompañó en sus correrías por el distrito, aquel que estuvo alojado en

su casa y que comió con él frente por frente. El señor de Cascales, que firmaba, escribiendo al señor Manuel Trelles, «su agradecido amigo»; aquel, en fin, para quien Paco traía una visita, y de quien esperaba, por derecho, no pocos favores. De modo, pensó, que las tres niñas del coche eran las hijas de Cascales, y él había de verlas y de tratarlas.

Pero ¡qué congoja le acometió al llegar a este punto de la mental peroración! ¡Pues no le daban miedo las tres madrileñitas; pues no estaba temblando como un doctrino al pensar en hallarse frente a frente de aquella rubia de los ojos grises! ¡Pues no, que las morenas! Y la culpa de la tal congoja teníala el recordar cómo, al ponerse en movimiento el coche, las tres niñas habíanle mirado de soslayo, y después de mirarle y hablarse bajito, habían, mal que le pesase, echádose a reír, y juraría que en la tal risa hubo su poquillo de burla, de burla, sí, señor.

Con tales resquemores volvió a la vaquería, a tiempo que el amigo, ya despierto, se desperezaba.

— Es admirable — comenzó a decir apenas vió llegar a Paco —, es admirable cómo distrae y absorbe el espectáculo de esta hermosura; de fijo

un cuarto de hora se me ha pasado sin sentir, y la mañana entera pasaría contemplando estos árboles y estas aguas...

— Ya, ya — murmuró Paco.

— Usted, amigo, bien lo veo, no gusta como yo de estas cosas. Usted necesita movimiento, ruido, ver gente, hablar; yo, con un árbol de éstos, tengo alimento espiritual para dos semanas.

— Sí; dicen que el dormir alimenta mucho.

— ¿Qué quiere usted significar con eso? ¿Dormido yo?... ¡Vamos, hombre, pues no faltaba más! ¡Ni que fuera un Juan Fernández!

Paco no quiso discutir.

— Vamos a casa — dijo.

— ¡Cómo a casa! Pues ¿y las Ferias?

Paco no estaba de humor para ferias.

— Pero, ¿qué murria le ha entrado a usted de pronto?

Paco no lo sabe.

— ¿Qué se ha encontrado usted por esas arboledas de Dios?

Ahí duele, ahí duele. ¿Qué se ha encontrado?... Precisamente lo que se ha encontrado... ¡Pues, señor, que las niñas de Cascales se reían de él! ¿Y por qué se reían las niñas de Cascales? ¡Nada, que aquella rubia de los ojos grises debe ser el mismí-

simo demonio, y que aquella risita se le ha clavado en el corazón!

Y el asturiano piensa, de sí mismo orgulloso y satisfecho: «Está visto; estos muchachos poco intelectuales no saben admirar la naturaleza. ¡Vean ustedes qué cara de aburrido lleva este infeliz!»

IX

Pues, señor: tras no pocas vacilaciones sobre si el lazo de la corbata ha de ser nudo o mariposa, y sobre si es más fino o menos fino el perfume del agua de Colonia que el aroma del agua de la Florida... y sobre otros diversos particulares de este o parecido jaez, va Paco Trelles calle de Alcalá arriba en busca de la casa del señor Cascales.

El cual es, además de diputado, rico, y vive en la plaza de la Independencia.

Serán, minuto más o menos, las cuatro de la tarde, y el día se duerme en esa placidez tibia, que es como tregua que el agonizante verano pide a los vendavales y celliscas de otoño, y que el otoño otorga casi siempre en Madrid. Son estos días, últimos de septiembre y primeros de octubre, como cristalizaciones de serenidad: diríase que es toda la jornada un largo crepúsculo. Las ramas de

los árboles se están inmóviles, porque se saben ya dañadas de muerte y temen que el moverse sea el perecer; también el aire se está quieto, porque se sabe fuerte, y teme destrozar si se agita, y también el cielo se está sereno, porque sabe que, si admitiera nubes, saldrían de ellas lluvias temporales; y cielo y aire como que quieren asistir en silencio y con respeto al agonizar de las horas radiantes que se están muriendo.

Y mientras el estío agoniza, la ciudad renace; comienzan las fiebres del vivir y del pensar, y pasan por las calles carruajes y palabras, y empiezan a rodar de mano en mano y de cerebro en cerebro dineros e ideas.

Y van las gentes, bajo esta paz del cielo y esta quietud del aire, caminando de prisa, alta la frente y risueños los ojos y los labios, porque ésta es para todos hora de impulso y de comienzo de labor, y nada alegra más al hombre, mal que pese a sociólogos desengañados, que la perspectiva de trabajar en paz y con fruto.

Y en la hora de comenzarlas, todas las tareas parecen fáciles, y adivina el deseo, al fin de todas ellas, la justa recompensa.

Paco ha hecho ya su matrícula en la Universidad. No ha comprado los libros, pero piensa que

las asignaturas no han de ser cosas del otro jueves. Todo lo que hasta ahora ha visto de Madrid le ha sabido muy bien, sin saberle precisamente a nuevo.

No ha salido de noche, porque los huéspedes de doña Cecilia no tienen costumbre de salir, y, además, porque su amigo Enrique le ha asegurado que todavía no hay nada que ver. ¡Deje usted que se abran los teatros y que venga la gente de rumbo! Visitó las Ferias, que le parecieron harto peores que las de León, y ha estado en el Retiro, que le gusta por eso..., porque es campo y le trae a la memoria la campiña ausente.

La risa de las niñas de Cascales, que tan desazonado le tuvo buena parte del día anterior, con el dormir se le ha olvidado, y hoy no se acuerda de la desazón. Además, ha observado que Mariquita le mira con buenos ojos. ¡Y no debe ser achaque de la vanidad, porque don Marcelo le mira con los ojos peores del mundo! ¡Pobre don Marcelo, qué fatigas pasa por el pícaro amor! Ultimamente regaló a la ingrata una toquilla roja, y ella, que sabe cuán bien le sienta el colorcito, puesto que es morena, hace del rojo trapo arma para altas lides de coquetería con todos, sí, señor, con toditos los huéspedes menos con el do-

nante, y más, mucho más que con todos, con Paco Trelles.

Que, por supuesto, sigue desdeñando aquel triunfo de poco más o menos, pero que, aun decidido a no aprovechar de él, le saborea; al cabo, la muchacha es linda como un sol, y... nunca amarga un dulce.

Pero, ¿quién piensa ahora en Mariquita? Las otras, las que va a visitar, son las que importan por el momento. Y mientras a casa de Cascales se dirige, va trazando todo un plan de conducta, de combate, piensa él, porque ha de haber combate sin remedio; claro está, las muchachas han de hacerse valer como quienes son, y de seguro que empiezan desdeñándole por aquello de ser ellas mujeres, y madrileñas, y bonitas, y elegantes a más no poder, y por aquello otro de ser él provinciano e inexperto y cuatro cosas más. Por lo tanto, hay que pertrecharse, y bien pertrechado, para salir del lance como el lance pide. Ya la cuestión de ropa, particular importantísimo cuando de mujeres se trata, si ha de creerse lo que afirma el amigo Alvarez, va en su punto y sazón. Como que todo lo que lleva encima, desde las botas de charol hasta el sombrero hongo, es flamante, recién comprado y de última moda; por

supuesto, corbata y calcetines de un solo color, ¡no vale confundir!

Y si a la ropa no hay que pedirle nada, ¿qué se le va a exigir al que la lleva? Paco, que en la casa de huéspedes a duras penas ha logrado atisbarse de medio cuerpo en el espejo de la sala, tan chico es él y tan oscura ella, se mira ahora de cuerpo entero — aunque soslayando las miradas por el bien parecer — en las lunas de los escaparates, y no se encuentra del todo mal; por de pronto, tiene más cuerpo que aquellos señoritos, y más soltura en el andar que aquellos otros, y hasta, si bien se mira, es más hombre que todos ellos juntos.

Nada; que por el lado de lo físico puede pasar; en cuanto a la parte moral, ya es otra cosa. Las niñas de Cascales serán, sin duda, un poquito orgullosas — burlonas ya sabe que lo son —, y tendrán cierto empaque, y hasta cierta tiesura, si a mano viene; pero, amiguitas, vénganme a mí con tiesuras y empaques; en primer lugar, que a dineros no me ganan ustedes, y si el orgullo está fundado en la diputación del papá, sepan que, andando el tiempo, ha de ser este que ven ustedes tan diputado como él, y, además, él lo es, porque al mío — que también tengo yo mi papá corres-

pondiente — le ha parecido bien que lo sea. Conque, señoritas, mal que les pese, y aunque les mortifique, estamos de potencia a potencia.

Con tales pensamientos, a Paco se le antoja la Puerta de Alcalá arco de triunfo levantado para él solito, y pasa bajo ella erguido y arrogante: que el cuerpo, eterno pregonero de los secretos del alma, apenas ella sueña triunfos, toma actitudes de triunfador.

Así entra en el portal, y sube la escalera, y llama al timbre. Un criado le pregunta su nombre: «Francisco Trelles», responde el preguntado; y aquel nombre, Francisco, que acaso pronuncia por primera vez en su vida, es para el mozo como súbita revelación. Entre sus sílabas, que le suenan a cosa nueva y rozagante, como que entierra su anterior personalidad. Aquel buen mozo que antaño se llamó Paco Trelles, franco y simpático si se quiere, pero al cabo de pueblo y a la buena de Dios, ya no existe: ha desaparecido del lado allá de la puerta, se ha hundido para siempre en el olvido, rodando, rodando escaleras de mármol abajo. Del lado acá, en el vestíbulo tapizado de paño rojo, frente a la luna del biselado espejo, está el señor don Francisco Trelles, muchacho elegante si los hay, que mira con desdén a los

criados y se dispone a conquistar, ¿quién sabe?, a las tres niñas de la casa. Por lo menos la rubia ha de pagar con creces la risita de marras.

— Dice el señor que espere usted un momento.

Paco se sienta; la estancia donde le han recibido es el despacho íntimo del señor Cascales: tiene el suelo de madera encerada; las paredes, pintadas de verde; el mobiliario es maravilla de buen gusto, hecho de roble claro, con formas cómodas y sencillas; en el ventanaje, que ocupa toda la pared del fondo, hay ligeras cortinas de muselina cruda. Por las estanterías corren filas de libros bien ordenados, y en un rincón propicio, que sabe a intimidad, se alza una gigantesca chimenea, en cuyo hogar — como aun no es tiempo de poner lumbre — hay una gran maceta de azaleas que está cuajada de flores blancas. También sobre la mesa hay flores blancas puestas en una copa de cristal.

A Paco le deja un poco frío la sencillez aquella. Él había imaginado de otro modo el lujo de las gentes de fuste. Grandes cortinas de terciopelo, muebles de nogal, con dorados, y en las paredes cuadros con buenos marcos y tapices; algo que, aunque mejor, se pareciese a los salones del ca-

sino en León y en Palencia, que también en Palencia ha estado él más de dos y tres veces.

Pues no, señor; en las paredes de este despacho no hay cuadros ni tapices; sólo sobre la chimenea, encuadrado por sencillísima moldura, está un retrato de mujer. Paco se acerca: es una miniatura finamente pintada sobre marfil; y el rostro de mujer que representa es dulce y bondadoso, aureolado por cabellos negros y envuelto en luz por una sonrisa que nace, más que de los labios, de los ojos entre verdes y azules; ojos que parecen prestar su mansa lumbre a toda la estancia, que es clara como ellos, y como ellos limpia. Paco piensa, y piensa bien, que representa aquella miniatura a la ya muerta señora de Cascales.

Volviendo a sentarse, advierte sobre una silla baja que hay junto al ventanal, un mundillo de encaje. Y esta segunda nota de feminidad habla más que cien páginas, puesta allí entre los libros arringlerados, que llevan títulos formidables, y la mesa cargada de papeles del señor diputado.

Que entra con la disculpa en los labios:

— Dispense usted, amigo, que le haya hecho esperar.

El señor de Cascales es simpático. Creo yo que aun no ha de haber cumplido los cincuenta años:

alto y delgado en demasía; lleva afeitado el rostro, que negrea bajo el cabello espeso, que empieza a blanquear. Paco le ha visto varias veces, allá en el pueblo, entre los electores; pero al hallarle aquí en su hogar, envuelto en aquella serenidad, a un tiempo cariciosa y correcta, parécele como si por primera vez le viese; y, en realidad, es el señor Cascales *otro hombre*, en cuanto, abandonados trajines mundanales, entra en su casa y se acoge al calor de la familia.

— Muy bien, amigo — dice a Paco, cambiados los saludos de ordenanza, que del corazón parecen salirle al buen señor —. Muy bien me parece esto de que usted haya resuelto venir a hacernos una visita. ¿Por muchos días?

Paco responde lo que hace al caso; la estancia ha de ser larga, puesto que viene para estudiar.

— Mejor que mejor; con eso tendremos ocasión de verle algunas veces y aun de probarle lo muy de veras que por acá estimamos a amigos como ustedes. Por de pronto, si usted no tiene en ello inconveniente, voy a presentarle a las niñas.

¡Qué ha de tener!

El señor de Cascales manda que avisen a las

señoritas. Paco se yergue, tose, disimuladamente se atusa la greña; en una palabra: se apercibe al combate.

— Verá usted, verá usted qué tres nenas; son mi alegría — dice el diputado.

Hay un revoloteo en la habitación inmediata; se oye a las niñas cuchichear, y, a poco, aparecen. ¡Qué salto le da a Trelles el corazón!

Si bonitas le parecieron en el Retiro, vistas de lejos, bajo la luz alegre de la mañana, ¿qué habían de parecerle aquí, a dos pasos de la luz armoniosa y bien templada de aquella habitación que parece hecha para marco y joyero de su gracioso encanto?

— Mis hijas. Paco Trelles, mi amigo.

Las niñas, una por una, vanle tendiendo las manos, y él, como en sueños, las estrecha; y al llegar a la de la rubia, que es más blanca que las otras dos y que tiene hoyuelos bien marcados, creo yo que aprieta más de la cuenta, y, habiendo acertado a levantar los ojos al rostro de ella, adivina, por un chispazo de malicia que se prende en sus ojos, que harto le ha conocido. Las hermanitas, si le conocen, nada dejan adivinar.

Volviendo a mirarlas ve Paco que la mayor no es tan blanca como a primera vista le había pare-

cido, puesto que su piel tiene reflejos dorados que, bajándole desde la frente, al mezclarse y fundirse con las rosas de las mejillas, forman el más lindo color de carne que sea posible imaginar; y como está de frente al ventanal, la luz espejea en sus ojos verdes, que ahora parecen brumosos y grises como de acero.

— Esta es Ana María, la madrecita — dice Cascales presentándola —, lo mejor de la casa por la formalidad.

La madrecita, que escasamente tendrá veinte años, sonríe, y su sonrisa es imagen fiel de la sonrisa del retrato. Paco piensa que la serena claridad del cuarto nace en su claro sonreír.

— Esta es Margarita, la segunda — Margarita es la pelinegra de los ojos castaños; se inclina, sonriendo, a ser posible, más bondadosamente que la hermana mayor —, y ésta, Asunción, la loca de la casa.

— Por Dios, papá — dice la rubia, compungiéndose de mentirijillas —; no me desacredites; ¿qué pensará de mí el señor Trelles? No lo crea usted; soy, por lo menos, tan formal como Ana María.

— También tengo un pequeño; pero está en clase.

Las niñas se han sentado.

— Siéntese usted.

Y Paco, ante la caricia de aquellas tres miradas femeninas, que se cruzan sobre su frente, siente caer todas sus arrogancias, y siente cómo donde ellas caen se alza el más espantoso desconcierto.

Es decir, que él venía dispuesto a la batalla, y se encuentra sin enemigos; porque, ¡madre de Dios!, ¿con quién batallar en aquella casa de paz, donde se le acoge como a bienvenido, y como a esperado se le sonríe?

— ¿Qué tal le han parecido a usted las niñas?

— ¡Papá, por Dios! — sonríe Ana María.

— ¡Qué cosas tienes! — dice Margarita.

— Figúrate qué hemos de parecerle, ¿verdad, señor Trelles? — exclama Asunción, abrazando a su padre.

— Verdad — responde Paco, que ya no sabe lo que dice.

Y las tres hermanas se ríen a coro.

«¿Por qué se reirán?», piensa desconcertado. Y no comprende que se ríen porque son buenas y porque están contentas de vivir.

Suena el reloj.

— Las doce — dice Ana María levantándose—.

Con permiso de ustedes, es hora de almorzar y voy...

— El señor almuerza con nosotros — dice el padre.

— Ya lo supongo — replica la niña.

«¡Almorzar con ellos!», piensa Paco. ¡Imposible! Aquellas criaturas le tienen trastornado. ¡Si parecen mujeres de otro mundo! Si se atraganta y se ataruga, y está tragando hieles desde hace diez minutos.

— No, muchas gracias.

— ¡Cómo que no!

— No puedo.

— Si es que está usted invitado en otra parte...

— No.

— Entonces no hay remedio.

No hay remedio...

— Estaremos solos — dice Margarita compasivamente.

¡Solos, con ellas, válgame Dios!

El señor de Cascales va a quitarse la bata; siempre va al comedor muy compuesto para hacer los honores a las nenas. «Chocheces de padrito romántico», dice Asunción.

Solos Paco, Asunción y Margarita, míranse ellas, míranle a él, tornan a mirarse, y se echan a reír. Él las mira a su vez muy enojado.

— No se enfade usted, señor Trelles. Nos reímos... nos reímos... — empieza Margarita.

— Vamos a ver — interrumpe Asunción —; pero, ¿de veras no nos ha conocido usted?

Paco balbucea:

— ¡Tanto como conocerlas!

— No sea usted hipócrita. Yo, en cuanto entramos, le conocí; pero como usted se hizo el desentendido... Vamos, que el lance tiene gracia.

Y vuelta a la risa, y vuelta al mal humor.

— Yo, señoritas, pensé que ustedes...

— En primer lugar, puede usted suprimir el señoritas. Yo me llamo Asunción, y esta, mi hermana, Margarita.

— Sí, sí; ya sé.

Hay una pausa; las niñas esperan que el galán hable; pero el galán no sabe qué decir. En el silencio, los minutos se prolongan, desarrollándose como vueltas de espiral. Al fin, Paco, como quien se tirase a un pozo, pregunta lo primero que se le ocurre.

— ¿Ustedes no han salido nunca de Madrid?

Leve sonrisa irónica contrae el rostro de Asunción. Afortunadamente, Paco, en aquel momento, está mirando a Margarita, que responde con el mayor aplomo:

— Sí, señor, muchas veces. Mientras vivió mamá, pasábamos los inviernos en un colegio; pero, cuando murió la pobre, papá quiso traernos para alegrar la casa. Desde entonces salimos con él todos los años.

— Y usted — pregunta la pequeña —, ¿es la primera vez que viene a Madrid?

— Sí, la primera — responde Paco, ruborizándose, como si se tratase de confesar un crimen.

Cascales vuelve, y vuelve Ana María.

— Vamos al comedor.

El comedor es grande, y tiene vidrieras de colores como una iglesia.

Allí Paco sufre una nueva presentación: la de mamá Teresa, señora paralítica y sorda, que es madre del señor Cascales.

— Mamá Teresa, este señor, el señor Trelles amigo de papá, que almuerza con nosotros.

— Muy bien, gracias, ¿y usted? — responde apresuradamente la paralítica. Y prosigue: — La familia buena; no hay de qué.

La pobre señora supone las preguntas que han de hacerle, y contesta por adelantado, en su afán de demostrar que oye perfectamente. Paco saluda. Mamá Teresa le escudriña; y él no está muy lejos de pensar que los ojos de la infeliz señora

tienen alfileres por miradas: tal le desazonan mirándole.

Ana María le señala puesto, enfrente del papá, entre Margarita y Asunción.

El suplicio comienza. En primer lugar, hay un criado tieso y correcto; después, sirven «como en las fondas», y le sirven a él el primero; ha oído decir no sé qué de modas en el comer y el dejar, y no sabe a qué carta quedarse; siempre resulta que se sirve muy poco, y aun de ello deja sin comer la mitad. Asunción le da broma sobre lo desganada que está la gente de Puente-la-Piedra; a cada nuevo plato surge una angustia nueva; ¿con cuál de los tenedores, o cucharas, o cuchillos que a derecha e izquierda tiene dispuestos, se comerá aquéllo? Y siempre espera que alguno comience, y suda y agoniza. Aquel tenedorcito de tres puntas, que tiene el cuchillito parejo, ¿para qué servirá?; ¿cómo han de comerse las alcachofas?

— No, no las quiero.

— ¿No le gustan a usted las alcachofas? — pregunta Ana María —. Aquí tenemos pasión por ellas; sobre todo, papá y Margarita.

Y Paco piensa que aunque estuviera cuatrocientos años aprendiendo a comer alcachofas, jamás alcanzaría aquella gracia y natural soltura

con que Asunción voltea las hojas verdes entre el cuchillo y el tenedor, y los dientes de rata y los labios de guinda. ¡Y qué retegraciosa está la niña chupando hojitas de alcachofa, y cómo charla, y cómo se ríe! Pero, ¿es posible comer con tanto requilorio y hablar al mismo tiempo?

Cascales advierte el silencio de Paco, y endereza la conversación a temas propicios; que la Universidad..., que los estudios..., que la vida en Madrid...; todo inútil. Ana María, que es muy mujer, y simpatiza con todas las delicadezas sentimentales, le habla del pueblo, de su casa...

— ¿Usted tampoco tiene madre? — pregunta suavemente.

Paco, tanto le agradece la buena intención, y tan penetrado se siente de simpatía hacia el alma compasiva de la muchacha, que casi tiene lágrimas en los ojos cuando responde:

— Tampoco: se murió hace tres años.

— Como la nuestra; ¡pobre mamá!

— Ella es la que quiso que yo estudiara; era muy buena; allí, la casa está como sin sombra desde que ella falta.

¿De dónde saca el mozo valor para tan larga perorata? Del manso sonreír de Ana María, que sabe buscar los caminos del corazón.

— Y su padre de usted, ¿por qué no ha venido?

— Mi padre está hecho al pueblo, y no podría vivir fuera de él.

— Es preciso animarle..., ocho días siquiera...

Mamá Teresa piensa que Paco está hablando con ella, y dice de pronto:

— Sí, señor; a Dios gracias, tengo buen apetito. Usted es el que parece desganado.

— No, no, señora — responde Paco.

— Es natural — dice la paralítica —; con estos calores se pierde la gana de comer. Niña — añade volviéndose a Ana María —, ¿por qué no sirven al señor un par de huevos pasados por agua?

La madrecita asiente:

— Sí, sí, mamá.

El lavafrutas es el último escollo de la comida. ¿Para qué servirá aquel tazón de vidrio lleno de agua?

Salvada la dificultad, gracias al método de la observación previa, Paco respira.

Margarita, en un extremo de la mesa, prepara el café. Mamá Teresa vuelve a su sitio, junto a la chimenea. Asunción charla con su padre. Mientras Ana María no le abandone... Parece, cuando

habla, que se siente en el corazón un vientecillo fresco que huele a flores, y cuando mira, las cosas que alma adentro andan revueltas y desquiciadas, como que vuelven a su quietud y se colocan en su lugar propio y definitivo.

Amparado por ella, poco le importan las risas de Asunción y Margarita, y hasta los tenedores de tres puntas y los tazones de cristal con agua. Volverá muchas veces, ya lo creo, sólo por oírla y por verla mirar con sus ojazos verdes.

— El señor Miranda — anuncia el criado.

Entra en el comedor un joven alto y bien vestido, que a todos saluda familiarmente.

Cascales le presenta, añadiendo a las palabras de ritual:

— Es mi futuro yerno. Para el mes de mayo se nos casa la madrecita.

La madrecita y el recién llegado se miran sonriendo, y a Paco se le rompe no sabe dónde, pero muy adentro, algo, no sabe qué, pero que duele mucho.

Y entonces, un poco entristecido, piensa en Elena y la quiere un momento con toda su alma.

X

Hay que escribir al pueblo. Después del telegrama, el padre, y los amigos, y la novia, estarán esperando noticias e impresiones del ausente. Hay que escribir.

Paco se recoge a su cuarto, luego que Gutiérrez ha instalado en él el velador de la sala; el velador tiene un tapete de crochet con borlitas, y es en la sala sustentáculo de dos conchas de nácar y un álbum con retratos de familia. Gutiérrez recoge el álbum y las conchas, dobla el tapete, extiende un periódico sobre el desnudo velador, trae el frasco de tinta y dos mangos de pluma y vuelve apresuradamente al comedor, en que doña Cecilia, las niñas y los huéspedes amenizan la velada jugando al julepe. Gutiérrez tiene una suerte loca en el julepe; hay noches en que llega a ganar cuarenta céntimos, por lo cual es devoto ferviente de los

naipes y esperaba esta hora de la sobremesa con impaciencia de enamorado.

Paco se sienta; apoya los codos en el velador, la cabeza en las palmas de las manos, y medita. Es de noche; sobre la cómoda hay una lámpara de petróleo con pantalla de verde cartón: su luz cae de lleno sobre la cabeza de Minerva; en el techo bailotea un anillo replandeciente, y un moscardón revolotea en torno del anillo; la cama queda en sombra; el espejo, en sombra también, pero recogiendo en su cristal la claridad, parece una ventana abierta en la profundidad de la noche.

De fuera vienen ruidos extraños, porque hace viento y la angostura de la calle, oficiando de tubo de órgano, le recoge, y con él clarinea y trompetea en sones gemebundos o marciales.

Del comedor llegan las risotadas y el charloteo, y a intervalos, el sonar de la calderilla sobre el plato de postre que sirve de cestillo.

Y Paco, ni oye el viento, ni oye los ruidos del comedor, porque está meditando.

Fácil es decir escribiré; y no difícil decidirse a ello; el intríngulis, como diría señor Manuel, está en decir las cosas como deben decirse, porque en esto de cartas más vale dejar de escribir que escribirlas y no a gusto de quien ha de leer el es-

crito. Y, por pícara ley de este pícaro mundo, bien pocas veces está de acuerdo lo que el escribidor puede escribir, con lo que el lector gustaría de leer. Por eso, Paco, que es hombre bien sincero y poco ducho en el arte sutil de plumear con diplomacia, medita y remedita y vuelve a meditar, escudriñando su memoria para contarlo todo, y tomando el pulso a su habilidad para contarlo bien.

Sucede — y éste es el quid de la dificultad — que aun le dura la murria, que tiene hambre y sed de consuelo; lo que él quisiera es decir: estoy triste y estoy solo; y decírselo a alguien que le supiese compadecer: a su padre, a su novia, qué sé yo.

Y pensando, pensando todo lo que él pondría en el papel, resulta que la carta sería como sigue:

«... Sabrá usted, padre, que, al llegar a Madrid, el día estaba claro y yo estaba contento; y que por el camino venía yo pensando en vivir como un príncipe y gozar como un rey; y que soñaba con una casa que mejor que un palacio parecía, y que, tras mucho rodar del coche por calles y plazas, llegué a esta callejuela, que es fea y negra, y que huele a tristeza y suda mal humor por las paredes de sus casas roñosas; porque ha de saber

usted también que aquí en Madrid la pobreza no es como la pobreza del pueblo, que tiene cielo que ver y aire que respirar: aquí los pobres ni ven el cielo ni respiran el aire, y parece que la miseria es amiga de la oscuridad y hermana de la mugre.

»Esta mi posada, es decir, esta casa de su amiga doña Cecilia, no me atreveré yo a decir si es buena o mala; limpia sí está, pero es aún más oscura que la calle, y cuando está uno dentro de ella siempre parece que va a anochecer. La tal doña Cecilia es cariñosa, pero no sé qué tienen sus cariños, que a mí me saben a puchero rancio. Hay también dos muchachas — aquí el matiz del comentario se esclarece un instante—, de las cuales es una la morena más salada que usted pueda pensar, y hay varios huéspedes, unos alegres y otros tristes, que bien puedo jurarle a usted que todos ellos me quitan la soledad sin llegar a hacerme compañía.

»Estuve a visitar al diputado: es buen señor y me recibió bien. (Aquí la carta imaginaria se hace tan melancólica y amarga que al mismo que la escribe le arranca suspiros. Y entre suspiros va diciendo lo que el lector ya sabe, y luego continúa.)

»En total, padre, que estas gentes tan buenas,

son demasiadas gentes para mí, y que salí de aquella casa como si el mundo se me cayera encima, y que me fuí a un paseo que aquí dicen de la Castellana, que es el más elegante, y que paseo arriba y paseo abajo, como ya son los días cortos, llegó el anochecer, y encendieron los farolillos de los coches que por sobre el paseo rodaban, y que iban todos muy despacio, reflejando el charol de los unos las luces de los otros, con el sin fin de mujeres bonitas y de señores bien vestidos que en ellos iban, como reyes en tronos. Yo juraría, padre de mi alma, que olía el aire a perfumes y a caras bonitas, y que el hablar de las mujeres, que no se oía, pero se adivinaba, hacía en el aire como una música.

»Sabrá usted que a un lado y otro del paseo hay casas y palacios con jardines, y que, mirando entre los árboles de aquellos que están a mano derecha, se veía la puesta del sol; pero no era de lumbres como entre los álamos de nuestro huerto, sino color de rosa, y un poco más allá color de violeta; y le cuento esto, no por lo que en sí importe, sino al caso de decirle que aquel acabarse del día, tan pálido y tan triste, metía el corazón en un puño. Los coches, con sus luces, seguían pasando y pasando. ¡Querrá usted creerlo,

padre de mi alma! Más pena me causaban los coches que la puesta del sol, porque aquí dentro no sé quién me decía, digo yo que sería el mismo diablo: —¿Ves tú lo que presumes con tus dineros y tu bambolla? Pues esas señoronas y esos caballeros son de otra casta que la tuya—y... en fin, que yo me entiendo y usted me entiende y... ¿para qué gastar en balde papel y conversación?

»Sabrá usted que hoy ha sido el primer día de clase. Yo tengo tres asignaturas y cuatro libros de tan buen tamaño, que pienso que, en llegando a aprenderlos, he de saber más que el mismo Pancracio; por de pronto, ya en la tercera página de uno de ellos he visto escrito aquello que él predica a todas horas, de que todo se realiza en el tiempo y en el espacio; el quid está en tener paciencia para leerlos hasta el fin.

»Esta mañana fuí a la Universidad; había en la puerta de ella, y aun a lo largo de la calle, tantos muchachos, que en verdad me asombré de que exista en España tanta gente capaz de estudios; verdad es que todos ellos no parecían muy preocupados por lo que habían de estudiar; pocos llevaban libros, y muchos empleaban el tiempo en decir tonterías, y aun desvergüenzas, a las mujeres que iban pasando. Un grupo de ellos, plan-

tado en medio de la calle, obligaba a parar, llegando adonde estaban, coches y tranvías, y entre todos, tal zambra tenían armada, que más que a clase, a feria parecían llegar. A mí estas cosas se me antojaron simplezas de chiquillos.

»Parecióme la Universidad a modo de convento; creo que a los pasillos les llaman claustros, y bien lo parecen. Allí los estudiantes alborotan lo mismo que en la calle. En fin, que llegada la hora, entramos en el aula, que es un salón muy grande, con una escalinata de madera como tendido de plaza de toros; allí se sienta uno para aprender, y el profesor en una mesa enfrente para enseñar. El que nos ha tocado en suerte es un señor anciano, pequeñito y amable; pero con un mirar tan vivo que a todas partes parece que alcanza. ¡Ya ve usted qué simpleza! A mí me molestaba aquel mirar y hubiese querido evitar que me viese, y por lograrlo, desde el primer escalón donde al entrar me había colocado, fuíme subiendo poco a poco, pensando que allá arriba no me habían de ver; llegado a lo más alto volví la cara, y mire usted lo que es la mala suerte, resultó que allí es donde más se me veía; yo no sé cómo diablos está puesta la tal escalinata, pero es el caso que de nada sirve el subir ni bajar. Le digo de veras que pasé un mal rato.

»Para empezar la clase, el profesor nos ha echado un discurso. ¡Cosa buena! Que si ustedes y yo hemos de ser amigos; que si yo no soy un maestro, sino un compañero que sabe más, y que viene a guiarles; que si trabajaremos como hermanos, con buena voluntad; que si la ciencia es fácil y el estudio sabroso; que si el saber alegra la vida..., y por ahí hasta quince minutos. Con lo cual, de tan bien parlado que estaba, y mejor sentido que parecía estar, venían deseos de pasarse estudiando y aprendiendo la vida entera, o, por lo menos, la mitad de ella; pero tras el discurso vino la explicación, y ¡vamos, padre! que, o yo mucho me engaño, o mucho se engañaba aquel señor ponderando las sales de la ciencia y, sobre todo, su facilidad, porque entender lo que él quiso decirnos no me pareció tan fácil y sabroso como era de esperar.

»Y contado esto de la primera clase, haga usted cuenta que sabe lo que pasó en la segunda, y lo que ha de pasar en la tercera, que comienza mañana, si no hay quien lo remedie.

»De otros particulares poco puedo decirle; en cada hora del día me acuerdo siete veces de usted, y de mi pueblo y mi casa, y hasta de los guisotes de Nicereta. Acuérdense ustedes también de mí, que harto lo necesito.»

Tras esto, parrafada más o menos, y la firma y la fecha, bien podía la carta que Paco estaba cavilando darse por terminada, y aun perfecta en su género, pues que decía claro cuanto hay que decir; pero, precisamente, en tanta perfección de claridad estaba su mayor inconveniente, porque descubría flaquezas, si amargas para sentidas, no muy más dulces para contadas. La carta no ha de llegar a su destino, ni ha de escribirse por si acaso, que es el papel menguado celador de secretos. A más que nuestro amigo ni a sí mismo quisiera confesarse tales decaimientos y desanimaciones. ¡Pues no faltaba más! Estas son murrias de cuatro días que pasarán, y, entonces, ¡cómo se ha de reír al solo recuerdo de haberlas padecido!

Esto, aparte de lo que allá en Puente-la-Piedra hubieran pensado de sus añoranzas. ¿Qué diría Pancracio, y qué el señor doctor, y qué el padrino, y hasta mi señora doña María Inés? Paco recuerda el banquete famoso de la despedida, y los discursos, y las ovaciones, y se siente crecer, y se consuela, y hasta ve el mundo de mejor cariz. Verdad es que un minuto más tarde no sé qué risotada, que llega de la mesa del julepe, torna a traerle a la realidad, y, con la realidad, a las melancolías.

La carta sigue sin escribir, y el plieguecillo blanco como que se dilata en un largo bostezo de blancura, y, a poder hablar, bien sé yo que diría al vacilante mozo:

«¡Loado sea Dios, y qué apretados de meollo y estrechos de conciencia habéis venido a ser los mozos aventureros en esto de escribir desde la corte a los deudos que en la aldea dejasteis!

»Es decir, pusilánime mancebo, que te asustan las cuatro mentirillas que en buena ley has de escribir al padre para que, con tu ausencia, no se compunja y desazone, y que te parece poco menos que pecado mortal trocar por escrito en bienandanzas las malaventuras. Pues has de saber que trueques más donosos han forjado en todos los tiempos plumas sobre papeles desde que el mundo es mundo; y a fe que no se tuvieron jamás a pecado semejantes trastrocamientas, y sí a grande habilidad y galanura; y a aquellos hombres que supieron mejor y con más sutileza forjarlos, no por embusteros, sino por varones de ingenio grande, y hasta de grande utilidad, se han repudo siempre en las cultas repúblicas. Animo, pues, y por mí no lo sientas; sobre que un refrán dice: «El papel no se pone colorado», bien puedes sin temor hacerme nuncio de tus mentiras, que, por

estupendas que fueren, no pienso sonrojarme, ni dejar de cantarlas claro, con tal de que tú no las escribas muy oscuro. Y aunque refrán no hubiese, harto sé yo para lo que he nacido; que al echarme al mundo no me dijo mi madre la máquina: «Sal a decir verdades», sino: «Marcha a decir palabras»; y ya no hay papel en la tierra, aunque esté por nacer, que no entienda la grande distancia que va de palabras a verdades. Forja, pues, tu discurso, que, como él sea bueno y esté bien plumeado, mas que no haya en sus letras un solo rasgo de verdad, poco importa. A más que aquí no es fuerza trastrocar hechos, y cambiar lugares, y aun inventar personas, que no vas a escribir crónicas para reyes, sino cartas para tu pueblo; y lo que ha sucedido, bien sucedido está, no hay sino mudarle un tantico el color para dejarlo como las mismas rosas.

»Ya ves si el caso es baladí, y la dificultad de poca monta, y si es cosa de andar en escrúpulos de conciencia por mancha de color más o menos; que en esto de colores hasta el mismo sol miente, y todos le llaman maravilla de Dios. Ergo...»

No sé si fué el papel quien dijo todo esto que va escrito. Acaso lo diría Minerva desde su busto

color de bronce; acaso nadie lo dijo, y Paco lo escuchó; tal vez no lo escuchara; pero el caso es que, dicho o no dicho, escuchado o dejado de escuchar, hizo el discurso efecto; porque, abandonando la actitud meditativa, tomó el mozo la pluma y, de un tirón, con letra clara y razones breves, escribió como sigue:

«Madrid a 2 de octubre.

»Querido padre: Estoy bien de salud y muy contento de mi estancia en la corte. Ya, por el parte que le puse, sabrá que hice el viaje felizmente. En llegando, víneme a esta casa, que es de lo mejorcito que hay en Madrid; tengo en ella buen trato y buena compañía. Estuve a visitar a Cascales; no puede usted pensar cómo me recibieron, y las cosas que me dijeron para usted. Quedéme allí a comer, y pasé un día muy alegre: tanto, que pienso volver a menudo. Tiene tres hijas, que son muy bonitas, y muy simpáticas, y muy amables.

»Hoy empiezan las clases; esta mañana fuí a las dos primeras, y ya tengo comprados los libros. Por este lado todo marcha bien, porque los estudios no son cosa mayor; así es que pienso que no me llevarán tanto tiempo que falte para divertirme un poco.

»Madrid me gusta. He estado en el Retiro, que es un jardín muy grande y muy hermoso; y en la Castellana, que es el paseo de la gente rica; cientos de coches había en él, y cuando anocheció, como encendieron todos los faroles, parecía una fiesta con iluminación; era cosa bonita de verdad y muy alegre.

»No se enfade usted porque haya tardado en escribirle; desde que llegué estoy pensando en ello; pero no sé qué tiene Madrid, que las horas se marchan sin pensar. Como le digo, esto me gusta, pero no me sorprende, por ser casi lo mismo que me había figurado. Todo está bien, pero no hay esas maravillas de Madrid, Madrid que tanto pondera la gente del pueblo.

»Dígale usted a Pancracio que tengo un compañero de alojamiento que sabe casi tanto como él, y que siento que no esté con nosotros, porque los tres juntos... ya él me entenderá. A don Lino y a Frasco, que he visto al rey ayer, y que no digo nada; y al padrino, que ya le escribiré para contarle cosas de política, que aquí, en Madrid, es donde se las mira de cerca.

»No le digo que me acuerdo de usted, y de mi casa, y de mi pueblo, porque eso por sabido se calla, y no había yo de ser tan descastado que los

buenos ratos de la vida cortesana me hicieran olvidar lo que tanto quiero y tanto querré siempre. Y nada más; memorias para todos, y para usted un abrazo de su hijo

PACO.»

Terminada la epístola, por virtud del contentamiento que trae siempre consigo el dar remate a una tarea que se juzgó difícil, despejósele en parte el mal humor a Paco; y como en esto de los malos pasos, y más si son cosa de traza imaginativa, lo peliagudo está en el empezar, y una vez empezado, no hay sino dejarse ir bonitamente hasta donde el ingenio quiera llevarnos, aconteció que Paco, luego de escrita la carta al padre, sintió comezón de continuar escribiendo, y advirtió en sí mismo una lozanía y frescura de imaginación, y un arte para enredijar cosas vistas con lances soñados, que no había más que pedir; y así, de traza en traza, y de ponderación en ponderación, compuso hasta tres cartas más: una para el padrino, sesuda y grave, con puntas y ribetes de política; otra para Pancracio, que, en verdad, afilaba los dientes y abría el apetito, tales eran los verdores y lozanías de los lances en ella relatados, y la última para Elena Quirós, que era unas puras mieles.

Cerrada la correspondencia, que sabe Dios hasta dónde se hubiera extendido de no haber el quinqué empezado a mostrar con boqueadas su escasez de combustible, leyóla Paco para sí, y si se sonrojó o no se sonrojó, sabránlo acaso el pliego de papel y Minerva; a mí nada me han dicho, y, por lo tanto, nada sé; pero pienso que, después de leídas, por esa autoridad que tiene la palabra escrita aun para el mismo que la escribió, no andaría Trelles muy lejos de creer en la realidad de aquellos buenos ratos que iban en la correspondencia relatados tan por menudo.

Ya medio a oscuras, disponíase Paco a meterse en la cama, cuando llamaron a su puerta y entró por ella el señor don Enrique Alvarez, que, finado el julepe, iba de retirada.

— ¿Qué mil demonios ha estado usted haciendo encerrado en el cuarto tres horas de reloj? — El visitante trae en una palmatoria una vela encendida, y es gran suerte, porque el quinqué, tras larga agonía de llamaretadas azules, se muere de pronto.

— Estuve escribiendo.

— ¡Madre de Dios! Que por las muestras debe usted de ser hombre de entendimiento. ¡Tres cartas y tres horas! Al señor don Manuel Trelles, a

don Pancracio González, a Elena Quirós! ¡Cómo Elena Quirós, grandísimo picaronazo! Esta es la madre del cordero, y éstas son las tres horas de correspondencia. Digo, y lo que el señor don Francisco se nos tenía guardado. Elena Quirós, Elena Quirós. ¡Sabe usted que ese es nombre de alcurnia y significación, y sonará muy bien en la señora de un futuro padre de la Patria!

— ¿Qué, se ha ganado mucho? — preguntó Paco para cortar el flujo de palabras al señor don Enrique.

— ¡Ganar! En esta casa no gana nadie más que doña Cecilia y Carlitos; noventa céntimos se me han llevado entre los dos. A propósito, tengo que darle a usted una noticia: esta noche ha venido un huésped nuevo, que duerme en la alcoba del pasillo.

— ¿Y Gutiérrez?

— A Gutiérrez le han puesto un catre en el ropero del comedor.

XI

Es noche de noviembre, y está lloviendo.

Muy cogidos del brazo, al amparo de un solo paraguas, atraviesan la Puerta del Sol Paco y su amigo Alvarez. Llevan delante a una muchacha rubia, que, por librar del barro la faldamenta, muestra algo más que el pie, y lo muestra con gracia y picardía.

— Estas — dice Alvarez, que se las da de picarón — son las ventajas de la lluvia en Madrid. No puedes darte idea de lo que agradecemos, hombres y mujeres, un día de estos metido en agua; nosotros, por ver; ellas, por mostrar; todos estamos como en la gloria.

La rubia sortea maravillosamente los riesgos del asfalto encharcado; ya se desvía, con movimiento airoso, para evitar un choque; ya balancea el paraguas, sorteando los otros que, junto al suyo, van y vienen, y, a compás del paraguas, cimbrea el

cuerpo, que es de los que levantan tentaciones; ya, con pretexto de ver si arrastra el bajo de la falda, vuelve la vista atrás, y escudriña y sonríe.

— ¿Será una señorita? — murmura Trelles.

— ¡Quita, hombre!, ¿no ves que va de manto? Será una modista de las distinguidas; pero es mujer de garbo, y qué más da—. Paco hace un gesto ambiguo. —Sí, qué más da — prosigue el otro —. Vengo notando, amigo Paco, que desprecias, o finges despreciar, a las mujeres que no son de campanillas; y digo yo, por supuesto metiéndome en lo que no me importa: «¿En qué conquistas soñará este hombre?»

— Yo no sueño en conquista ninguna.

— Pues haces muy mal.

— Pero creo que cuando un hombre tiene conciencia de lo que es, y se respeta como debe, ha de tener cuidado en esto de buscar mujeres.

— En buscar mujer, querrás decir; pero, amigo, de mujer a mujeres va gran diferencia. Santo y muy bueno que, si no quieres casarte con esa bella Elena que has dejado en el pueblo, pongas la mira, y aun el deseo, en lo más empingorotado que se te alcance: una de esas chiquitas de Cascales que tan chiflado te traen, pongo por caso.

— ¿A mí?

— Sí, hombre, sí, a ti y a cualquiera, porque son de buten: en esas o en otras, que de menos nos hizo Dios; pero, entretanto, y para ir llevando esta arrastrada vida, no hay a qué andarse por las nubes. Créeme a mí: hay modistas que, ¡vamos!, me río yo de la princesa de Caramán Chimay, y luego, ¡qué demonio!, allí en el pueblo, ¿con cuántas princesas te has divertido tú?

— Sí, sí será verdad — responde Paco; pero luego piensa que él, ya que está en Madrid, hasta para aventuras del tres al cuarto necesita mujeres de significación.

— Mira, tú — dice el otro —, esas de fuste con que tú sueñas son buenas para abrir el apetito; luego, a buen hambre, no hay pan duro.

— No me gusta el pan duro, ni con hambre.

— Eso, allá tú.

Entretanto la rubia se ha escabullido calle de la Montera arriba, y los dos estudiantes vuelven a la Puerta del Sol.

Sigue lloviendo, y el agua chapotea en las telas de los paraguas, en los techos de tranvías y coches, en el cinc de portadas y canalones. Aun no han dado las nueve, y las tiendas, abiertas, muestran la gala de sus escaparates, confusas tras el cristal aneblillado por la humedad; en torno de la

luz de los arcos hay como un halo de luna triste, y el agua del suelo rebrillea jugando con los rayos que caen de los faroles; los coches van de prisa, y las gentes de a pie, despacio y con cara de mal humor; y es que la lluvia, no sólo entumece las coyunturas del cuerpo, sino que cría moho en las del alma. Es la hora de entrada en los teatros.

— ¿Vamos al Cómico? — sugiere Alvarez.

— Vamos al Real — responde Paco.

— ¡Al Real! ¿Tú sabes lo que dices, desdichado? Si ponen *Lohengrin*.

— No importa, vamos; tengo curiosidad por verlo.

— ¿A que van las Cascales esta noche? En fin, como quieras; pero conste que si te aburres no es culpa mía.

— Si es que tú piensas aburrirte...

— ¡Yo aburrirme con Wagner! No faltaría otra cosa.

— Andando, entonces.

— Y de prisita, porque llegamos tarde.

La lluvia pasa de chaparrón a llovizna, y ahora cae tan menuda que se respira con el aire.

Hay a la puerta del teatro dos o tres coches; de uno que llega salta una señora; bajo la marquesina goteante, sus galas refulgen un segundo; pasa

de prisa, y Paco ve al pasar el revoloteo de una falda y la caricia centelleante del zapato bordado de abalorios sobre un empeine principesco. El amigo Alvarez toma los billetes, dos asientos de paraíso numerado, y entran. Lejos, en un pasillo, se adivina la dama que pasó.

Ya empezó la *función*. Escaleras y corredores están desiertos; algún rezagado se apresura; se oye cerrar de golpe la puerta de un palco; otra se abre, y, por el hueco, sale una bocanada de música. Suben, suben, suben; ¿pero estas escaleras no acaban nunca? Por fin Paco ve algo a manera de hormiguero, oscuro y confuso. «Por aquí.» Enrique le empuja. «¿Por aquí?», dice en voz alta. Un murmullo indignado ahoga su pregunta. «¡Chss, chss!» Paco, que va viendo un poco mejor, quiere buscar su sitio; pero la indignación de los filómanos continúa; Alvarez se sienta en la misma escalera, y Paco le imita.

Pues, señor, el acto va por sus principios, y los trompeteros atruenan el bosque, llamando, en vano, defensor para Elsa, la desventurada. Según es moda actual, está la sala casi a oscuras, y la escena resalta como si se pintase en un espejo; Paco no cuida mucho de la escena; aquellos descorteses siseos que acogieron su entrada, le molestan; no

está en su sitio; todos le miran; su amigo le tiene moralmente abandonado; pues, apenas sentado, por dársela de inteligente, alarga el pescuezo y clava los ojos en el escenario, como si quisiera sorberse la música, y de vez en cuando voltea los ojos, y arruga la frente, y contrae los labios, mostrando su fruición y arrobamiento. A Paco aquellos gestos le cargan, y hasta le entran deseos de tirar al amigo gradería abajo.

Delante, a la derecha, hay un caballero de extraña catadura; es tan alto, aun sentado, que asusta pensar en que pueda ponerse de pie; y tanto como alto, flaco y lacio; tiene, mirado por detrás, una de esas cabezas que dan pena: larga y estrecha a modo de pepino, cubierta de cabellos deslucidos y melancólicos, que ni son negros, ni son blancos, ni se quedan en grises, que bajan, bajan, siempre tristes y siempre deslustrados, y que van a perderse cuello adentro. Paco mira el tal cuello, que es, como el pelo, ni blanco ni gris, y el nacimiento de la americana que tira a verde, y no ve más; pero aquello poco que ve le da tanta tristeza como un ciento de lástimas. Más abajo hay dos niñas de entre quince y veinte, que deben ser alumnas del Conservatorio, a juzgar por el enyesado de los rostros y el enmarañamiento de las cabelleras,

tostadas a pura tenacilla. Junto a las niñas, un caballero gordo que se revuelve airado a la menor sospecha de ruido, y al otro lado de la escalera una pareja enamorada, que, por lo visto, gusta en la música de Wagner, filtro parecido al que gustaran Paolo y la inmortal Francesca en el libro que fué su Galeoto.

Después, arriba, abajo, a derecha y a izquierda una masa que se rebulle, perpetuamente inquieta como las aguas, y que huele mal.

Durante todo el primer acto nuestro amigo no logra fijar la atención; ocurre que la música misma le distrae de la música; y luego experimenta una sensación, no por extraña, menos frecuente: como subió corriendo la escalera, le parece, ahora que está sentado, que tiene prisa, que perdura el correr, y que todo corre y se apresura en derredor suyo; está esperando de un momento a otro el punto de llegada, el instante de reposo, y, esperándole, baja el telón.

Con lo cual se ilumina bruscamente la sala, y se suscita un rumor de conversaciones, que hace pensar, por lo unánime y por lo instantáneo, que todas aquellas gentes se han pasado el acto esperando que acabe, únicamente preocupadas en preparar la palabra primera que han de decir, y que

pronuncian todos a la vez para no perder tiempo. También, como animados por la oculta virtud de un conjuro, todos los espectadores del paraíso se ponen en pie. Paco, que se descuida, queda como enterrado en aquella masa de carne y paño, y, por instinto de conservación, se levanta. El hervor de charloteo que sube de la sala le atrae, y, bajando rápidamente, se inclina sobre la barandilla.

De lo que vió y oyó, poco diremos; ello debió ser cosa de gusto, puesto que todo el entreacto se emplea en mirar y remirar, sin que sean parte a distraerle de su contemplación los ruegos de Álvarez, que le invita a salir a los pasillos para *echar un cigarro*, y que, al cabo, decide marcharse solo.

Embóbase el buen Paco Trelles mirando los palcos, que parecen altares, y las mujeres, que se le antojan diosas, y el derroche de gasas, y pedrería, y flores, y el no menor de aquello que alguien llamara gloria de la carne. De aquel triunfo de luces y colores va subiendo un murmullo como de enjambre, murmullo que va y viene, que va creciendo y se aplaca de pronto, y vuelve a crecer y se vuelve a aplacar, como pasar de aguas o sonar de ramajes y de vientos. Paco se acuerda de los álamos que están junto al río, y hasta cree sentir,

oreándole el rostro, algo a modo de brisa, que huele a hierba recién cortada.

El acto segundo va a empezar; suenan timbres y palmadas: la gente ocupa sus asientos. Álvarez retorna, y él y Paco se instalan: están precisamente detrás de las dos niñas empolvadas.

Pasa un chiquillo vendiendo el libreto. Paco le compra; pero inmediatamente le esconde en el bolsillo, tocado de cierto rubor. Eso de no entender la ópera... Pero a poco ve que el caballero gordo de las protestas le está leyendo. Vuelve a sacarle entonces, y se entera del *argumento,* que le parece bien.

Se alza el telón. En la noche, negra como sus almas, Oltruda y Telramondo paladean las amarguras del vencimiento, y meditan venganzas. Más tarde, desde el balcón romántico, Elsa dice a la luna sus amores. Luego, como flor que se abre, surge el amanecer, y una fiesta de bodas despliega en la mañana su pompa blanca y oro. La música comenta la dulce historia con sobriedad amorosa de madre que va dictando una lección: gime con los que sufren, y soberanamente triunfa en el gozo de la mañana; y de tal modo se enlazan en la misma belleza fábula y armonía, que no hay quien sepa si oye la música o escucha la historia.

Por eso, cuando, finado el acto, Enrique le pregunta, adelantando la admiración: «¿Buena música, eh?», Paco casi se asombra. ¡Música! ¿Ha estado oyendo música? El juraría que únicamente ha visto la noche, y, después de la noche, la luna, y, luego de la luna, el amanecer, y, entre la noche y la luna y el alba, el dolor y el amor; de la música aquella que le dicen, no sabe nada.

Y así como lo siente, lo dice. Apenas se ha enterado de la música, y el amigo, incapaz de comprender cómo ha sido aquel no enterarse, triunfo soberano del arte sobre un alma sencilla, le contempla despreciativamente, juzgándole en cuestiones de esta laya *incapaz de sacramentos*, y se pavonea para decir:

— Es natural: esta música seria necesita costumbre para entenderse, y, aun así, hay filigranas que pasan *desapercibidas*. Este Wagner, chico, es colosal; a mí me entusiasma, pero comprendo que aburre un poco a los principios.

Paco intenta explicar que no se ha aburrido ni mucho ni poco; pero Enrique no le deja hablar: se ha embarcado en un tema propicio, y navega por mares de elocuencia. ¡Y que sabe poquito en achaques de música! En los programas de los conciertos ha aprendido *la mar*, y suelta lo aprendi-

do, no tal y como lo aprendiera, sino corregido y aumentado. ¡Las cosas íntimas que sabe del maestro!

— Este *Lohengrin*, este *Lohengrin*, es lo mejor de Wagner.

El caballero de la cabeza melancólica interviene; habla con voz tan hueca, que parece salir de un sepulcro.

— Perdone usted, caballero. ¿Decía usted que *Lohengrin*?...

— Sí, *Lohengrin*.

— Pero usted no puede ignorar que precisamente *Lohengrin* es una de las primeras óperas de Wagner, la más adaptada a los viejos moldes, la más influída por la manera italiana, y que el maestro mismo renegó de ella.

— ¡Qué había de renegar!

— Pues, sí, señor, renegó, y tres más nueve. *Lohengrin* es una transición, una componenda: el verdadero espíritu, el canon wagneriano está en la overtura de *Tannhaüser;* esa, esa es música seria, y lo demás son cuentos.

Paco encuentra la discusión impertinente. ¿Qué es aquello de cánones y reglas y componendas y transiciones? ¿Les gusta o no les gusta? Pues si les gusta, y tal parece por lo que alargan los pescue-

zos y enarcan las cejas, las discusiones están de más. ¿Que el señor Wagner quiso decir esto o lo otro? ¿Que es lo que ustedes oyen que dice, A? Pues A quiso decir, no lo duden ustedes; para el caso, puesto que ustedes lo oyen, lo mismo, lo mismito que si lo hubiera dicho.

¡Válgame Wagner, y qué indignación se apoderó de los disputantes oyendo estas razones del provinciano!... ¿De modo que usted cree que la música puede gozarse así, sin más ni más, como quien se come una chuleta?

—Mala comparación me parece esa de la chuleta y la música; pero algo así, y vayan más ejemplos. A usted le gusta, pongo por caso, un día de sol; anda usted por la calle y va gozando el calorcito, y la claridad, y lo bien que parecen cosas y personas vistas así a la luz; y pregunto yo: ¿necesita usted para gozarlo andar averiguando qué quieren decir los rayos del Sol? Sobre que es muy posible que ellos no quieran decir nada y que alumbren sólo por alumbrar.

—¡Anda con Dios—interrumpió Alvarez muy picado—, y qué metafísico se nos va volviendo el amigo Trelles! ¿Sabes que eso que has dicho no lo diría Salmerón?

—Lo cual no quita — dijo el de la cabeza me-

lancólica—para que sea un disparate. La suprema esencia del goce, sobre todo en cuestiones de música, está en el comprender; de otra manera, el goce sería una voluptuosidad, pero no una ciencia, y correríamos el riesgo de dejarnos seducir por cualquier polka de organillo.

—Y haríamos muy bien, si la polka era alegre y nos gustaba.

—Pero, ¿usted cree que la música se hace para que a uno le guste?—arguye el melancólico, echando chispas.

El argumento es contundente. Paco se calla y piensa que, si algún día llega a saber de música tanto y tan bien como aquel hombre, no volverá a entrar en un teatro, porque para amargar la vida bastan y sobran, digo yo, la Metafísica, la Historia crítica de España y la Literatura. Ahora comprende por qué aquel buen señor tiene el pelo tan lacio y el cuello tan gris, y la mirada de carnero a medio degollar.

Empieza el tercer acto; su encanto emocional, contenido por la serenidad principesca de la música, produce en Paco sensaciones raras. Algo como cosquilleo voluptuoso, templado, apenas nace, por las frescuras de un rocío espiritual; él no se da cuenta de lo que le pasa, pero piensa

que aquello que mira y escucha, es algo así como los ojos verdes de Ana María. Si Paco hubiera nacido poeta, hubiera hecho sus versos con imágenes por ideas.

La muerte del traidor le sacude y le excita. Aquel silencio, acierto incomparable con que el poeta músico, como que se descubre y arrodilla ante la majestad del morir, le conmueve como una lamentación; todas las amarguras de su vida en Madrid, se le vienen al pensamiento, y olvidando el poema y sus penas fingidas, llora por dentro los propios sinsabores.

—Mira tus amigas — le dice Alvarez al caer el telón—en aquel palco de la derecha; ¿por qué no bajas a saludarlas?

¿Por qué? No sabe; en un palco está el novio de Ana María y otros dos caballeros; él ha venido de trapillo; nada, que no quiere bajar. Y sale al corredor para no verlas y ahorrarse tentaciones. Allí encuentra a un amigote de la Universidad, César Martín, el hombre más feliz que hay bajo la capa del cielo: es rubio, con cara de niña y siempre está contento: confiesa que no tiene una peseta, pero va a todas partes y, aunque en ninguna paga, cae bien en todas. «Al Real—explica—vengo todas las noches. Soy de la *claque*.» Las histo-

rias de César divierten a Paco: las sabe y las inventa de todos colores; sea como quiera, hacen reír; relata enredos de entre bastidores y dice lo que bebe el tenor y quién viste a la tiple, y mezcla en el relato nombres de duques y marqueses; luego, por asociación lógica de ideas, habla de las duquesas y marquesas, y aquí sí que el cuento se hace sabroso. Paco se ríe como un bendito y, riendo, llega al final del entreacto.

Acontece que hasta el fin de la ópera está distraído y aun deseando que se acabe; no le es posible *entrar* en el acto; y esto le causa mal humor y le hace renegar del amigote, que con que sus tonterías le ha puesto la cabeza a pájaros. Quiere fijarse; ¿no es aquel bosque cosa bonita? Sí que lo es; tanto, que el pensamiento parece como que se espacia en sus arboledas vetustas y en las aguas dormidas de aquel río del fondo; de tal modo se espacia, que se pierde de vista, y cuando Paco vuelve a hallarle, está muy ocupado en recordar la intringuilla sabrosa de la señora tal con el cómico cual; y entretanto se han perdido las lágrimas de Elsa y el cuento de cuentos de Lohengrin, y llega el cisne, y surge el niño, y baja la paloma, y se muere la dama. «¿Habráse visto diablura semejante? Pues digo que la tal señora debía de ser fresca

y el cómico buen pájaro.» Y bajan el telón. Paco se malhumora positivamente; quisiera que el acto volviese a empezar, y no se mueve del asiento. Alvarez le sacude.

—Anda, hombre, que hay que ver la salida. Vamos, que estabas echando un sueñecito.

Paco protesta; el hombre lacio le mira desdeñosamente y se marcha sin saludar; el caballero gordo se va resoplando; las niñas empolvadas ya han desaparecido. Baja la luz.

Paco y Enrique echan a andar; en el pasillo se les agrega César.

Es curiosa la salida de un teatro: por las escaleras, que siempre están sucias, bajan las gentes de los últimos pisos, todas con premura, todas con gesto de mal humor; los hombres, inevitablemente, encienden el cigarro y llenan el ambiente de humo; las mujeres van lacias, despeinadas, con el rostro marchito y los ojos cargados de sueño, arrebujadas en toquillas y velos. Las gentes de las plateas salen con calma, como que están acostumbradas a trasnochar y cuentan con el sueño mañanero para curar la trasnochada; las damas arreglan disimuladamente, al pasar junto a los espejos, tal cual perfil de rizo o de penacho para arrostrar la prueba del *foyer*.

Al *foyer* se va Paco, llevado por sus amigotes, y creo yo que piensa en un cuento de hadas de esos que saben los niños ricos, porque a los niños pobres la vida les enseña cuentos de brujas, y vive un instante su sueño de grandezas entre aquellas mujeres que sonríen y aquellos hombres que parecen amarlas y sonríen también.

Una por una van desfilando, y Paco despierta de su sueño, y como está en la calle y ve pasar los coches donde van ellos y ellas, y ninguna le mira, y rodando se alejan y se pierden, el despertar es triste, y piensa él que la vida no es mucho más alegre.

Aunque ha dejado de llover, el aire está húmedo; entre las nubes color de plomo quiere asomar la luna prisionera.

Andando, los tres amigos llegan a la Puerta del Sol y entran «a tomar algo», ya que «La Mallorquina» tiende sobre las losas el invitatorio de una banda de luz. César es quien propone el refrigerio y Paco le paga. Enrique ni paga ni propone: piensa, sin duda, que harto hace con comer.

El saloncito está completamente lleno: caballeros correctos y mujeres bonitas; a Paco, por lo menos, se lo parecen; esta noche se lo parecen todas.

—Estás—diagnostica César—en plena calentura admirativa. Y ya se sabe que, para la tal fiebre, no hay más que una quinina.

—¡Quita allá!—dice Alvarez—; proponerle a Paco semejantes cosas... Has de saber que aquí, el amigo, no siendo una princesa...

—No seas cursi; conozco yo a una Hortensia, que apuesto cualquier cosa a que le gusta. Y sobre todo, por probar...

Paco, asiente: el calorcillo del cognac le ha entrado en reacción *por dentro*. No tiene gana de volver a casa; el rosa-té de los descotes que en el *foyer* ha visto de cerca, le tiene un poco desequilibrado; en aquella mesita del rincón hay dos niñas morenas que toman chocolate con la gracia del mundo. Se pone de pie.

—Vamos allá.

César y Enrique, aplauden. Luego, en la Puerta del Sol, suena el cascabelear de sus risas.

XII

La calle está obscura como boca de lobo; sin embargo, antes de entrar, Paco mira a derecha e izquierda, como temiendo que alguien le vea. El portal es más obscuro que la calle, y la escalera más que la calle y el portal.

La salita es pequeña. Tiene estera de pita con fondo rojo y dibujos blancos, sofá, dos butacas y hasta seis sillas forradas de yute con pretensiones de tapicería; del mismo yute, con pretensión análoga, son las cortinas sujetas por alzapaños de cordones y borlas pelonas; cubren los vidrios del balcón visillos rojos con dragones pajizos; delante del sofá, sobre una alfombrita, un velador de madera negra con piedra de mármol, sostenido en tres patas que fingen ser tres garras de león; entre cada dos patas hay una concha de caracol marino y sobre el mármol una cigarrrera vacía, de esas que dan vueltas y tienen música. En la pared, so-

bre el sofá, cuelga un espejo con moldura negra, y a los dos lados del espejo hay cuernecitos de papel de seda rosa y azul, llenos de flores amarillas; en la pared frontera dos oleografías encuadradas en molduras baratas; representan dos chulas, una morena y otra rubia, vestidas una de negro y otra de azul; la de azul sorbe una caña de manzanilla; la de negro se apoya en una cuba, y medita. La cortina del fondo está corrida misericordiosamente.

Ocupa el sofá una mujer de aspecto venerable; va vestida de obscuro y lleva el pelo gris peinado con recogimiento; campa, prendido al cuello de su chaqueta, un medallón inmenso con retrato, y cáele pecho abajo, en cascada, una cadena negra, de aquellas que usaron las señoras de la alta burguesía a mediados de siglo.

Paco, César y Enrique, sentados también, uno en el sofá y dos en las butacas, departen con la dicha señora, que les mira y remira, ligeramente inquieta.

—Esta noche—habla seria y pausadamente, sonriente, pero majestuosa, cual si dilucidase un negocio de Estado—, esta noche no tengo más que dos niñas.

—No importa—dice Alvarez—: sólo venimos a pasar el rato y somos gentes de formalidad.

La señora sonríe maternalmente, y se levanta.

—Que traigan—dice César—dos botellas de N. P. U. y un plato de aceitunas aliñadas.

Paco recuerda que en sus correrías de León siempre había botellas de N. P. U. y aceitunas. Creía él que en Madrid el tenteempié sería algo más fino. Por lo visto hay poca diferencia en estas cosas entre la Corte y las provincias.

Sale la vieja; los tres muchachos solos no saben qué decirse. César rompe el silencio con una frase tonta que quiere ser un chiste.

—¡Caramba, y qué duro está este sofá!

Los otros dos se ríen.

Entra una muchachita que es morena, teñida de rubio; viene enyesada como un payaso y trae las cejas pintadas de negro; una bata de satén azul, con puntillas muy tiesas, color de azufre, la viste bien o mal.

—¡Viva lo bueno!—grita César.

—Gracias, mi alma—dice la muchachita, y viene a sentarse junto al velador, apoyando los codos en la mesa de mármol, y desde allí mira con descaro y se deja mirar.

Cáele la luz de lleno sobre el rostro, que azulea; cruza las manos bajo la barba, y, alzando la cabeza, mira al techo.

—Pocas palabras gastas, prenda — le dice Alvarez.

—Así soy yo—contesta ella sin mirarle —: pocas palabras y muchas obras.

—¿Buenas o malas?

—Eso, según y conforme.

—Conforme y con quién, querrás decir.

—Puede; pero me da el corazón que contigo no iban a pasar de regulares.

César se ríe y Enrique se ríe. A Paco no le hace gracia la mujer aquella; parécele sucia y hasta mal encarada; habla como por máquina, y, además, no le mira.

Pasados diez minutos de charla necia, en que él no toma parte, viene otra mujer; ésta es morena y alta; peina, a modo de casco, negros cabellos de rara hermosura, pero tiene el rostro marchito y los movimientos inarmónicos; su voz es bronca y se quiebra en modulaciones extrañas; más que de mujer, parece voz de chiquillo golfo.

Tampoco a nuestro amigo le gusta; pero el astur se entusiasma de veras. ¡Vaya una mujer! Aquello de la voz le vuelve loco. Y empieza un tiroteo de bestialidades, que quieren ser galanterías.

«Pues, señor, piensa Paco, me voy a divertir.»

A poco de venir la morena se escabulle la rubia; luego vuelve, y traen las botellas y las aceitunas, y sigue el desbarrar de unos y otros, y hasta se mueve su poquito de zambra. Las infelices juegan a ser mujeres como las demás, y fingen lides de galantería, y asaltos, y defensas, y retiradas; pero, de vez en cuando, se desaniman, y un gesto de cansancio les contrae el rostro: son como soldados que luchasen sabiendo que la plaza está vendida al enemigo. A Paco, el vinillo le ha puesto un poco sentimental, y le da por tenerles mucha lástima.

Óyense en el pasillo desconsoladísimos sollozos. La zambra se suspende, y como el llanto sigue, salen las dos mujeres a averiguar qué pasa. A poco vuelven, trayendo consigo a la que lloraba, que es una rubita fina y menuda, vestida de negro y tocada pudorosamente con un manto. Aunque ya no solloza, trae la cara muy triste, y le caen, rostro abajo, dos lagrimones como de niño.

Los hombres la acogen con algazara; los ojos de ella, que son azules y son ingenuos, se clavan en el rostro de Paco, cual si pidiesen misericordia.

— Ven aquí, criatura; ¿qué te ocurre?

Y entonces, ella, volviendo a sollozar, cuenta su desdicha. Estaba en la calle, y los guardias, por

sacarla dinero, la han llevado al Gobierno civil. Es de ver la amargura con que repite: «¡Al Gobierno civil!» Ella, que nunca sale sola; ella, que con nadie se mete. Y vuelta a llorar y a lamentarse; la cuitada siente aquella desdicha como otra sentiría su deshonra. «Yo, que nunca voy sola por la calle...» Al fin se encalma, se despoja del manto y consiente en tomar una copita. Llégase al fin de las botellas; cuando están vacías, César, como al descuido, apaga la luz; gritan las mujeres y corren por el cuarto; ellos las persiguen. Paco, a tientas, busca el interruptor. Cuando la luz vuelve, ellos y ellas han desaparecido; sólo en un rincón, acurrucada, con cara de miedo, está la rubia. Paco la mira; es bonita y simpática; pegada a la pared vase deslizando hacia la puerta.

— Quédate, muchacha.

Ella, dócilmente, se sienta a su lado.

— ¿Cómo te llamas?

— María Eugenia. ¿Y tú?

— Me llamo Paco.

Los dos callan y se miran. Ella baja los ojos, y él la coge la mano. Ella le mira de soslayo, sin alzar la cabeza; respira apresuradamente, como si aun le durase el sobresalto.

— ¿Tienes miedo, chiquilla?

— De ti, no. — Y, levantando el rostro, sonríe.

— Mira, más vale que salgas a ver dónde están esos.

Pasado un instante, María Eugenia vuelve, diciendo:

— Los otros se han marchado... sin pagar...

— Sin pagar. Es decir, que...

— Es decir, que tendrás que pagarlo tú. ¿No tienes dinero?

— Sí; no es eso.

— Entonces estás triste.

— Tampoco.

Ella, como que le adivina los pensamientos:

— Qué *golfos* son los hombres, ¿verdad, tú?

— Verdad será — dice Paco, riéndose.

— Y mira — sigue ella —, puede que tú lo seas tanto como los otros; más si a mano viene; pero no sé por qué me gusta estar contigo.

— ¿Sí? Pues acércate; vamos a ver: ¿cuántos años tienes?

— ¿Qué te parece a ti: muchos o pocos? A ver si aciertas.

— Diez y siete.

Ella se echa a reír.

— Más vale así. — Luego se pone seria. — No hijito, no: tengo ya veintiuno; pero ya ves, creo

que toda la vida voy a parecer niña de teta. Como me quedé pequeñita...

— Y dime: ¿por qué llorabas tanto cuando entraste?

— ¿Por qué? Te parece que es poco...; llevarme al Gobierno...

— No te cogerá de susto.

— Sí, hijo, sí; que yo soy una persona decente y no me meto con nadie; ya ves, es que esos tíos son unos sinvergüenzas, y la toman con una porque saben que una no tiene costumbre de esas cosas.

Paco, se ríe. Ella, de nuevo se acongoja.

— ¿Vas a empezar otra vez? Entonces ya te estás marchando.

— No empiezo; pero no te rías de mí; me da tristeza que te rías.

— Bueno, mujer; ya estoy serio.

— Serio, tampoco. ¿Tú a qué has venido aquí; a divertirte, no?

— Sí; pero...

— Pero ¿qué?

— Ya lo ves; que no se divierte uno siempre que piensa divertirse. Pero no te apures; aunque no me divierta, me pasa lo que a ti: me gusta estar contigo; no te vayas.

—Si no me voy; es que cierro la puerta. Así hablaremos más a gusto. Como marido y mujer.

Y se ríe como una loca.

—Justo, como marido y mujer—asiente Paco—. Pero te advierto que no tengo ganas de bromas; estoy..., no sé lo que me pasa.

—Mira, me alegro, porque yo también..., ¡chico, lo que es algunos días!...

—Tampoco te diviertes, ¿eh?

—¡Divertirme! Si esta vida... Algunas veces, no te digo, con uno como tú...; pero hay cada punto... Cuando a una la llaman, se echa a temblar, y eso que yo no tengo mala suerte, y como no salgo a la calle... Mira, a esa que estaba con vosotros...

—¿La rubia?

—No, la otra; bueno, pues a esa y a otras dos se las llevaron unos marqueses a una novillada y les soltaron un becerro. Esa a poco se muere del susto y de los golpes; ¡si te digo que pasa cada cosa! Y luego dicen que una es una perdida, y se figuran que lo es por su gusto, y se ríen de una, que al fin y al cabo tiene sus penas como todo el mundo.

—¿También tú tienes penas?

—No que no.

— Anda, cuéntamelas.

— No quiero.

— ¿Por qué?

— Porque cuando una dice lo que le pasa, los hombres se ríen. «Ya, la historia de todas», dicen. La historia de todas... ¡Si supieras la rabia que me da oírselo decir! Claro que la de todas. ¡Como si en el mundo hubiera muchas historias distintas! Que una ha tenido hambre y que los demás han tenido poca vergüenza. Esa es la historia, la mía y la de las demás; ya ves tú si da ganas de reírse. Te digo que si una lo pensara muchas veces...; gracias a que lo piensa así de Pascuas a Ramos; qué sé yo, cuando viene uno como tú, que tiene cara de persona decente.

— Gracias, mujer.

— Es la pura verdad. ¿A qué iba yo a decirte una cosa por otra? — Paco, sonríe. — Claro, tú pensarás: para lo que uno viene aquí..., a ellas qué les importa que sea uno decente o no lo sea. Pues, hijo, tú no sabes lo que se agradece así de vez en cuando. Parece que hasta una se vuelve más persona de pronto.

— ¿A ti te gustaría ser..., vamos, ser más persona, como tú dices?

— Chico, ya no lo sé, qué quieres que te diga.

Sobre que, aunque lo fuese, ¿quién se lo iba a creer? Lo que sí te digo es que no sé cómo hay mujeres ricas que se pierden por darle gusto a un hombre.

— También hay hombres que se pierden por una mujer.

— ¡Mira tú que perderse un hombre por una mujer! Tienes tú gracia. Lo que es que cuando están perdidos, porque a ellos les ha dado la santísima gana, se agarran a una infeliz para tener a quien echarle la culpa. Porque esa es otra gracia que tienen los amigos. ¿Has visto tú algún ciego sin perro? Pues lo mismito; en cuanto un hombre está hecho una calamidad, mujer que lo aguante; no tiene vuelta de hoja. Y como nunca falta un roto para un descosido...; mejor dicho, como siempre encuentra una desdichada que tenga más miseria que él...

María Eugenia habla lentamente, casi mordiendo las palabras con el furor de sus rencores; está muy pálida, y los ojos azules se le ensombrecen y abrillantan; parpadea muy de prisa para no dejar caer las lágrimas, y aquellas que no vierte le enronquecen la voz. Sus manos, que son blancas y redondas, traen contienda furiosa, una contra la falda, otra contra los flecos del sofá. Paco la mira

y calla; ella calla también, y quedan frente a frente y en silencio, escudriñándose con triste simpatía. De pronto ella se echa de bruces sobre el respaldo del sofá, y llora callandito.

— Vamos, mujer — empieza él con voz no muy segura —, no llores más, no te atormentes. ¡Cosas de la vida! Ya ves, todos tenemos lo nuestro... y se pasa; pues ya lo creo que se pasa. Anda, levanta esa cabeza, mírame, no llores más, te digo. — Ella levanta la cabeza; pero sigue llorando. Paco se pone serio.— Mira que me marcho.

— No, no. Chico, perdona; tú tienes la culpa por hacerme caso. Con los otros no lloro nunca; ya ves tú lo que son las cosas. Oye, ¿te has enfadado?

— No.

— Entonces, ¿qué te ocurre?

— Nada.

— Ni que una fuera tonta. ¿En qué estás pensando ahora mismo?

— Son cosas mías.

— ¿Que no me puedes contar a mí?

— Como poder...

— Pues cuéntamelas, anda; ya ves, yo soy así; pero puede que te entienda mejor que otras, y hasta que te tenga más lástima, si a mano viene.

— ¡Lástima!

— O lo que sea.

— ¿De modo que tú crees que estoy triste?

— Lo que es muy alegre no lo pareces. Ven aquí; ahora soy yo la preguntona.

Paco cede a la blanda presión de la muchacha, y se dispone a confesarse. Así como así es lo que estaba necesitando: alguien que le quiera escuchar y que le sepa compadecer.

María Eugenia le coge una mano y la coloca sobre sus rodillas, meciéndola y acariciándola como si estuviera durmiendo a un niño. Y tal es el encanto de una compasión de mujer, que Paco, sólo con saber que va a encontrarla, sonríe y se alegra.

— Vamos a ver — le dice ella —: ¿qué mal te han hecho?

— Nada.

— ¿A quién quieres tú?

— A ti.

— No, de formalidad: ¿a quién quieres?

Paco piensa un instante.

— Pues mira..., de formalidad..., creo que a nadie.

— ¿No tienes novia?

¡Pobre Elena Quirós! Paco, súbitamente enternecido, responde:

— Sí que la tengo.

— ¿Y te quiere?

— Sí que me quiere.

— ¡Cómo lo dices! Bien seguro estás. Y luego hablan; tontas de remate somos las mujeres. Mira que tener novia, que será ochenta veces mejor que tú... y que yo, y venirte aquí a pasar las penas...

— Es que mi novia no está en Madrid.

— ¿Tú no eres de Madrid?

— Soy de León.

— Yo soy de Astorga; mira, casi paisanos. ¿Y hace mucho tiempo que estás aquí?

— Hace dos meses.

— Yo llevo ya seis años; quince tenía cuando me trajeron.

— ¿Y no te gustaría volver?

— ¡Qué sé yo! Allí estará mi madre. ¿Tú tienes madre?

— No.

— Yo, sí; más me valdría no tenerla. Esa es otra historia, la más negra de todas... Si tú supieras cómo he venido yo a Madrid...

Así la charla se prolonga. Los dragones dorados se retuercen sobre el fondo sangriento de los visillos. «¿Cómo se entiende y cuándo se vió cosa semejante? Aquel hombre y aquella mujer están

chiflados, completamente chiflados. Mire usted que la hora, y el sitio, y la ocasión, son propicios a confidencias sentimentales. Y, por lo visto, están tomando en serio su papel de personas decentes. ¿Se puede esto sufrir, señora chula del vestido azul?»

La chula del vestido azul asiente. «Si les digo a ustedes, señores dragones, que la juventud se está volviendo tonta de remate. Ni una cañita de manzanilla se les ocurre tomar a los desdichados. Ella le dice sus desventuras, y él se las compadece y se está quieto. ¡Cómo degenera la galantería!»

«Escuche usted, escuche, que ahora llega lo mejor de la historia; pues no va él y le dice... si es cosa de morirse por no oírlo... Mire, mire, amiguita, la del vestido negro.»

La chula del vestido negro mira y calla. Está meditabunda como siempre, y parece decir con el desdén altivo de su silencio: «¿Ustedes qué saben de estas cosas? Déjenme a mí, que sé lo que es vivir y entiendo de melancolías.»

XIII

— No se enfade usted, mi señora doña Cecilia; una noche es una noche.

— Y esta noche es Nochebuena.

«Esta noche es Nochebuena,
y mañana Navidad...»

chillan en coro los huéspedes y las niñas. La patrona se tapa los oídos, y echa a correr a la cocina.

En la cocina triunfa Gutiérrez: como que es una especialidad para la sopa de almendras, y está junto al fogón, envuelto de cintura abajo en un mandil a listas azules y blancas, moviendo la perola para que no se pegue.

— ¿Sale, Carlitos, sale?

— Como las mismas rosas.

— ¡Ay, hijo mío, qué jaleo se traen esos condenados! No sé ya dónde tengo la cabeza. Ese Juan Fernández es el mismo demonio; pero qué bue-

nas ocurrencias tiene: figúrate que se ha puesto la americana del revés, y que está tocando la pandereta con el rabo del plumero; si te digo que es cosa de morirse de risa.

Y, en efecto, si la buena mujer no se muere, le falta poco: de tal manera se le amorata el rostro con el reír, y tal danza frenética traen armada sus carnes, que suben y bajan a compás de la risa.

— Sí, es muy gracioso Juan Fernández — responde Carlitos.

— Pues no te digo nada del don Enrique; silba mismamente como una ocarina, y hace el gato y el perro que es lo que hay que oír. ¿No le has oído tú?

— Pues ya lo creo.

— Escucha: ahora está haciendo el canario; parece mentira que una sola persona pueda tener tantísima habilidad.

— Eso es lo que yo digo: unos tanto, y otros tan poco.

— ¿Verdad que sí? Ya ves tú el don Paco: él formalidad tiene, y de la paga no hay nada que decir; pero, hijo, ¡qué soso es y qué desaborío!

— Creí yo que esta noche estaba más animadito.

— ¡Quiá, hijo! A lo primero sí que se puso a

tocar el almirez, y cantó cuatro coplas que daban ganas de llorar, y hasta le llamó a Mariquita dos veces de tú, cosa que no había sucedido nunca. Retira esa cazuela, que se nos va a pegar el besugo. Pero luego se ha sentado en un rincón, y allí está mirando cómo los demás se divierten, sin decir esta boca es mía. ¿Estará enamorado?

— Vaya usted a saber.

— Oye, tú, y a propósito de amores: ¿qué me dices de la Aurorita?

Gutiérrez da un respingo, y se queda más blanco que la sopa de almendras.

— ¿De Aurorita?

— Sí, hombre, sí. ¿Tú no has notado nada? Yo creo que le gusta a don Enrique.

Gutiérrez respira.

— Pues... no tendría nada de particular.

— ¿Verdad que sí? Es lo que yo digo: la chica es guapa, ni que decir tiene: no digo yo que tenga el... vamos... de la otra, porque la Mariquita es una pimienta; pero se la puede mirar, ¿no te parece?

— Y tanto; sí, señora.

— Pues digo yo: el don Enrique tampoco es mala proporción...; paga bien..., es decir, este mes pagó por él don Paco; pero, en fin, eso es lo de

menos: el caso es que es hombre de carrera, y tiene porvenir. ¿Qué dices tú?

— Eso... que se casen.

— ¡Ave María, y que no vas tú poco de prisa! No digo yo que pasando el tiempo...

— Justo; pasando el tiempo.

— ¡Hijo! Pareces un reloj de repetición. Mira a ver si se pega esa lombarda. Lo que yo quisiera saber es si a ella le gusta. ¿Tú lo sabes?

— ¿Yo?

— Hombre, podías haberlo conocido. Ella, paliducha y ojerosa sí que está, y a lo mejor da unos suspiros que la dejan seca.

— ¿Y no le ha preguntado usted?

— Me haces tú gracia..., ¿que si la he preguntado? Pues no la tengo de preguntar. Pero ya sabes lo que son las muchachas: que sí, que no, que si me pasa, que si no me pasa; en fin, hijo, que me quedé en ayunas.

— Puede ser que le guste Juan Fernández.

— Ni pintado.

— O el huésped ese del pasillo.

— ¡Quita, hombre; qué le ha de gustar ese, si es un pelagatos! Ni capa tiene con el frío que hace.

Gutiérrez suspira.

— Esa no es razón.

— Verdad: estas chicas no saben lo que les conviene. Mira tú la otra, emperrada en que no ha de hacer caso al pobre don Marcelo, que se muere por ella: ya ves tú, tan buena proporción; un señor tan formal, con el empleo tan bueno, y la hucha que tiene, y deseandito casarse. El día de mañana se queda viuda, ¡y tan ricamente! Pues erre que no, y que no. Si te digo...

— Ea, ya está la sopa.

— Todo sea por Dios.

La patrona se levanta a duras penas del banco en que cayó fulminada por su ataque de risa, y se acerca al fogón.

— ¡Ay, hijo mío, qué mano tienes para estas cosas! Anda, di a Mariquita que ya pueden poner la mesa. Espera: ¿se pelaron las granadas? Anda, hijo, anda. Oye, a ver si le hablas a la Aurorita, y te enteras de eso.

Gutiérrez sale al comedor; viéndole enfundado en su mandil, los demás prorrumpen en aclamaciones frenéticas, y el huésped del pasillo le *echa* una copla.

La mesa se prepara en un momento: los huéspedes ayudan a las niñas; hoy, por extraordinario, se oculta el hule geográfico bajo las nitideces de un mantel, y hay dos vasos para cada cubierto.

Gutiérrez entra de nuevo en la cocina, y reaparece trayendo en alto la sopera.

— ¡Viva Gutiérrez!

— ¡Viva!

— ¡Viva nuestra patrona!

— ¡Viva!

— ¿Dónde está la patrona?

— En la cocina, dándole al besugo la última mano.

Alvarez va a buscarla, y la trae del brazo; los demás corean la Marcha real, y hacen música dando con los cuchillos en los vasos.

— ¡Formalidad, formalidad! — grita doña Cecilia.

Al cabo, todos callan, y se sientan. Don Marcelo hace platos: sirve el primero a la patrona, con una sonrisa; el segundo a Mariquita, con un suspiro; el tercero a Aurora, que le recibe temblando de emoción, al pensar que la sopa está hecha por Carlitos.

Está a su lado, y le pisa amorosamente cada cinco minutos; pero él no se da por aludido, y la muchacha sufre.

La sopa, en verdad, es cosa rica, y todos comen, y todos callan; la voz de la patrona rompe el silencio.

— La verdad es que Carlitos se pinta solo para estas cosas.

— ¡La limonada! — dice Mariquita, que trae en vilo el rebosante jarro —. Y que ésta la he hecho yo con estas manecitas.

— ¡Que Dios bendiga! — grita don Marcelo.

— Vamos, Mariquita — dice Juan Fernández —, sírvale usted un vasito al viejo, que está muerto por esos pedazos.

— ¡Qué gracia tiene este Juan Fernández!

Mariquita llena los vasos, y, al llegar al de Trelles, antes de dársele, bebe un sorbo, y le dice:

— Vamos, hombre, beba usted lo que queda, a ver si se le alegra a usted el ánimo.

— Mire usted — dice el huésped del pasillo — que le va a descubrir los secretos.

— Y que puede que no le sepan mal — responde la niña.

Don Marcelo está verde; doña Cecilia le lanza una mirada compasiva, y proclama a guisa de consuelo:

— Esta noche es Nochebuena.

Entretanto, Aurorita dice a Gutiérrez:

— ¿En qué está usted pensando?

— En nada.

— En nada... ¿A que lo acierto yo? Está usted pensando en una mujer.

— Puede.

— Y morena.

— No, señora, que es rubia.

— ¿Rubia?

— ¡Y con ojos azules! Como usted mismamente.

La pobre muchacha se alboroza; aquello va teniendo sabor de galantería.

— ¿Como yo?

— Justamente; como que es usted misma.

— Se figurará usted que yo me lo voy a creer.

— Hará usted mal en no creerlo, puesto que yo lo digo.

— ¿Y puede saberse qué es lo que estaba usted pensando de mí?

— Si usted no se enfada...

— ¡Qué me voy a enfadar!

— ¿De veras?

— De veras.

— Pues ha de saber usted que le hemos descubierto el secreto.

— ¡El secreto!

— Ya sabemos que usted y don Enrique... vamos, que yo me entiendo, y ustedes, digo yo, que se entienden también.

Aurorita «se queda fría», y, mirando a Gutiérrez, le dice en un suspiro:

— ¡Parece mentira, Carlitos, que diga usted esas cosas; parece mentira!

Y Carlitos, en lo más hondo de la conciencia, siente algo así como remordimiento.

A Paco, entre Mariquita y la limonada, le van sacando de su letargo: los ojos le chispean, y se lanza a buscar los pies de la chiquilla debajo de la mesa; ella se ríe, y se deja encontrar.

— ¿Le gusta a usted el besugo, don Paco?

— Me gustan las muchachas bonitas.

— ¿Como yo?

— Casi, casi.

— Hombre, ya, para lo que falta, podría usted acabar de decidirse.

— Pues sin casi: me gusta usted esta noche porque es Nochebuena.

— ¡Miren qué gracioso! ¿Y otras noches no?

— Es que usted es mujer de día de fiesta.

— Pues mire usted, a mí hay hombres que ni en Jueves Santo me gustan.

— Como don Marcelo.

— Como usted.

— ¡Cabalito! Si yo le gusto a usted hasta en día de sábado y con telarañas.

— Vamos, que a usted la limonada se le ha subido a la cabeza.

— Señores — grita Alvarez —, propongo que emborrachemos a la patrona.

La proposición se acoge con bravos y palmadas: sólo don Marcelo protesta en contra.

— Creo que ciertas cosas no deben consentirse.

Pero doña Cecilia, benévolamente:

— Bromas de gente joven, don Marcelo. También nosotros en nuestros tiempos...

Lo de «nuestros tiempos» le sabe a don Marcelo a cuerno quemado. Si no fuera mirando que se trata de la madre de Mariquita... Es de advertir que así como la virtud de la limonada hace a Paco galante, a don Marcelo le torna belicoso: el buen hombre tiene gana de *armarla*.

— Doña Cecilia, este vasito.

— Doña Cecilia, que a mí no me desaira usted.

— Un bizcochito mojado en jerez.

El jerez es regalo de don Marcelo. La patrona tiene ya el rostro color de púrpura, y se ríe sin saber que se ríe.

— Cosas de chicos, cosas de chicos...

— Vamos que usted a los quince — dice Juan Fernández, que es el hombre de las osadías — no habrá usted tenido mal ver.

— A los quince y a los treinta, hijo mío; ¿pues qué te has figurado tú?

— Doña Cecilia — observa don Marcelo, alarmado por la súbita familiaridad de la patrona.

— ¿Quieres callarte, viejo chocho?

Don Marcelo se pone en pie.

— Yo me retiro; mi dignidad no me permite...

Hay una intervención general, y don Marcelo se queda.

— Pues sí, hijo mío — sigue la patrona —, Carlitos lo sabe: a los treinta conocí yo a un capitán de alabarderos...

— ¡Viva el ejército! — grita don Enrique.

— ... Un capitán de alabarderos, que me río yo de los... capitanes de alabarderos. ¿Te acuerdas, Mariquita? ¡Ja, ja!

Doña Cecilia se duerme a mitad de carcajada.

— ¡Baile, baile, baile! — vocifera Paco.

— ¡Música, música! — dice Mariquita.

Por suerte el estudiante del pasillo posee un aristón, que aunque deteriorado hace ruido de sobra para poder bailar.

Y bailan: Mariquita con Paco, Aurora con Enrique, Gutiérrez con el huésped del pasillo. Mariquita se ciñe que es un primor, y Paco se aprovecha de lo lindo. Juan Fernández toca el aristón y

don Marcelo la pandereta, mientras sigue con ojos celosos a la parejita aquella que le está dando la desazón.

A la segunda polka, Aurora baila con Juan Fernández; Enrique se apodera del aristón, y Gutiérrez sigue emparejado con el del pasillo. Mariquita y Paco bailan hasta sin música. La habanera la baila Aurora con Gutiérrez.

— ¿Sabe usted — dice ella — que estoy muy enfadada con usted?

— ¿Por qué, Aurorita?

— Por eso que me dijo usted antes; yo no quiero a ese hombre.

— Entonces, Aurorita — pregunta el infeliz, con una imprudencia que sólo el abuso de la limonada puede explicar —, entonces, ¿a quién quiere usted?

Ella suspira y no responde, y él, que se ha dado cuenta del peligro por un súbito resurgimiento del instinto de conservación, calla también y deja languidecer el diálogo.

Doña Cecilia despierta.

— ¡Las once y media!

— A esta hora — dice Paco — estarán en mi pueblo camino de la Misa del Gallo.

— ¿Quién dijo miedo?

— Vamos a la Misa del Gallo.

— En marcha para la Misa del Gallo.

Las niñas se encaperuzan en sus toquillas; los hombres requieren la capa. Doña Cecilia, con su mantón de ocho puntas, parece una fragata. Gutiérrez y el huésped del pasilllo se miran melancólicamente, vacilan un segundo; después, en un arranque de heroísmo, echan a andar a cuerpo.

— Pero — pregunta Paco ingenuamente—; ¿así salen ustedes a la calle?

— Yo nunca siento frío — dice Gutiérrez.

— Yo nunca llevo capa — dice el otro.

Y así se van.

Doña Cecilia se ha colgado al brazo de Gutiérrez.

— Ven acá, hijo; ¿averiguaste algo?

— Dice que no le quiere.

— ¡Ves tú qué chicas éstas!

Mariquita y Paco cuchichean.

— Véngase usted conmigo — le dice Aurora a don Marcelo —; juntaremos penas.

— ¿Qué penas tienes tú, chiquilla?

— Ahí verá usted.

Las calles tienen aspecto extraño. Pasan grupos de gentes, que parecen reuniones de brujas; de las tabernas, que aun están abiertas, salen

gritos y risas. Hay en los rincones y encrucijadas, sombras sospechosas. La sinfonía discordante de latas y tambores rasga el aire tranquilo y parece un insulto su gárrula desarmonía bajo el cielo de paz.

Hay una estrella refulgente como aquella que siguieron los reyes camino de Belén, y la Vía Láctea engalana la altura como estola bordada de diamantes.

Entretanto, un borracho cruza la calle y cae.

El cielo está de fiesta, se viste de gala porque ha nacido el Hijo de Dios; los hombres gritan y se emborrachan porque no saben de fiestas del cielo. Jesús ha nacido para los niños y para los poetas; los niños duermen y los poetas están soñando.

La iglesia refulge; el incienso sube del ara camino del cielo; las voces y las músicas hablan de ángeles y pastores que adoran al Niño.

A Aurora aquella música y aquel olor a incienso le dan muchas ganas de llorar.

— Vámonos — dice, y salen.

La noche se ha puesto muy fría, y hay que apresurarse para llegar a casa. Doña Cecilia, ya que el ardor del vino se ha disipado, da diente con diente. Gutiérrez y el huésped del pasillo,

para entrar en calor, emprenden carreras desaforadas.

Ya en casa hay otro poco de jaleo; pero pronto deciden irse a acostar, y van desfilando. Doña Cecilia inspecciona puertas y ventanas.

— ¿Has echado la barra, Carlitos?

Todo queda en silencio, y Gutiérrez suspira, solo, de pie en medio del comedor.

Es el caso que en el ropero ya no puede dormir, porque el catre era viejo y se ha roto la noche pasada: dormirá en el sofá; bien o mal, se acomoda; el caso es que hace frío; él recuerda que un su amigote, en situación análoga, se abrigaba con la maleta abierta; pero allí, aquella noche, ni maleta hay a mano. Si el tapete de la mesa no fuera de hule... Todo sea por Dios. Cualquiera duerme. Arriba, en las boardillas, aun hay quien toca la pandereta. ¡Mire usted que tocar la pandereta a las tres de la madrugada!

Se oye el roncar sonoro de don Marcelo. ¡Dichoso él! Luego el del pasillo rompe a soñar a voces. ¡Feliz quien sueña! Se abre una puerta.

— ¿Quién está ahí?

— ¡Chist! Calle usted: soy yo.

— ¿Usted, Aurora?

— Sí; ¿no tiene usted frío?

— Un poco; pero puede pasar.

— Aquí le traigo a usted un mantón y la capa de don Marcelo. Mañana, antes de que despierte, la cuelga usted en la percha.

Gutiérrez se conmueve.

— Es usted un ángel, Aurorita.

La pobre muchacha suspira; él a tientas le coge la mano.

— ¿Con qué le pagaré a usted todo lo que hace por mí?

Ella se sienta en el sofá. «Pues, señor, no hay remedio, piensa el cuitado: el caso es que la chica lo merece...»

— Aurora, ¿usted me quiere?

—¿Y usted a mí, Carlos?

Hay un abrazo silencioso. La niña apoya la cabeza en el hombro del galán y a poco suena un beso.

— ¿Dónde estás, niña? ¿Te has puesto mala?

La patrona aparece, palmatoria en mano.

La niña huye. Gutiérrez se arrebuja, haciéndose un ovillo, en el sofá. La patrona se aleja refunfuñando ¿Habrá visto algo? ¿No habrá visto nada? Gutiérrez no lo sabe; pero, en cuanto amanece, cuando aun todos en casa están dormidos, abre la

puerta muy despacio, baja las escaleras sin hacer ruido, y una vez en la calle echa a correr desaforadamente... y no vuelve.

Y este es el triste fin de esta historia de amores, que no logró pasar del primer capítulo.

XIV

Cuando, ya bien entrada la mañana, despertó Paco el día de Navidad; cuando, después de repetidas abluciones y cepilleos, abrió el balcón, cuyos vidrios estaban cubiertos por profusa y adamantina floración de escarcha, sintió cómo con las frescuras del aire serrano se le despejaba el entendimiento. Recordó la zambra de la noche anterior, la cena y el baile, y los cuchicheos al oído de Mariquita; y es fama que de todo ello experimentó tan amargo remordimiento, cual si de crímenes nefandos se tratase. Y no fué parte a tranquilizar su conciencia la consideración de que todas aquellas fazañas reconocían como causa generadora el abuso de la limonada. A Paco, no versado en sutilezas, ni metafísicas ni teológicas, no se le alcanzaba el valor moral de la doctrina, que hace consistir la responsabilidad de los actos

humanos en el móvil y en la intención. Para él, hechos eran hechos, sin distinción de ninguna clase, y los hechos de la velada, con limonada y sin limonada, le dolían; ¡vaya si le dolían!

Hubiera él dado cualquier cosa buena por recordar claramente hasta dónde llegaron sus familiaridades con Mariquita; pero en este punto la memoria se le embrollaba, y nada lograba sacar en limpio. Sin duda alguna, familiaridades hubo, y aunque ellas no pasasen de los pisotones debajo de la mesa, y del ceñimiento en el bailar, y de las palabritas dulces y las miradas a quemarropa, harto motivo era para amargarle el pensamiento. ¡Vamos, que con la niña de la patrona!... En fin, a lo hecho, pecho; puesto que no había manera de evitar lo sucedido, era preciso buscarle remedio, y, sobre todo, proponerse plan de conducta. ¿Habrían las cosas de seguir por el camino en que se habían puesto? De ningún modo. Siguiendo por él, ¿en qué fin habían de parar? ¿En boda? ¡*Vade retro*, nunca jamás! Él, Paco Trelles; él, diputado en ciernes y hombre ilustre en canuto... ¿En amor clandestino? Mucho menos; él, a pesar de todo, es persona decente, y la niña, travesuras aparte, será mujer honrada de seguro. No cabe darle vueltas: lo más corto y más derecho es restar de la vida la

noche malhadada y seguir viviendo como si nada hubiese sucedido.

Y como lo pensó, lo hizo. ¡Seriedad, dignidad, impenetrabilidad!

Mariquita, harto sé yo que en el primer momento se sorprendió; que después, y durante varios días, sintió su poco de natural despecho; pero luego, en virtud de no sé qué alquimia portentosa que las mujeres emplean para alambicar descalabros sentimentales, dióse a considerar al desdeñoso con cierta lástima despreciativa. «Peor para él», pensó modestamente; por último, tan olvidada de despechos como de lástimas, acogióse a la maravillosa filosofía de «si te he visto, no me acuerdo».

Con lo cual Paco, que acaso esperaba recriminaciones patéticas y palideces sentimentales, respiró tranquilo, si bien un poco vulnerado en su vanidad de conquistador.

Dióse por aquel entonces, en la psicología del provinciano, un fenómeno harto frecuente, cuya causa sería bien compleja de estudiar. Consistió el tal fenómeno en que todas las sensaciones experimentadas desde que vino a Madrid — sorpresa, desconcierto, admiración, soledad de espíritu y otras tantas y tales —, como que se fundieron y

combinaron, y de su fundimiento y combinación salió como engendro una extraña exaltación de sensualidad; como si la materia, aprovechando los descalabros del espíritu, se alzase triunfante y dominadora.

Madrid es un buen crisol para tales fusiones. Aconteció que Paco seguía visitando la casa de Cascales, y que las tres niñas, cada una a su modo y por su estilo, le gustaban cada vez más; y aconteció también que ellas, con su amabilidad ingenua y confiada, alejaban toda idea de correspondencia: era cosa evidente; para las Cascales, el señor Trelles era ni más ni menos que el hijo del cacique, un buen chico del pueblo, al cual era preciso tratar amablemente, convidar a comer un día a la semana, saludar desde el coche o desde el palco... y nada más. Cosas todas que ellas aderezaban con las mieles de su natural caricioso y amable, y con la franca espontaneidad que tienen las muchachas que se educan sin madre, en la amplitud de tolerancia de una autoridad masculina.

Tales visitas y tales consecuencias poníanle un humor de los demonios, y experimentaba cierta fruición como de venganza, apagando los fuegos por ellas encendidos en aventuras de baja estofa. Por aquel entonces los dragones dorados y la

chula vestida de azul tuvieron harto de qué regocijarse.

Aconteció también que Mariquita, desde la noche de Nochebuena, le producía cierto cosquilleo impaciente, como de fruta a medio morder; y como en este punto sus resoluciones eran irrevocables..., también la chula y los dragones se alegraban de ello, y se alegraban del lujo y movimiento en paseos y teatros, y de las musiquillas fáciles de las zarzuelas frescas, y de los verdores del periodiquito con monos, que al fin y al cabo «todo está en todo», como dijo el filósofo guasón.

Los libros, entretanto, dormían el sueño del justo, y es de creer que no aprendiera Paco en su galimatías mucho más de aquello que ya de sus charlas con Pancracio tenía aprendido.

De esta manera llegó el domingo de Carnaval.

Que amaneció claro como un cristal y tibio como un día de primavera.

Ya en los puestos de flores aromaban los ramitos de violetas, y Paco se sorprendió escuchando cómo trinaba un pájaro en el balcón de enfrente.

En la casa de huéspedes reina el desconcierto. A cada momento las niñas se asoman al balcón de la sala para ver pasar las estudiantinas; luego,

de balcón a balcón, hay tiroteo de serpentinas, y ya, prendidas a los hierros, forman un toldo flequeado y multicolor que pone en la angostura lóbrega de la calle una como sonrisa descarada y procaz. Se oye a lo lejos como ruido de olas que van y vienen, el rumor de la gente en la Carrera, que llega amortiguado y confuso.

Se come a toda prisa y muy temprano, porque es preciso ir a Recoletos a ver las máscaras.

Las niñas están hechas un brazo de mar. Estrenan trajes de lanilla celeste, con lunares de seda plateada, y hasta se han arriesgado a ponerse sombrero. Llevan descomunales bolsas de *confetti*, obsequio perfumado de Juan Fernández; el de Mariquita es color de rosa; el de Aurora, color de violeta. Los huéspedes mariposean en torno de las flamantes niñas. Doña Cecilia lamenta la ausencia de Carlitos. ¿Por qué se marcharía aquel muchacho? Tan útil como era. Aurora se sonroja: milagro fué que la mamá no viera. Aun no se le ha pasado el susto, y aun le dura la pena.

En marcha. Paco se despide a la puerta y advierte que no vendrá a cenar. Tiene sus proyectos. Las niñas triunfan; antes de dar dos pa-

seos, ya van cubiertas de *confetti;* en la Carrera pronto se pierden entre el oleaje. Paco ve flotar un instante los penachos azules de sus sombreros.

Él sube por la calle de Alcalá. Hay pocas máscaras, pero mucho ruido; la gente va contenta porque es el primer día de sol; hay en todos los cuerpos como un renacimiento primaveral, como un subir de savia que aduerme el alma y deja en libertad la alegría ruidosa y cascabelera: el espíritu de Pierrot hecho de risas, de voluptuosidad y de inconsciencia, flota en el aire.

Dicen que el alma es como los niños: que siempre que se duerme, se despierta llorando; yo no sé si llorará cuando despierte el alma de esta multitud; ahora, la multitud se ríe.

Paco está, como todos, contento; va todo lo de prisa que puede, y hasta daría saltos si la aglomeración de paseantes lo permitiese. ¿Dónde quiere llegar que así se apresura? No lo sabe; el caso es que llega a Recoletos, y que allí hay más gente y más bullicio; el *confetti* revolotea de punta a punta del paseo. Hay chillidos que quieren ser bromas, y sandeces que intentan decir galanterías; de los árboles cuelgan serpentinas rotas, que se cruzan también, como saetas de colores, entre carro-

zas y tribunas; pasan los coches pausadamente, y las mujeres van en ellos rígidas e inmóviles, como ídolos engalanados que fuesen recogiendo incienso de miradas; al pasar bajo las tribunas justan en el combate de papelillos, y luego vuelven a su inmovilidad. En aquel landó que marcha a buen andar por medio del paseo, vienen Ana María, Margarita y Asunción Cascales. Un Pierrot blanco en la capota, un bebé azul en el estribo, las galantean. Paco, que está en primera fila, quiere esconderse; pero Asunción le ve, y le tira un puñado de *confetti*, que es blanco y fino y huele a violetas; él, sacudiéndose, porque los papelillos le han entrado en los ojos y en la boca, saluda finamente; ellas, a su vez, saludan y pasan, y Paco se escabulle por no verlas, porque aquel Pierrot blanco y aquel bebé celeste le están poniendo de mal humor.

A lo lejos ve las plumas azules de las niñas *de casa;* más tarde encuentra a Juanito Roca, que lleva del brazo a dos ninfas vestidas de *tuna*, con el pelo tendido y la montera ladeada, un diablillo, color de bandera española, le dice al pasar: «¿Me conoces?», y a Paco le suena aquella voz a la voz de Gutiérrez; ¿qué habrá sido del pobre muchacho?

Paseo arriba, paseo abajo, va cayendo la tarde. Es donosa la vuelta del paseo: van las mujeres llenas de polvo, sucias y desgreñadas, con los ojos hundidos y la boca entreabierta; los hombres, tan empolvados como ellas, se ríen bestialmente sin saber de qué, y dan empujones y codazos, y dicen chistes que, si no fueran tontos, serían indecentes. Nadie habla con nadie; pero todos se escuchan y se entienden, y hay un amasijo de sensualidades y un hervor de apetitos desatados que da náuseas. Sobre la multitud que serpentea hay una niebla hecha de polvo y de sudor de carne que empaña la opalina diafanidad del crepúsculo; el sol se ha hundido, y el cielo viste luto color de amaranto.

El proyecto de Paco es *ir de baile*. María Eugenia, que es muy su amiga desde aquella noche, le ha dicho que el del Frontón Central es cosa buena; allí piensa ella ir con dos amigas; si él lleva las parejas, mejor que mejor. Paco no lleva las parejas: hace tiempo que ha renunciado a la compañía de Alvarez, porque se ha convencido de que el rumboso astur no lleva nunca suelto; no lleva las parejas, pero va. En la puerta encuentra a dos compañeros de clase, mejor dicho, de curso y de calle Ancha, porque la clase ¡Dios la dé!

— ¡Hombre, tú por aquí; cuánto me alegro!

Y entran juntos. En el vestíbulo entregan los abrigos; un hombre los recoge, los ata todos juntos con una cuerda y los tira a un rincón.

El salón está lleno, y al entrar Paco nada distingue de cuanto hay en él; oye una música que viene no sabe de dónde, y cree notar que en el centro de aquel hormiguero las gentes se mueven como si bailasen. Hace calor; en lo alto hay arcos eléctricos sin bomba, sucios de polvo y telarañas; caen de ellos chispas de carbón, que se apagan antes de haber llegado al suelo.

Paco se va orientando: a la derecha están los palcos; a la izquierda, en la cancha, el ambigú, especie de taberna, donde hay pasteles fementidos, dulces apolillados y vinos de todos colores. Entre los palcos y el ambigú, una gradería, como tendido de plaza de toros. Cesa la música y comienza el paseo.

— ¿No me conoces, Paco? ¿Son estos tus amigos?

Tres dominós lamentables, rosa desteñido, verde mar con ribetes amarillos y gris perla con visos color de rata, están plantados delante de Trelles, que hace las necesarias presentaciones; el grupo se desdobla en tres parejas, y como la mú-

sica marca el compás de una mazurka, piérdense todas ellas en el gran remolino central. Es María Eugenia la del dominó gris.

— ¡Cuánto has tardado, Paco! Creí que no venías.

— ¿Y si no vengo?

— Pues me hubiera ido a casa sin cenar.

— Vamos, que no sería tanto.

— Como lo oyes. Cuando me hago la cuenta de estar contigo, mas que viniera el rey de España.

— Cualquiera que te oyese, diría...

— Pues que lo creas o no lo creas, y no te vayas a figurar, que bien lo siento.

— ¿Por qué, muchacha?

— ¿Te parece menuda calamidad? Buenos estáis los hombres para tomaros tanto así de afición.

— Vamos, chiquilla, que no soy tan malo como tú te piensas.

— Eso tú lo sabrás.

María Eugenia habla con acento de broma y se ríe. Paco también quiere echar a risa la conversación; pero ello es que los dos, sin querer, se conmueven y callan largo rato.

— ¿Quieres que nos sentemos?

Ya sentados, observa Paco a los que van pasando; los hombres visten traje de calle; parecen todos ellos muchachos del comercio y estudiantes; hay algunos señores de *cierta edad* y hasta cuatro docenas de viejos verdes. Ellas van todas disfrazadas; triunfan los dominós, pero hay también muchos bebés y no pocas beatas y cocineras; las *chicas de servir* se distinguen por sus melenas rizadas y flotantes.

María Eugenia va ilustrando la inexperiencia de su amigo.

— Mira, aquella de azul se llama Carmen; pero la llaman *la Gato* por la cara que tiene, y ese que va con ella es un muchacho muy rico, que dicen que es ahijado de un ministro.

— Adiós, Maria Eugenia; bien acompañada estás.

— Porque se puede, hijo.

— ¿Quién es ése?

— Pues ése es hijo de un comerciante de la calle Ancha: ¡más golfo es y con más buena sombra! Anda la Juanilla; decían que estaba de viaje con un marqués, pero ya me parecía a mí que era mucha suerte para ella. ¿Quieres que demos otra vuelta?

Entre aquel hervidero de mala carne, de vez en

cuando pasan algunas niñas, y a Paco se le aprieta el corazón viéndolas pasar. Una hay, como de trece años, espigada y airosa, que promete ser mujer espléndida. Va sola, escudriñando con sus ojos curiosos aquella podredumbre, y se ríe oyendo los piropos que a su paso llueven. Un instante después Paco la ve bailando con un muchacho muy joven y muy pálido, que se la va comiendo con los ojos; la chiquilla sigue riéndose.

El calor arrecia; el aire se va tornando denso y saturándose de ese hedor peculiar que es como hálito de las multitudes abyectas; en lo alto, las luces parecen ahogarse entre nubarrones de humo y de polvo; abajo, entre la niebla gris, menudean las demostraciones; el baile se arrastra con lentitudes pecaminosas, sin guardar consonancia con la música.

A Paco el humo se le entra en la garganta, y comienza a toser.

— Vámonos, chico — dice María Eugenia con voz ronca—; esas madres debían estar en presidio.

No es tarea fácil encontrar los abrigos en el famoso guardarropa. Al fin salen.

— ¡Qué gusto da el fresquito de la noche!

— ¿Quieres que demos un paseo?

Las calles están silenciosas y hay luna; en la Puerta del Sol refulge su luz blanca sobre el asfalto como sobre un cristal, y los pasos de ellos resuenan en la noche con resonancia clara y firme.

— Mira tú — dice Paco —, me acuerdo de una noche en mi pueblo. Volvía yo a caballo por el campo; pero era verano y hacía calor.

— Yo también me acuerdo de muchas noches en el campo — responde ella —; en el verano dormía yo en las eras, sobre los montones de mies. ¡Qué bien huele la mies recién cortada!, ¿verdad, tú?

— Ya lo creo; también la hierba huele muy bien, y las viñas cuando están en flor.

— Teníamos en mi casa una parra que daba uvas negras como ciruelas.

— Pues yo en mi casa tengo un cenador, que es donde me desayuno todos los días.

— Oye, tú, ¿te has fijado por la noche cómo andan las estrellas? Yo, de pequeña, creía que se estaban quietas, y verás cómo me enteré de que se mueven: una vez volvía yo del campo, ya de noche, en la carreta de mi padre, y venía tumbada boca arriba, en lo más alto, encima de la paja; iba mirando al cielo y entonces me fijé; primero creí que era porque iba andando la carreta; pero,

cuando llegamos al ventorro, mi padre se paró a echar una copa y yo noté cómo, aunque la carreta se estaba parada, ellas se movían; creo que siete años tenía yo entonces, y todavía no se me ha olvidado.

— Oye, cuando eras chica, ¿te daba miedo la luna?

— A mí, sí; con aquella bocaza que tiene... ¿Te acuerdas cuando sale por detrás de los álamos, grandota y amarilla? ¿Hay en tu pueblo álamos?

— Ya lo creo, y en el huerto tenemos más de cien avellanos, y una higuera más grande... ¡si la vieras!

La luna, mientras hablan, va acompañándoles, caminando en el cielo a compás de sus pasos, porque gusta de oír las charlas que en la noche se suscitan. Los árboles del Prado y Recoletos descansan de la orgía bajo la caricia de su luz; se ha levantado un vientecillo fresco, y la tierra como que se esponja para beberle y saturarse de su frescura. Las serpentinas cuelgan desmadejadas de las ramas, que empiezan a cubrirse de brotes; el agua de las fuentes desgrana su perlería charloteante.

— ¡Qué fresquito hace! ¿Quieres que nos sentemos un rato en este banco, María Eugenia?

XV

«Hijo: Recibí tus cartas y veo que estás bueno, que es lo principal; yo también lo estoy, a Dios gracias, que no es cosa de llamar enfermedad a estos dolores en las piernas que todos los inviernos me manda la tierra para avisarme que ya va tirando de mí. Pues, como te decía, tus cartas me alegran, y no esperaba yo menos de ti. Así me gusta: que aproveches el tiempo, sin dejar por ello de divertirte lo que sea razón, que eso siempre está bien en la gente moza y a todos nos gustó en nuestros tiempos mover los huesos; tú, por cuestión de dinero, no te apures, que ya sabes que en casa los hay, gracias a Dios, y no está bien que el hijo de tu padre, por duro más o menos, deje de quedar como quien es en ninguna parte. Eso sí, en los estudios me gusta que aprietes; ya sabes lo que te dije cuando te fuiste: esta gente es cada vez más ladina; ellos no saben más, pero tienen cada día más malicia y hay que andar listo para

cogerles las vueltas. Mientras yo viva, no hay cuidado, que soy perro viejo y les cazo en el aire las marrullerías; pero no está de más el que tú te prevengas con tiempo y te traigas para casa un título, que siempre es cosa de fuerza cuando hay dineros para acompañarle. Esto, ni que decir tiene, pensando que tú quieras seguir en estos paleos del pueblo, que yo bien veo por tus cartas lo mucho que te gusta Madrid, y como puedes figurarte, no me ha de pesar el que, si es tu gusto, hagas en la Corte carrera. Listo eres, y donde otros llegaron bien puedes llegar. A más que apoyos no han de faltarte.

»Ya me dices lo bien que te recibe el señor Cascales y la familia; a tanto y más están obligados, y me alegro que sepan cumplir; ya ves tú: no estará mal que, andando el tiempo, y no ha de ser mucho para que yo lo vea, llegues a ser lo que él es. Figúrate si trabajaríamos el distrito siendo para ti; en fin, Dios dirá; tú, hijo, ahora que estás ahí, bien cerca de todos, no dejes pasar las ocasiones, y acuérdate siempre de que el que da primero, da dos veces.

»Desde que te fuiste, mi única diversión es pensar en ti y en estas cosas; parece, cuando se hacen cuentas para un hijo, que empieza uno a vi-

vir otra vez, y aunque bien sabe uno que lo mejor de ello no ha de llegarlo a ver, tanto y más alegra como si propio fuera y en la mano estuviese; achaques del querer, que es cosa, según dicen, que sólo los padres saben como Dios manda. Ya lo aprenderás a su tiempo.

»Aquí todo sigue lo mismo y todos se acuerdan de ti. De Elena dicen que si anda triste o alegre por si le escribes o dejas de escribirle. Yo en esto no me quiero meter; es buena muchacha y tiene su porqué, y no me sentaría mal para nuera; pero tú sabrás lo que te conviene y en donde estás, estás, y entre buena gente andas, y ya me entiendes. Ello por ello, si en Madrid te quedas, tal vez te esté mejor mujer ciudadana que campesina; todo consiste en escoger con tino y en que ella sea mujer de bien. El retrato que mandaste puede decirse que corrió el pueblo; algunos hubo que no te conocían, y otros que no te querían conocer. A mí me parece que te cae bien la ropa, y deseo que vengas para verte, y no en estampa. Y nada más te digo, sino que estudies, y te cuides, y te diviertas lo que puedas. Te mando el dinero que pides; recibe lo que quieras de este tu padre que te abraza y que lo es,

»MANUEL TRELLES.»

«Querido Paco: No sabes lo que agradezco tus cartas; pues, aunque de ordinario no creo en refranes, tengo por buena la sabiduría de este que dice: «que la ausencia es piedra de toque en la amistad», y me complace ver que eres amigo mío, acaso tanto como por motivos sentimentales, por razones de orgullo; ¡si supieras lo que levanta ante los propios ojos el saberse capaz de inspirar un cariño firme! Yo de mí sé decirte que no puedo resistir a esta voluptuosidad espiritual del saberme querido o estimado, y que aun la antipatía —y eso que yo la creo, más que el amor, fuerte como la muerte—soy capaz de vencer cuando sospecho que aquella persona que a mí me es antipática me tiene buena voluntad.

»Tus cartas, sin embargo, y cariño aparte, me resultan extrañas. Creo que te conozco bien: eres un impulsivo y, sobre todo, un sentimental...; no te rías, Paquito, ni tomes esos aires de hombre escéptico que no te van, créemelo. ¿Que has corrido mucho? ¡A quién se lo cuentas! Pero, amigo, hay maneras y maneras de correr; yo, te lo he dicho mil veces; para estas excursiones suelo dejarme el alma en casa, sobre que estorba tanto y nada tiene que ganar. Tú, en cambio, la llevas siempre no sé si en la mano o en el bolsillo, y ¿qué

te ha de ocurrir?: lo que a los niños que se caen de cara y no se ocupan de poner las manos por delante: se rompen las narices en cada caída. ¡Sabe Dios cuántos coscorrones te habrás llevado a la hora en que esto escribo!

»No te enfades; te digo esto y sospecho lo otro precisamente porque en tus cartas no te quejas de nada, y, en verdad, es demasiada dicha la que cuentas para una persona sola. Si me dijeras dos desilusiones, estaría dispuesto a creer cuatro buenas venturas; pero, amigo, tantas y tan constantes bienandanzas me hacen dudar un poco de tu sinceridad.

»Haces mal, criatura, en no ser conmigo un poco más franco; las tristezas son siempre tristezas, pero cuando se cuentan parece que se alivian y alegran. Mira tú, esta es una ilusión sentimental que no han logrado destruir todas las verdades filosóficas. Somos, y lo seremos para *in eternum*, mal que nos pese, niños perdurables, y siempre, como los chiquillos, nos creemos más seguros cuando alguien nos lleva cogidos de la mano, o cuando tenemos la cabeza debajo de las sábanas. Y pienso yo que acaso en esto consista la fuerza de arraigo de las religiones positivas, manos que nos llevan o sábanas que nos esconden; pero

que de uno u otro modo nos mitigan el miedo.

»Perdona si te aburro; espero que no, puesto que, según veo por las cartas de tu padre, te ocupas mucho de estudios, y en esto de actividad intelectual no hay sino dar el primer paso. Además, tú eres listo, y lo único que te perjudica es la pereza mental, que aquí en el pueblo se te hubiese hecho crónica, porque no hay como el pan moreno y la leche a pasto para crear músculos y atrofiar la inteligencia; pero confío en que Madrid habrá logrado vencerla.

»Chico, eres admirable, puesto que, por lo visto, puedes llevar de frente y sin recíproco perjuicio la intelectualidad y la galantería. Yo te confieso francamente que cuando la carne pícara hace de las suyas, la actividad cerebral se resiente harto, y viceversa. Por lo cual este invierno estoy hecho un San Luis Gonzaga y leo como una fiera; tengo hambre canina de lectura; no sabes cuánto te agradezco los libros que me mandas; yo también he comprado algunos, y un curita nuevo que ha venido, me ha prestado otros, entre ellos *Las Confesiones* de San Agustín, que yo no conocía y que te recomiendo, porque tengo para mí que en algunos particulares eres no poco parecido al obispo de Hipona. A mí el tal libro me ha ser-

vido y no precisamente como lección moral, sino como consuelo de flaquezas.

»Será exaltación de orgullo, pecado de soberbia, lo que quieras, pero cada día puedo sufrir menos mis propias imperfecciones; cuanto más menudas, más me atormentan; cuanto más ignoradas, más me mortifican. El curita nuevo que te digo, con el cual tengo grandes ratos de conversación, intenta convencerme de que esto que yo siento es algo a modo de prurito confesional, y que ello prueba la sabiduría de la Iglesia y la necesidad del Sacramento de la Penitencia. Tal vez tenga razón, por lo mismo que te he dicho antes; con todas nuestras presunciones de fortaleza, siempre, andamos añorando tutores.

»El tal curita es hombre de inteligencia y muy leído, y aunque tiene frescas las ideas del seminario y en pleno verdor los frescores de la vocación, resulta buen amigo y algo se aprende discutiendo con él; puedes suponer que no me quedo corto; él está muy mal con estos fatalismos de Nietzsche, y tiene una filosofía ingenua que huele a rosas y a incienso; habla del alma como de un ser único y noble, y dice que está en paz sujetando a la ley sus deseos; yo en esto de la paz le envidio como puedes figurarte, porque en punto a

batallas interiores me río yo del Cid Campeador. Es — me dice el curita — porque no tiene usted bien domada la carne; esa es la guerra, ese es el enemigo; el dualismo pícaro de la humana naturaleza; ya lo dijo el Apóstol. Pero yo le respondo que esto de la contienda perdurable entre el alma y el cuerpo, es cosa vieja de decir y rancia de escuchar.

»— ¿Es que usted cree, entonces — me contesta —, que el alma pelea contra el alma?

»— No, señor — le replico —, voy más allá que todo eso.

»— ¿Cómo más allá?

»— Sí, porque creo — por supuesto, con el inevitable matiz de duda que damos los latinos en nuestras lenguas socarronas al vocablo creer —, creo en la coexistencia de dos almas distintas y antagónicas dentro del mismo cuerpo.

»Mi hombre se indigna, y yo le digo que lo creo por experiencia propia.

»—¿Cómo por experiencia? — responde. Y yo le explico:

»— Mire usted, don Fernando — el curita se llama don Fernando González —: podría muy bien achacarse a cambios de estado de un mismo espíritu la discordancia ocasional que nos hace

sentir, pensar y hasta juzgar hoy una cosa y mañana la opuesta, para quedarnos al día siguiente en el término medio o en el extremo negativo, que es lo más general. Pero ¿a qué atribuir la persistencia continua de dos personalidades irreconciliablemente antagónicas, una, que podría llamarse la vividora, que siente, y vibra, y saborea, y se entusiasma, y se entristece, y decae, y duda, y abomina, y ensalza; y otra, la criticante, que la mira vivir, y entusiasmarse, y decaer, y con sorna la compadece, no pasado el momento de la acción psicológica, sino coexistiendo con él, y, lo que es más extraño, dejándola en libertad perfecta de realizarse?

»El curita me dice que esta segunda alma que yo digo es la conciencia, facultad aprobadora o reprobadora de todo acto espiritual; pero no lo es, porque ella no se entromete a calificar moralmente la actividad de su contraria, hacia la cual parece profesar desprecio más que olímpico. No juzga: se contenta con desdeñar, como los críticos modernistas. En fin, chico, quedamos en que mis dos almas me dan no poca guerra. Dichoso tú que por motivos tan distintos a los de mi curita, pareces como él vivir en paz; os envidio, porque *yo* — otra complicación; acaso este *yo* es una ter-

cera alma superior a las otras, puesto que las conoce y hasta las llama a juicio —, *yo*, encariñado con la vividora como un poeta con sus versos, gusto de sentirla vivir, y me voy detrás de ella por los caminos floridos de su entusiasmo, y con ella me place peregrinar por las carreteras de polvo y de lágrimas. Pero he aquí que con nosotros dos, y no detrás, sino muy mano a mano, viene la criticante, y no se ha dado el caso, durante el largo día de la vida, de que un solo momento cese de reír y de compadecerse, y de despreciar compadeciendo.

»Sucede, a veces, que me indigno contra ella y la tengo por endemoniada; por supuesto, el curita dice que el endemoniado soy yo. Acontece otras, que, vencido de su tenacidad, llego a darle la razón, y me decido a despreciar con ella, empezando por mí, cuanto hay en el mundo; pero, la muy ladina, presintiendo o sabiendo que llegaba mi conformidad, cesó su insoportable supremacía, me mira de hito en hito y, despreciadora como nunca, me dice frescamente: ¡Lucido estás si de mí te fías! Has de saber, infelizote, que yo tampoco sé lo que es verdad.

»Y esta es la vida, mi vida si quieres; buena a pesar de todo, porque por encima de to-

das las complicaciones espirituales está el vivir.

»Acaso tú lo entiendas, Paco de mi alma, y todos estos jaleos que yo me traigo sean simplezas mías; en fin, me consuelo pensando que no hay otra verdad, sino la que llevamos en nosotros mismos.

»Me pides noticias; ¿qué quieres que te diga? El pueblo, igual que siempre; el invierno, largo, muchos días grises; tu padre, bueno; tu novia, tan guapa como siempre, y algo más triste que de ordinario; yo, peleando en la escuela con estos gérmenes de hombre, que diría alguien que no recuerdo, y divertido en mis experimentos psicológicos. A veces pienso que te estoy haciendo un flaco servicio, porque estos tus futuros súbditos, si aprovechan la educación medio anarquista que yo les meto con cuchara, llegarán a ser, andando los tiempos, harto difíciles de manejar. ¡Allá tú! Si progresas como creo, podrás *ponerte a la cabeza* de la revolución.

»Ahora, como es Cuaresma, tenemos lluvia de sermones; el curita nuevo se luce, pero nadie le entiende; tienen que oír las críticas que hace de su oratoria el capellán de Armendia. Don Teo, tan alma de Dios como siempre, y Frasco, tan republicano; de don Lino, nada te cuento porque sé

que te escribe a menudo, y el hombre es de los que se pintan solos.

»Adiós, que escribas y que me digas la verdad, y acuérdate de mí en esos tus buenos cuartos de hora, porque yo, a pesar de mis desengaños y austeridades, siempre que de ciertas cosas me acuerdo, digo, mal que me pese, lo del milano de la fábula: «No me vendría mal algún pollito.»

»Guárdete Dios y la verdad te guíe.

»PANCRACIO.»

«Amigo Paco: Para ti es la vida. Nosotros aquí la vamos pasando como Dios quiere, berza más o menos. Esta gente sigue tan sana como de costumbre; ¡mira tú que es mucha salud ésta para un solo pueblo! Así es que ya puedes figurarte el humor que me gasta doña Mónica, que acá para *inter nos*, está más beata que nunca, y ahora ha comprado una estampa de San Cayetano para colgarla en la cocina, porque dice que el bueno del Santo es abogado de la Providencia. Me río yo de la Providencia con estos aires, y estas aguas, y esta poca gana de soltar dineros que tienen tus insignes *conciudadanos*.

»No creas que te digo esto de conciudadanos

por equivocación: es que nuestro amigo Pancracio, que cada día se vuelve más sabio y se queda más flaco, está si descubre o no descubre que Puente-la-Piedra tuvo título de ciudad allá en tiempos del Rey que rabió. Chico, da miedo verle de puro consumido que le tiene la sabiduría; tú, por si acaso, no estudies mucho, que para lo que hay que saber de este mundo, cuanto menos, mejor.

»La República, tan buena gracias, y tan frescachona. Ahora tenemos cura nuevo, porque como don Teo está tan viejecito, le han puesto un coadjutor; es un muchacho joven, acabado de salir del horno y andaluz por más señas; le tenemos de huésped en casa, con lo cual doña Mónica está nadando en gozo espiritual; son sus propias palabras.

»Como comprenderás, con esto se le ha aumentado a Frasco la tarea, y el gorro frigio no descansa; por la mañana pasea la calle del cura y por la tarde la del coadjutor; hay que verle, ahora que el gorro, con tantas aguas como este invierno le han llovido encima, está color de caramelo; pero lo que a la insignia le falta le sobra a la cara del hombre, que entre el entusiasmo y el aguardiente está hecha una bandera tricolor. Lo mejor

de la historia es que el curita nuevo nos ha salido liberal y dice que cualquier día de estos sale cantando misa con música del himno de Riego; es lo que dice Frasco: si la reacción se cae del lado de la libertad, ¿de qué lado vamos a caer nosotros? Mira tú que es pregunta. Lo que yo le digo: No seas tonto, Frasquito, hijo; tú no pienses hacia dónde te vas a caer, sino en cómo te vas a levantar el día que te caigas, que me parece a mí que no tardarás mucho.

»Me dices que te diga si cazamos; a caza vamos un día sí y otro también, y, como puedes figurarte, no hemos de volver con las manos vacías. *Canelo*, tan guapo; el *Morito* se ha muerto, lo cual que lo he sentido, y creo que tú lo sentirás; el *Lobo* se lo vendí a un inglés que vino a visitar el Monasterio; y ahora que del Monasterio hablo, chico, ¡qué reguapetona tienes a la Elenita! A la vuelta me lo dirás despacio, porque es de las que abren el apetito; ya me figuro que no estarás haciendo penitencia, porque el mucho estudiar es cosa que de suyo requiere distracciones; pero dudo que todo lo que por ahí encuentres sea mejor que lo que aquí te dejaste; estas chicas de pueblo, sanotas y coloradas, son de lo bueno lo mejor; créemelo a mí, que sé de Anatomía.

»Me parece que no tendrás queja de la carta. No te extrañe el papel, porque es del cura, y por eso tiene este santo que ves con este latinajo; pero yo no tenía suelto, y por no cambiar no he mandado al estanco por otro.

»Doña Mónica te envía un abrazo; como es por carta, creo que no te pesará.

»Memorias del partido, y ¡viva la República!

»Tu amigo verdadero y compañero de ideales,

»LINO FERNÁNDEZ.»

«Paco de mi alma: ¿Por qué no me escribes? Díceme tu padre que andas atareado con el estudiar; pero a mí me parece que hay tiempo para todo; yo también tengo mucho que hacer, y no sé tanto como tú y te escribo; el cuento está en querer y en quererse, y yo te quiero bien. ¡Si vieras qué triste está el pueblo desde que te has ido! Ahora, como es invierno, llueve a diario, y parece que hasta el ver llover da ganas de llorar; yo lloro muchas veces pensando si te habrás olvidado de mí. Cuentan y no acaban de lo mucho que hay en Madrid para divertirse; dime tú si es verdad, y si las señoras de por ahí son tan guapas como dicen, y dime si te acuerdas de mí.

»Tengo guardadas tus tres cartas; ya las sé de

memoria, porque siempre que pienso que ya no me quieres, las vuelvo a leer; y mira tú qué cosa tan rara: unos días me dan alegría, y otros tristeza, porque lo que dicen me parece unas veces mentira, y otras verdad; pero siempre que las leo se me saltan las lágrimas y te quiero más; en eso para todo: en quererte más. Y tú, Paco, ¿me quieres más ahora?

»Mis amigas me dicen que tendrás muchas novias por ahí, y que me acuerde de las que has tenido antes de quererme; yo primero me reía al oírselo decir; pero desde que no tengo carta tuya no me atrevo a reírme. ¡Qué pena es tener tan lejos a las personas, y no poderles mirar a la cara para saber la verdad! ¿Te acuerdas cuántas veces te burlabas de mí porque yo te decía: Mirándome a la cara no me engañas?

»He visto el retrato que mandas a tu padre. Todos dicen que estás muy bien y mejor que aquí; pero a mí me pareces más delgado, y aunque te estás riendo, se me antoja que tienes los ojos tristes. ¿Es que estás malo, o que tienes pena? Por mí no la tengas, que siempre te quiero lo mismo y más, y por tu padre, tampoco, que sigue tan bueno y tan gordo como siempre; me dice que te diga que te cuides, porque diciéndotelo yo harás más

caso que si él te lo dijera, y si es por los estudios, no te apures tampoco, que no es cosa de que por mucho saber vayas a perder la salud.

»No te digo más; es tanto el deseo que tengo de que vuelvas, que cuento los días que faltan. Desde hoy al día del *Corpus*, quedan setenta y dos, y dice tu padre que para ese día ya estarás de vuelta.

»Por Dios, que me contestes y que te cuides, y que si te pones enfermo vengas acá en seguida; ya ves tú, porque sepas más libros nadie ha de quererte mejor, y luego, que si tú eres tan sabio, me dará vergüenza escribirte, por la mala letra.

»Mira, Paco de mi alma: que te acuerdes de mí y que me escribas, y que pienses que te quiero más que a mi vida, y que estoy aquí sola, y que, aunque quiero escribirte como si estuviera contenta, ahora mismo estoy llorando, porque tengo una pena, una pena tan grande al ver que no te acuerdas de mí...

Ya sabes que te quiere más que nunca tu

»ELENA.»

XVI

— Yo — dice don Marcelo — he nacido en Madrid, y, en punto a viajes, no he pasado nunca de los Cuatro Caminos por el Norte, y de los Carabancheles por el Mediodía; puede afirmarse, por lo tanto, que, aunque soy español, no conozco gran cosa de España; de consiguiente, no me atreveré a decir si está bien o mal puesto este mote que lleva nuestra patria de católica por excelencia; lo que sí digo es que Madrid, la capital, como si dijéramos el corazón o el cerebro de la patria susodicha, es la ciudad más dejada de la mano de Dios que existe en el planeta.

— ¿Por qué dice usted eso, don Marcelo?

— ¿Por qué he de decirlo, Mariquita? ¿Le parece a usted muy católico eso de que ustedes, las mujeres, a quienes llama nada menos que San Agustín, «devoto sexo femenino», aprovechen las festividades de la Iglesia, y aun sus días de duelos

y llantos, para ponerse majas, tentar a los hombres y divertirse de lo lindo?

— ¡Pero don Marcelo...!

— Nada, Mariquita, nada; yo no soy muy beato que digamos; pero me parece poco menos que pecado mortal eso de que hoy, día de Viernes Santo, se pongan ustedes esas mantillas y esos claveles y salgan por ahí a lucir el palmito.

— Vamos, don Marcelo: ¿no le gusto a usted de mantilla?

— No es eso, Mariquita: me gusta usted con mantilla y sin ella, acaso más de lo que fuera menester; pero eso no quita para que yo considere una herejía, un sacrilegio, esto de trocar en feria de apetitos los templos enlutados, y en mercado de carne las calles silenciosas. ¿No es cosa de cafres esto de la Cara de Dios, y no lo es de hipócritas esto otro de las mesitas de petitorio y de las sonrisitas y cuchicheos con capa de piedad? Yo soy caritativo, me gusta dar limosna como al que más, y no lo digo por alabarme; pues bien: antes consentiría en cortarme la mano que en echar ni una perra, eso es, ni una perra chica en una mesita de puerta de iglesia, con señuelo de miraditas torpes y celosía de mantillas encubridoras.

— Mire usted, don Marcelo, que yo pido esta tarde en la parroquia.

— Pues, hija mía, lo siento mucho.

— Y que no echará usted una perrilla, sino cinco pesetas contantes y sonantes.

— Ni un céntimo, ni medio.

— Mire usted que me enfado.

— Lo siento; pero no puede ser.

— No sea usted cursi, don Marcelo; míreme usted bien. Vamos, hablando con franqueza: ¿qué tal me caen estos claveles?

Mariquita lleva vestido de seda, mantilla negra y claveles rojos; está bonita, más bonita que nunca, ya lo creo; la sombra del encaje, muy echado a la cara, pone como una nube de misterio sobre la picardía de sus ojos.

— Muy bonita — repite don Marcelo —; pero esta gente está dejada de la mano de Dios; emborracharse en Nochebuena, lucir el cuerpo en Viernes Santo, irse al teatro el día de los Fieles Difuntos y a los toros el domingo de Pascua, y con todo eso llamarse cristianos y católicos; dejados, por completo dejados, de la mano de Dios.

Paco, que oye desde su cuarto la perorata de don Marcelo — Mariquita y el viejo están en la sala, donde ella, frente al único espejo, perfila los

últimos detalles del prendido —, es casi, casi de la misma opinión que el buen hombre. En su pueblo, la Semana Santa es cosa más seria y de más religión: los hombres, con sus capas recias; las mujeres, con sus mantos tupidos; la iglesia, triste; las calles, tristísimas; la procesión, dolorosa y enlutada... Aquí, tiene razón el viejo: las iglesias parecen bazares, y las calles, ferias. ¿No iban ayer visitando los monumentos, muy puestas de mantilla, con la cara hecha un mapa, y un lazo de color sobre el moño, Carmen la Rubia y dos compinches del mismo jaez? Él se divirtió en grande, justo es confesarlo, y hoy piensa divertirse no menos; pero tiene razón, tiene razón, esto es una herejía: o somos cristianos o no lo somos.

Mariquita, entretanto, termina los perfiles del acicalamiento. Aurora ocupa el sitio frente al espejo; ésta lleva claveles disciplinados. Doña Cecilia no lleva claveles; pero la mantilla de forma balancea sus vuelos sobre el robusto corpachón, y los brillos del rasete espejean sobre sus redondeces formidables.

De cómo Paco Trelles se divirtió esta tarde, no guardan noticia crónicas ni gestas; hay, sí, una nota en no sé qué papeles que dice cómo aquel arrechucho sensual que por los comienzos de in-

vierno le acometiera, duróle toda la Cuaresma, y aun al llegar a la Semana Santa estaba en pleno florecimiento; pero no da el papel detalle alguno de lances y hazañas, sin duda por considerar que estas peripecias son de suyo monótonas y poco propias para servir de lección moral; el cronista de Paco Trelles tiene manía de moralidad, y aunque personas de autoridad bastante hanle dicho hartas veces que tanto moraliza la pintura de vicios como la de virtudes, si el pintor es hábil, él desconfía de su habilidad y pasa la Cuaresma de un salto. Es, sin embargo, cosa bien probada que la vida de Paco en este tiempo no fué precisamente ascética ni sobradamente alegre, porque es harta verdad la del decir de aquel que dijo que el placer de la carne es engendrador de la melancolía.

El Domingo de Pascua llega con su cortejo de gozo. Media abril; el cielo está color de cielo, y el aire es tibio e inquietante. Los árboles del amor, que son los almendros madrileños, se han cubierto de flores coralinas, y los castaños despliegan los penachos, aun tiernos, de sus hojas pomposas; las acacias quieren florecer.

Aquella mañana Paco está bullicioso, porque la primavera le hierve y le canta dentro de la san-

gre. La casa de huéspedes parece también alborozada: balcones y ventanas están de par en par, y el aire, tibio y perfumado entra, llevando ruidos, gritos de niños, cantos de mujeres, como perlería desensartada.

Hoy todos los huéspedes parecen tener un solo corazón: todos se entienden, todos se aman, todos hablan a un tiempo y todos a destiempo se ríen. ¿Por qué? ¿Cuál es la magia capaz de unir en un mismo entusiasmo a Juan Fernández y a Paco Trelles, al huésped del pasillo y a don Enrique Alvarez? La magia, el filtro, la virtud o como quiera llamarse, es, ni más ni menos, la primera corrida de toros. Hoy, día de Pascua, la temporada se inaugura; hoy torea Fuentes, hoy triunfa la afición, hoy todos son patriotas y toreros. ¡Viva la vida!

— Doña Cecilia, ¡por Dios!, que esté la comida en un vuelo.

— Aurorita, ¿dónde está el cepillo de las botas?

— ¿Y el betún? ¿Y el espejo?

— Agua en mi cuarto, Mariquita.

Doña Cecilia suda y se sofoca.

— ¡Jesús mío! Estos hombres, en diciendo que se habla de toros, pierden la cabeza.

Al fin, comen de prisa y corriendo; salen de

casa alborotando; en la Puerta del Sol toman un cochecito para los cuatro. La calle de Alcalá parece un cesto de claveles volcado; el aire vibra, y no se sabe si la luz es ruido o si el ruido es color.

Paco tampoco sabe si él es la luz o el ruido; pero siente que el alma se le marcha muy lejos, y que dentro del pecho vibra su gozo alborozado y gárrulo, como volteo de campana que tocase a fiesta.

Van a tendido, al 8, y vea usted qué suerte: está cuajadito de mujeres, todas con sus pañuelos de Manila y sus cabezas enclaveladas. La que está a la derecha de Paco lleva un mantón de ensueño: tiene el fondo ambarino, y sobre él, entre ramajes blancos, hay pájaros azules con rizos por plumas y espumas por alas.

— ¿Me vende usted el mantón, morena?

— Pa llevárselo a él hay que llevarse lo que va debajo, y eso no está de venta.

— Pues mire usted que es lástima, porque sobra voluntad para comprarlo.

— Puede que faltaran pesetas.

— No lo crea usted, niña: cuando Dios da, da para todo.

— ¿Y a usted le ha dado para tanto?...

— Y para mucho más.

— Pues que a usted le aproveche, amigo.

— Gracias, hermosa.

— No hay de qué.

Apenas empezada la lidia, Paco se entusiasma. Tiene sangre torera — dice él —, y allá en el pueblo sostenía con su amigo Pancracio discusiones terribles a causa de la pícara afición. Pancracio afirmaba que para divertirse en los toros es preciso dejar fuera de la plaza el corazón y la inteligencia. «No es espectáculo bárbaro; es fiesta de imbéciles: créemelo, Paco.» Y Paco se reía, respondiendo: «Pues, chico, me divierte de lo lindo.» «Pero, ¿quieres decirme, interrogaba el otro, qué facultad pones en ejercicio para gozar semejante salvajada?» «Ninguna, querido.» «Entonces no gozas.» «Pero me divierto.» Y ésta sigue siendo la filosofía de Paco, que, en cuestiones de arte y de emoción, es, como sabemos, eminentemente positivista.

En el tendido hay marejada de opiniones opuestas: los entusiasmos se dividen.

— Fuentes es un maestro.

— Fuentes es un maleta.

— Esas son filigranas.

— Esas son pamplinas.

— El caso es arrimarse.

— El caso es torear por lo fino.

Paco está por el arte tradicional y serio; esto de los adornos le molesta.

— ¡Corazón, corazón es lo que se requiere!

— ¡Qué corazón, ni corazón! — protesta airado el don Enrique —: inteligencia y arte. ¿De modo que tú, en tumbando al toro de una estocada...? Mírale: eso es canela fina... ¡qué pasecito!

— ¡Qué pánico!, digo yo. Ya lleva cuatro ocasiones desperdiciadas. Mírale, mírale a los pies, te digo, que parece un molino en día de viento.

— Pues no, que va a dejar que lo enganchen para darte a ti gusto.

— Si tanto miedo tiene, que no salga a la plaza.

— Le da la gana de salir.

— Pues que se arrime.

— Pues no le da la gana de arrimarse. ¡Olé!

— Así lo mato yo.

— De primera; toros como éste no merecen otra cosa.

— ¡Lástima de seis mil! ¡Y le aplauden! ¡Ladrón, asesino!

— ¡Bravo! ¡Muy bien, Antonio: así se mata!

La morena del mantón ambarino aplaude frenética.

Y así, a cada momento, la gente aquella se inquieta y se revuelve como agua donde cayó una piedra.

El cielo, entretanto, tiende sobre la plaza el toldo soberano de su quietud radiante: se abre la puerta de un palco, y a través de ella se alcanza a ver un trozo de paisaje: tierra gris, y a lo lejos un arboluco que empieza a verdecer; las hojillas tenues, las ramas delicadas, son como un fino encaje de Chantilly, casi un velo de niña que va a comulgar; sobre la tierra, por junto al árbol, van pasando gentes: primero, un mendigo que es viejo; luego, una chiquilla que lleva una cesta de naranjas; después, un niño que suelta una cometa.

Terminó la corrida, y Paco y sus amigos emprenden el regreso. Van todos alegres y con gana de movimiento después del reposo forzado en la incomodidad del tendido: por eso deciden volver a pie, y entran en el Retiro, también rumoroso, también lleno de gentes que llevan cara y galas de día de fiesta. «Nunca está el hombre en paz — ha dicho Fenelón —, sino cuando está lejos de sí mismo.» En paz y en gozo. Paco nada recuerda, ni añora, ni escudriña; vive su hora, como si ella hubiera de ser definitiva, sin ayer ni mañana; por eso el cielo le parece propicio, y la tierra hermo-

sa, y el aire bien oliente, y grata la charla de los que van con él. La primavera es prometedora, y las buenas promesas son aún más gratas que los buenos hechos al corazón del hombre. Charla y ríe por el gozo de charlar y reír, por lo mismo que cantan los vientos y ríen las aguas. Lleva el sombrero ladeado, el bastón al hombro, el andar resuelto y la boca sonreidora, y entorna los ojos para mirar, y respira fuerte, saboreando el aire, que huele a flores que se van a abrir.

Al ponerse el sol, quédase la tarde tan quieta y tan serena, que parece como si no existiera el aire; cuando se apaga el cielo, sobre lo que antes fué manto de llamas, queda un incendio unánime color amaranto, más bien amatista, y flotando ante él fulgura el lucero de la tarde. Los árboles de los jardines, las torrecillas, las veletas, se destacan, negras y cortadas sobre el fondo de seda episcopal. Anochece.

— Iremos a cenar al café.

El café está en la calle de Alcalá; es grande, y sucio, y destartalado; el trajín de la tarde ha puesto en el ambiente pesadez molesta: huele a una mezcla ingrata de sudor y tabaco. Todo está lleno, y poco a poco sobre las mesas se va formando una neblina.

Hay un ruido continuo de conversaciones, y tintinea sobre su nota baja el golpeteo de las cucharillas. Forma el patio central una a manera de rotonda, que tiene en lo alto una balaustrada; en la balaustrada hay estatuas de yeso, ya relucientes y amarillas: son alegorías de las estaciones. Abajo hay una fuente, y el agua que salta en el surtidor y que rebota en la mezquina taza, canta bajito y claro, y suscita en el aire remota evocación de frescura. Profusas y espontáneas como setas, nacen en el café las discusiones. Santa Contradicción gusta de las mesillas de mármol, y de los divanes de velludillo, y de los dorados que tiran a rojo, y del humo excitante y de la luz aneblillada.

Paco y sus compañeros, ¿cómo no?, discuten temas tan varios como interesantes. En la hora inicial de la tortilla a las finas hierbas y con manteca rancia, discuten la tercera estocada de Fuentes.

— Que fué caída; sí, señor, caída.

— ¡Hombre, si era contraria de atracarse!

— Pues digo yo que ni caída ni contraria: en su sitio, y no hay más.

— Tú no entiendes ni tanto así de toros.

— Pues mira que tú, que acabas de llegar de tu pueblo.

— Calma, señores, calma.

Al *beefsteak*, abandonado Fuentes, se discute a Silvela.

— Te digo que es un político de cuerpo entero.

— Te digo yo a ti que es un político de cuerpo presente.

— Ríete tú de historias.

— ¿A que no dura cuatro meses?

— Porque no querrá él.

— Poco a gusto que va en el machito...

— Pues mira tú que es ganga. Un hombre de talento sujeto a la voluntad de un chiquillo que hace lo que le mandan cuatro militarotes.

— Vamos, que tú no sabes lo que te pescas.

Al llegar a los postres, los discutidores, por declinación natural, han caído en el tema de las mujeres.

— ¿Habéis visto la Celia qué pañuelo de chinos llevaba?

— Lo menos vale mil quinientas pesetas — dice Juan Fernández.

— Pues el amigo que la acompañaba vale un millón por la frescura: la niña se pasó la tarde timándose con todo el que quiso. Conmigo podía caer, que te aseguro...

— ¿Qué ibas a hacer tú?

— Ya lo veríamos.

— Aguantarte como el que más.

— Cabalito.

— Hay que desengañarse: cuando a una mujer se le pone en el moño que te ha de marear, te marea.

— A mí no me marea ninguna mujer.

— ¿Que no? Como si no supiéramos...

— ¿Qué sabes tú?

— Hombre, que te tienen chiflado tres a un tiempo.

— ¿A mí?

— Vete contando: la de Cascales, una; María Eugenia, dos, y la del pueblo, tres...; digo, eso que yo sepa; ¡y menuda cara se te pone cuando recibes carta del lugar!

— Sí, ¿eh? Para que veas: hoy me ha llegado y todavía la tengo sin abrir.

— ¿Qué apostamos?

— ¡Ahí va! — Paco tira la carta encima de la mesa —. Eso, para que te vayas enterando de lo que a mí me importan las mujeres.

— ¿Se puede leer?

— Haz lo que quieras.

¡Pobre Elena.Quirós! ¿Qué le dices en esta hora

de traiciones a tu virgencita de la Asunción? ¿Qué le cuentas al lucero que se asoma a mirarte por encima de las tapias del claustro y espejea en tus lágrimas?

Paco está solo en medio de la calle. Los amigos, para digno remate del día, organizaron una juerga nocturna; él no ha querido acompañarles; a última hora se sintió un poco enfermo. La alegría bulliciosa y excesiva de la tarde, al disiparse, le trae por reacción algo frío, oscuro, que le atormenta cuerpo y alma. Siente remordimiento. Aquello de la carta ha estado mal, muy mal. ¿Tendrá razón Pancracio? Al entrar en los toros, ¿se habrá dejado él en la calle el corazón y la inteligencia, y habrá olvidado recogerlos al salir? Sí; aquella imbécil alegría, y aquella charla necia, y aquel beber sin tino... ¡Vaya una tarde aprovechada!

La noche va pasando silenciosa; no hay luna; pero en lo alto el lucero refulge, vertical, luz vigilante en la última ventana de no sé qué invisible torre.

«Hoy es Pascua florida», piensa Paco. Y la magia gozosa de aquestas dos palabras, chocando con su melancolía, casi le hace llorar.

XVII

Se han abierto las lilas, y quieren abrirse las rosas. Llegó el mes de mayo, que en sus primeros días estuvo triste y gris, con lluvias y con vientos, y que ahora, azul de cielo y templado de atmósfera, se ríe y convida a reír.

Paco, este año ignora el gozo de la primavera.

Pocos días después de aquel domingo que fué Pascua florida, oyó cómo alguien que pasaba a su lado dijo: «Ya se van acercando los exámenes.»

Paco, maquinalmente, repitió las palabras: «Ya se van acercando los exámenes», y entonces comprendió lo que significaban.

Era preciso examinarse, era preciso aprobar las asignaturas. ¡Aprobar! Paco buscó los libros; estaban nuevos y empolvados, haciendo compañía al busto de Minerva encima de la cómoda. «Aun faltan veinte días», pensó.

Colocados sobre la mesa, trató de comenzar la

tarea, pero no pudo; estaba mal dispuesto; las letras le bailaban; no entendía. «Mañana empezaré; justo, mañana, y de formalidad; no más perder el tiempo, no más tonterías; encerradito en casa, y a estudiar.»

Llegó mañana, y leyó la primera lección: no era cosa difícil; veamos la segunda: puede pasar también; a la tercera: el asunto se va embrollando un poco; es cosa de memoria, y a él la memoria..., nada, que hay que leerla otra vez. Leída, notó el estudiante cómo iba oscureciendo; levantóse, miró la hora: las siete de la tarde; ¿es posible? ¡tres horas para tres lecciones! Al día siguiente, las horas fueron siete y las lecciones dos. ¡Decían los librotes cosas tan estupendas! Traían listas y más listas de nombres formidables, y luego el grandísimo sabio que las escribió pensó, sin duda, que los que habían de estudiarlo serían tan sabios como él; qué parrafadas, y qué remilgamientos, y qué aludir a cosas que él, sin duda, sabía, pero que Paco nunca oyera nombrar.

Una semana persistió en la encerrona el estudiante, que era recio de voluntad cuando al puntillo de honra le tocaban, y al cabo de ella salió a luz pública paliducho y lacio como planta sin sol.

— Pero, hijo mío — le dijo el huésped del pasillo—, te estás matando. ¿A quién se le ocurre estudiar en casa? Por las mañanitas, en la Moncloa, es donde se despiertan los sentidos, y se aprende en el aire. Allí he aprendido yo cuanto sé.

A la mañana siguiente Paco fué a la Moncloa. Un fuerte olor a campo que germina, a hierba que brota, se le entró pecho adentro hasta llegar al corazón; al respirar, notaba en el aire sabor de resina; los pájaros piaban iniciando gorjeos inseguros, como si estuvieran aprendiendo a trinar; sobre los prados de la izquierda, había enjambres de mariposas pequeñitas y blancas, y en los ribazos se abrían corolas amarillas.

Más allá, un campo de trigo mostraba sus espigas a medio granar, y en su verdor reía una amapola única, color de rosa. Los pinos tenían brotes nuevos de un verde amarillento, y las acacias estaban cuajadas de flor; la copa plateada de un árbol del paraíso, esparcía su fragancia de miel.

Junto a una fuente, bajo unos pinos, sentóse Paco y abrió su Metafísica. Pasado un momento, pareciéndole incómoda la postura, fué a reclinarse en el tronco de un árbol. Las sombras del ra-

maje bailoteaban sobre las páginas del libro, y el estudiante se acordó de las parras de Sotonegro. «¡Dios mío! ¿Por qué, para cumplir los deberes *famosos*, será indispensable estudiar Metafísica? Vaya, que ya me he distraído; dos páginas enteras he leído sin saber qué leía; ¡vuelta a empezar!»

El tronco del árbol es áspero y rugoso. El estudiante pensó, al cabo de un rato, que sería más cómodo tenderse en el suelo, y así lo hizo; mullida y fragante estaba la hierba; algunos tallos de ella le acariciaban las mejillas con leve y grato cosquilleo; a través del ramaje alcanzábanse a ver pedacitos de cielo azul; las hojas se movían muy despacio con vaivén rumoroso; en lo más alto de la copa estábase un gorrión saltarín; un moscardón sonaba no se sabía dónde, y el agua de la fuente iba cayendo, cayendo, cayendo...

Paco cerró los ojos; cuando volvió a abrirlos, había pasado el mediodía; el libro, casi oculto, en la hierba, bostezaba. Volvióse a casa, comió con tan rudo apetito como en sus buenos tiempos de Puente-la-Piedra, y encerróse en su cuarto, que estaba oscuro y fresco. «Puesto que ya he dormido en la Moncloa — pensó —, bien puedo sin pe-

ligro recostarme en la cama para estudiar a gusto.» Y aconteció que, una vez recostado, el frescor de la almohada y el listado de luces y sombras proyectado en el techo por las laminillas de la persiana, y el sonar distante de una guitarra de barbero que rasgueaba *soleares*, le fueron tan eficaz narcótico como las fragancias y rumores campestres, y volvió a dormirse, y volvió a despertar a la hora de anochecer.

Y esto sucedió, con ligeras variantes, un día y otro día; desde que, recogido a la vida virtuosa, dejó de trasnochar, acometióle al desventurado una invencible enfermedad de sueño; sin duda venganza tomada por el cuerpo de tantas noches pasadas en vela. Y, medio dormido, a pesar de los litros de café que a diario sorbía, llegó la terrible semana de los exámenes.

El estudiante del pasillo le acompañó en las últimas veladas; el astur, apenas comenzado el mes de mayo, desapareció misteriosamente, dejando quince días de deuda. De aquel su doctorado, nadie supo jamás si alcanzó siquiera a licenciatura.

El tiempo habíase tornado caluroso; las noches estaban llenas de ruido, porque en la angosta calle los vecinos las esperaban para gozar del fres-

co, y hacían de las aceras exiguas, salón de tertulia nocturna. Paco, nervioso, no podía estudiar oyendo el runruneo de conversaciones y risas, y envidiaba con toda su alma al compañero, que, según frase propia, *se tragaba los libros* sin dársele un ardite de que en la calle hablaran o dejasen de hablar.

Después de media noche llegaba el anhelado silencio, que era otra nueva calamidad. Paco, en su vida libre en medio de la libre Naturaleza, habíase, sin saberlo, de tal modo compenetrado con ella, que no podía sustraerse a su influjo ni resistir el halago de sus voces. Callaban las gentes, y empezaba el charlar de la noche, que era la única, sí, señor, la única que charlaba como en Puente-la-Piedra; la única, por lo mismo, que le llegaba al corazón.

Harto desconfiaba él de la magia del cielo luminoso y del charlar de las estrellas; pero era el caso que muchas veces, buscando aire para respirar, acercábase al balcón, alzaba los ojos, y ¡adiós Metafísica! Unas veces, porque había salido la luna, y los tejados rebrilleaban, y las chimeneas parecían fantasmas, y las macetas de aquella boardilla eran como nidos de luz; otras, porque estaba oscuro, y sobre el fondo aterciopelado dia-

manteaban las estrellas; algunas, porque el grillo de enfrente traía, con el sonar ingrato de sus élitros, evocaciones campesinas; y no pocas, porque la codorniz del piso cuarto hablaba de las eras aletargadas bajo la luz cariciosa, siempre había algo nuevo que ver y algo viejo que añorar.

El amigo, entretanto, seguía devorando lecciones con cierta picardía, que también le faltaba al pobre Paco. Él no entendía aquello de estudiar a conciencia el primer enunciado del programa, y leer el segundo, y mirar el tercero por encima, y dejar en blanco el resto de la lección. Para su impericia de estudiante novel, estudiar la asignatura significaba saberla de memoria y poco menos que letra a letra.

— Pero, hombre—le decía el compañero—, si así no se la sabe ni el catedrático.

Y llegó la semana terrible.

Son las dos de la tarde. Paco vuelve de su postrer examen. La calle Ancha está sumida en intensa modorra; la luz cae a plomo caldeando el aire, sorbiendo hasta la última gota de humedad. Las piedras del arroyo echan chispas; los toldos de las tiendas, inmóviles, se retuestan con resignación musulmana; hay un escaparate con ropa de niño, y los trajecitos aplastados detrás del cris-

tal, con las mangas en cruz, parecen estar clamando al cielo por una ráfaga de aire. Los transeuntes van pegados a las paredes, buscando el filete de sombra. En lo alto de la calle están regando; el agua se evapora formando un vaho caliente y blanquecino. Paco siente deseos de ponerse debajo del chorro, que, al pasar, le salpica la cara con un hisopazo de gotas frescas y menudas. Hay un carro vacío y solo junto a una acera; los mangueros se divierten echándole agua encima, y el carro humea y se remoza. En la plaza de Santo Domingo los árboles duermen bajo capas y capas de polvo; duermen también, en sus pescantes, los cocheros de punto; duermen, sobre la piedra de la balaustrada, un hombre y tres chiquillos. Los escaparates tienen corridas las cortinas; bajo el toldo listado del puesto de refrescos, un hombre, con mandil y en mangas de camisa, lee *Nuevo Mundo*.

Pasa un tranvía. Paco sube en él para llegar a la Puerta del Sol. Va solo; la luz de fuera toma tonos rosados en las mirillas resinosas de las persianas. Pausadamente, el cobrador se acerca. Paco paga de prisa para quedarse en paz; cierra los ojos y piensa: —Pues, señor, me he lucido: de tres asignaturas, dos suspensos—. Suspira, y vuelve a

meditar: —¡Dichoso Madrid!— Al eco interior de este nombre, Madrid, píntanse en el espejo de su recuerdo los ocho meses que acaban de pasar, los soñados con delectación, los deseados fervorosamente, los de los triunfos y los amores. Los triunfos, ¡madre mía!, a la vista están; y los amores... ¿quién le quiere en Madrid, quién le ha querido? Sin duda, aquella desdichada de María Eugenia...

Ha llegado a la Puerta del Sol, y muy despacio se encamina a casa. ¡Ojos piadosos de Ana María, si pudierais de esta mala ventura tener piedad! Bien creo que, a poder contemplarla, la tendríais; pero, ¡ay de mí!, que cuando no la inspira el amor es la piedad cauterio sobre llaga. ¡Qué negras son las horas negras de los veinte años cuando se han de pasar a solas! Las madres y las novias saben consuelos para ellas. Paco no tiene madre, y la novia soñada, ¿dónde está?

En el portal, la chiquilla de la portería le saluda con su voz de pájaro; la escalera está fresca y oscura; la puerta de la casa, entreabierta. Paco entra sin llamar; la salita, a media luz, parece dispuesta para un velatorio; sobre el espejo, la previsión de la patrona ha tendido una gasa que, aunque es color de rosa, le presta aspecto fúnebre; parece un ataúd de niño. —¡Qué tontería!—dice

Paco, apenas se le ocurre la idea; pero sigue pensándolo. En su cuarto, la misma oscuridad e igual silencio. —Estas mujeres no saben vivir más que a oscuras—y abre el balcón de par en par; pero la luz agria que refleja la fachada frontera da a la cama de hierro, y a la cómoda deslucida, y al espejo verdoso, y al papel marchito de las paredes, tal aire de tristeza y desamparo, que apresuradamente vuelve a cerrar. Es la penumbra hermana de la paz y trueca las tristezas en melancolías; entre sus brazos mece los desconsuelos, como madre que duerme a un niño. Pero Paco no quiere dejarse dormir, no quiere de la vida consuelos, sino dichas. Achaque es éste de juventud, y Paco es joven, mucho más joven que su edad.

Aunque es hora de siesta, alguien canta: debe ser Mariquita. Paco va en busca de Mariquita, que está en el comedor y está planchando.

Los balcones del comedor están abiertos; pero hay cortinas de cretona encarnada que, filtrando la claridad, la pintan de rosa.

Hay una tabla puesta entre dos sillas, y ensartada en la tabla una enagua blanca y pomposa, como de espuma. Mariquita encañona puntillas y, entre sus manos hábiles, los hierros hacen obra de magia. Está de espaldas a la puerta. Paco en-

tra muy despacio, y, sin decir palabra, se sienta en el sofá.

La gentil planchadora lleva una falda de percal azul, y la blusa, que es blanca, tiénela arremangada y recogida para darles frescura a brazos y cuello.

La cabeza, inclinada, muestra la maravilla de la nuca, donde hacen de las suyas los rizos revoltosos; el pelo se escarola, sujeto en alto con desgaire clásico, y hay una rosa roja prendida entre los rizos; la luz rosada se le enrosca al cuello y le lame los brazos con llamaretadas sensuales. Paco adivina la boca fresca y los ojos pícaros, y vase deleitando en seguir el contorno del busto, firme y suave a la vez.

Mariquita, como si las miradas del mozo le cosquilleasen la piel, llévase la mano a la nuca y vuelve luego la cabeza.

— ¿Estaba usted ahí? Como estaba usted tan callado... ¿Se ha examinado usted?—Y, sin dar tiempo a la respuesta, añade: —Que sea enhorabuena.

— Gracias, Mariquita.

Nuevo silencio y nueva contemplación.

— Ahora que me acuerdo: usted querrá comer; son las tres de la tarde; mi madre está durmiendo; voy yo a servirle la comida.

En un segundo limpia la mesa, pone los platos, sirve los manjares. Y Paco piensa que es buena cosa, y que alegra al más triste, el ir y venir dentro de casa de una mujer-hormiga como aquella, con los brazos al aire y una rosa en el pelo.

— Ea; ya está. A comer; siéntese usted.

— ¿Es que yo le abro a usted el apetito?

— Puede que sí.

Mariquita se sienta, apoya los codos sobre la mesa y mordisquea una corteza retostada. ¡Vaya unos dientecillos resalados que tiene la muchacha!

— ¿Sabe usted que esta noche me marcho?

— ¿Se marcha usted?... Pues, mire usted, lo siento.

— Yo también... Es decir...

— ¿Y no va usted a volver otro año?

— Allá veremos.

— Aunque usted vuelva, yo no estaré ya aquí. ¿No sabe usted? Me caso... con don Marcelo.

— ¡Con don Marcelo!

— Ya ve usted — dice ella suspirando—: ¡cosas de la vida!

— ¡Cosas de la vida!—repite Paco—. ¿A él qué le importa la vida de nadie? Y, sin embargo, el casamiento de Mariquita le desazona, y piensa en

la noche de Nochebuena, y va a suspirar; pero se arrepiente y no suspira. Después de una gran pausa, Mariquita vuelve a su tarea y torna a cantar; el mozo, luego de contemplarla largamente, sale como entró: sin decir palabra.

XVIII

La tarde, larga como de mayo, se prolonga en suavísimo crepúsculo. En el aire hay languidez febril, cansancio de todo un día empapado en sol. Las gentes van despacio, sorbiendo a toda prisa los primeros asomos de frescor que suscita el aproximarse de la noche. En el cielo, que está muy azul, aun reverberante con los ardores de la puesta del sol, se ha levantado ya la luna, tan tenue, que semeja su disco filigrana de plata, y el claro lucero camina junto a ella con no poca arrogante pomposidad. En las calles se atarean los chicos del comercio recogiendo los toldos, alborotan las criaturas, charlan de puerta a puerta las comadres.

Paco y María Eugenia van andando, en silencio, camino de la estación; él lleva cara fosca, y ella ojos tristes; míranlos las gentes, y, como no se

miran ni se hablan, piensan que van de *monos*; al cabo, ella se decide a hablar.

— Oye, Paco.

— ¿Qué quieres?

— Nada.

Vuelve el silencio, y siguen andando. Es una calle triste; ven algo risueño como un madrigal. Un muchacho muy joven, con cara de artista, alza los ojos a un balcón, y sonríe emocionado, con sonrisa entre triste y alegre. Y en el balcón que él está mirando hay hasta media docena de muchachas de entre doce y quince. Es una sinfonía de trajes claros y de rostros risueños, y es un saetear de sonrisas benévolas sobre el sonreír del enamorado. Por el balcón abierto salen las notas de una polka muy mal tocada, pero muy alegre. Paco piensa: «¿Cuál de esas amables sonreidoras será la que pague amor con amor?» Y le acaricia el alma un goce plácido, como si a su paso hubiera nacido un clavel.

— ¿A qué hora sale el tren? — dice María Eugenia.

— A las nueve.

Aun no han dado las ocho; y, así, por silencioso acuerdo, pasada la cuesta de San Vicente, dejando a un lado la estación, vanse a campo travie-

sa hasta llegar al río. Los campos, en rastrojo, están tristes; los lavaderos tienden a la orilla su fea red de palos y cuerdas; el agua va escasa, pero sugestiva como siempre; con su runrunear acompasado parece adormecer las tristezas. Pasado el último lavadero, hay un boscaje de álamos blancos: son pocos; pero están bien dispuestos, y sus ramas pobladas mienten una ilusión de frondosidad; más allá hay cuatro chopos, y al pie, maleza que se adelanta hasta la orilla misma. Allí el río ha formado un remanso, que hace soñar con lagos románticos, porque sobre el agua dormida se miran dos sauces; un poco más allá, el puente se tiende sobre el cauce escaso. Unos cuantos chiquillos se bañan.

— ¿Quieres que nos sentemos un poco?

Sentados, Paco levanta los ojos. Frontero está Madrid, que se empina sobre una loma, apiñando en el centro el caserío, desparramándole en sucios arrabales como raíces carcomidas, que llegan hasta el río en casuchas de tabla; de la ciudad sube, como una niebla, un vaho gris que, ya desde bien lejos, se adivina impuro. Paco piensa en el aire de su tierra, en las tardes limpias, en los cielos claros, en las susurradoras alamedas, y, súbitamente, le sobrecoge el ansia de estar en el pueblo; de

sentarse en su huerto, bajo la parra, a la paz de Dios: con el deseo le envuelve una oleada de gozo; pero luego se queda más triste, mucho más, y se pone en pie, y emprenden la vuelta.

—¿Estás malo, Paco?

—No lo sé.

—¿Tienes ganas de irte?

—Tampoco lo sé, María Eugenia.

—Sí que las tienes, y haces bien. ¡Dichoso tú que te vas!

—¡Dichoso!... ¿No te da pena que me marche?

—No sé si me da pena o alegría.

Y como no lo sabe, se echa a llorar.

—Vamos, chiquilla, no me llores. Si te parece que llevo encima pocas tristezas...

—Más tonta soy... Cuando te digo que me alegro... Mira, te quiero bien; pero me alegro. Si tú no te marcharas por tu gusto, te lo diría yo. Anda, vete; ¿qué adelantamos con estar así? Más tarde o más temprano, tenía que ser... Chico, ¡qué ratos hay que pasar en la vida!

En el horizonte se apaga lentamente la franja luminosa y bermeja, y parece que de la tierra surge una voz queda y suspirante.

—María Eugenia, oye.

—¿Qué quieres?

— Quería... no sé qué; darte las gracias.

— ¿A mí?

— Porque eres la única que en Madrid me ha querido.

— ¿Sabes lo que te digo? Que algunas veces valía más no conocerse. Ya ves: esta noche, después que tú te vayas, ¿qué me queda en el mundo? Ni pensar... que, para mí, como si ya te hubieras muerto, porque tú no vuelves — Paco suspira —; no vuelves, no, y aunque volvieras... Mira, cuando estés en el pueblo con tu novia y tus chicos, si los tienes, acuérdate, cuando te acuerdes, de aquella noche, ¿sabes?, cuando estuvimos paseando.

— ¿Y tú, te acordarás de mí?

— ¡Ay, Paco!

La voz de la mujer se quiebra con tal desgarramiento de amargura, que él, de pronto, se vuelve a mirarla. Estáse ella quieta, clavada la vista en el suelo obstinadamente. El la levanta el rostro, acariciándole; entonces de los ojos de ella resbalan dos lágrimas que le inundan el rostro, y él, violentamente, las seca con un beso, al que sigue otro, y otro, y luego la abraza con desesperada tristeza, allí, a campo raso, al aire libre, bajo la luz opalina del crepúsculo, y, abra-

zándose, rompen a sollozar como dos criaturas.

Así se despide de Madrid Paco Trelles, de aquel Madrid cuyo nombre cifró el humo entre pámpanas; se despide llorando, ¿quién dirá si de amor o de pena?, en los brazos de una pobre mujer.

XIX

Señor Manuel Trelles baja a la huerta; dirígese al cenador de parra; va a sentarse en la silla pintada de verde.

Servido está el almuerzo, y falta un comensal; el buen hombre se acerca a la casa.

— ¡Paco, Paco! — grita.

Y Paco aparece en lo alto del corredor.

— Allá voy, padre.

Señor Manuel se sienta; cuando va terminando el desayuno, llega Paco, que sorbe a toda prisa su tazón de café. El padre ha encendido la pipa. La pipa de Paco descansa vacía sobre la mesa.

— ¿No fumas, muchacho?

Paco no responde. El cacique se le queda mirando. Está el muchacho triste y caviloso; tiene la frente apoyada en la mano derecha, y sus ojos parecen huir los ojos del padre.

Señor Manuel suspira; pasan unos momentos.

Paco sigue callado. Señor Manuel sacude la pipa, y, ya vacía, colócala en la mesa, emparejada con la del hijo; saca el pañuelo, tose, mira a lo alto con tanta atención cual si quisiera contar las hojas de la parra; vuelve a mirar al hijo.

—Vamos a ver, Paco...—Paco se sobresalta.—No te asustes, que no es la cosa para tanto. ¿Quieres decirme qué es lo que te ocurre?

—Si no me ocurre nada, padre...

—¡Me lo dirás a mí! No te ocurre, y te vienes de Madrid sin avisar, y llegas a casa con cara de muerto, y, apenas llegado, te metes en la cama, sin que haya modo de hacerte ver a nadie, y te pasas la noche en claro; no me digas que no, porque lo sé de sobra. ¿No ves que llevo veinte años oyéndote dormir? Y ahora te levantas, y no enciendes la pipa, y no te ríes, y, después de ocho meses de viaje, no encuentras nada que contar a tu padre...

—Si es que...

—¿Estás malo?

—No estoy malo... es que...—Paco mira a su padre; el rostro del viejo, inquieto y apesarado, le es como espejo de su propia tristeza, y, al verla reflejada, de nuevo, y más intensamente, gusta su amargor—. Padre—dice casi llorando—; padre, no somos nadie.

El cacique, de un salto, se pone en pie. «¡No somos nadie!» Y mira en derredor, como desafiando al mundo entero.

— ¿Quién te lo ha dicho?

— No me lo han dicho, padre; pero lo sé, porque lo he visto.

— ¿Porque lo has visto? ¿Y dónde lo has visto?

— En Madrid.

— ¿En Madrid?

Y Paco, lentamente, con voz entrecortada, va diciendo sus amarguras.

— Mire usted, padre; allí llega usted, y nadie le hace cara; y va usted a todas partes, y es usted un extraño; y quiere usted hablar, y no sabe usted qué decir; y está usted perdido como en un desierto, y triste como en la sepultura; y cree usted que va a triunfar tanto y cuanto, y no triunfa usted, porque no sabe dónde pelear ni nadie quiere pelear con usted; y anda usted por la calle, y nadie le conoce; y pasan los hombres, y no le saludan; y pasan las mujeres, y no le miran a la cara. Allá, ellos hablan a su modo, y comen a su manera, y quieren como Dios les da a entender; y usted, que se creía que era un hombre como los demás, ni sabe hablar, ni comer, ni querer; y si acaso no les da usted lástima, les causa usted

risa. Y tiene usted un amigo, y resulta que es amigo de usted mientras puede sacarle los cuartos; y piensa usted en mujeres, y si le quiere alguna es una infeliz que no tiene ya nada que perder... No somos nadie, padre; créamelo usted a mí.

Señor Manuel cabecea.

¡Tonterías del chico! No hay duda; allí en la Corte le han hecho una trastada, y todo lo ve negro; ya se le irá pasando. ¡Cosas de mujeres, como si lo viera!

—Ea, muchacho, no hay que apurarse. ¿Que Madrid no te sienta? Porque eso es lo que a ti te ha sucedido: no hay más que verte la color amarilla y el cuerpo flaco. ¿Que no te sienta bien? Pues no vuelves, y en paz. Aquí estoy yo, que no he salido todavía del pueblo, y voy para setenta, y estoy, como me ves, tan gordo y tan contento. ¿Que quieres estudiar? Pues aquí estudias. ¿Que quieres divertirte? Pues aquí te diviertes. ¿Que mujeres? ¡Poco alegre que se nos va a poner la Elenita en cuanto sepa que estás de vuelta!... Y que no hay que decir: lo que es como guapa, es guapa. Y si a esa no la quieres, échate a cavilar y di esta boca es mía, que aquí tú eres el rey. Conque puedes reírte de la Corte y de los cortesanos.

El vientecillo mueve la parra, que está en flor. ¡Qué bien huele la flor de la parra! Paco se acuerda de María Eugenia.

— Aquí tú eres el rey — repite el padre.

Y piensa el hijo que es triste reino este que él no ha ganado por su esfuerzo, y que nunca, nunca, le podrá esta realeza satisfacer.

— ¿Me has oído? ¿Qué dices?

— Que tiene usted razón.

— Pues ya lo creo, hombre, ya lo creo. Vamos, anímate, y enciende esa pipa.

Paco enciende la pipa, y como antaño, suben al verde toldo las volutas de humo y se rizan al sol.

— Buenos días, señores. — Es don Lino —. Conque de vuelta, ¿eh? ¡Vaya, vaya, y cuánto que contar traerá el señor don Paco de la Corte!...

— Adelante, don Lino — dice el padre.

— De caza, ¿eh? — pregunta Paco maquinalmente.

— A lo que caiga — responde el buen doctor.

Y sigue la vida.

FIN DE LA NOVELA

POST-SCRIPTUM

PARA DON LEANDRO LEJÁRRAGA.

Escrito este libro, pienso que a nadie como a usted puedo dedicarlo. Es él la realidad humilde de un pedazo de vida, y usted sabe de las vidas humildes, de las realidades silenciosas, de esas que pasan en el mundo sin hacer ruido y que, sin embargo, son las que forman los días grandes del vivir.

Dicen que, en tiempos, fué el vivir cosa fácil, y el novelar, arte de bien urdidas complicaciones; asombra, y aun admira, la potencia imaginadora de tantos novelistas que fueron maestros en el manejo de los acontecimientos, sabios en el entretejer pasiones, en el enredar y desenredar conflictos, en el precipitar catástrofes, en el salvar y hundir vidas y haciendas. Hoy parece que la vida se ha complicado singularmente; se han borrado

casi todas las leyes, aquellas buenas leyes morales y sociales que, llevándoles como de la mano, marcaban el camino a las almas; y luego de borrarse las leyes, hace tiempo que callan los maestros. La autoridad duda de sí misma; ni en política, ni en religión, ni en arte, se ocupa nadie de enseñar doctrina; vanse cayendo los prejuicios, pero no vienen ideas firmes a sustituirlos. Hay asociaciones de palabras irremediablemente envejecidas; ¿quién se atreve a decir, convencido, aquello de *principios fundamentales*, o aquello otro de *leyes eternas*?

Acaso esto es un bien; tal vez sea un mal, ya que la humanidad está compuesta, en su mayoría, por gentes que no son capaces de elaborar una idea propia, a duras penas de razonar alguna de las que ya encuentran cristalizadas; bien o mal, no lo sé; sé que es cierto; y esta falta de leyes trae como consecuencia la falta de conflictos, y hasta, si se quiere, la de pasiones. ¿Contra qué han de ir a estrellarse los impulsos pasionales, y acaso, acaso, cómo han de nacer? La pasión casi siempre tiene su germen en la contradicción; vieja ciencia es la que enseña cómo la calma engendra hastío. Y luego, trenes, libros, fotografías, han desflorado la tierra de tal modo, que es imposible hallar rin-

cón del mundo en que soñar una aventura o esconder un misterio; la indiscreción impresa ha hecho saber a todos cómo poderosos y genios también son pobres hombres y mujeres... ¿Dónde fantasear?

Por esto hoy la vida es pálida, está privada casi en absoluto del acontecimiento; mas para los espíritus que han menester alimento, para las inteligencias activas se ha hecho sutil, y los que han nacido noveladores o simplemente escudriñadores de la vida, han venido a preocuparse del matiz, del repliegue, de la luz fugitiva, de la sensación rápida, del gesto breve, de la palabra, del silencio mismo. Y he aquí cómo se ha trasformado el arte.

No sólo la novela, el teatro, con ser género inevitablemente de *efectismo* y de *acción*, lo cual vale tanto como decir de *acontecimiento*, se preocupa, se apasiona en conflictos que las generaciones anteriores hubieran calificado con sorna de *quintas esencias*; a las situaciones han sustituído los caracteres; a los conflictos pasionales, los morales, tocados de un poco de intelectualismo.

¿Qué piensa de esto el público? El verdadero público, lector de novelas o espectador de dra-

mas, está desorientado; este arte nuevo le resulta pálido, porque si ha aprendido a vivir — por fuerza — como su tiempo, aun no le han enseñado a pensar cómo vive, y añora aquel fantasear pintoresco que antaño le ayudó a salir de sí mismo, a olvidar y a olvidarse; no se divierte. Pero es el caso que ya tampoco le logra divertir aquello mismo que fué su encanto. Represéntase una vieja comedia; corren a verla los que la recordaban prodigiosa, y salen del teatro asaz mohinos; y los libros aquéllos yacen empolvados, sin que los que eran niños cuando se escribieron, los quieran de nuevo leer; no pueden divertirles tampoco, ¡no son verdad!

¡Pero si la verdad no es poética, y nosotros quisiéramos algo de poesía! — dicen o sienten. Afortunadamente, España es un pueblo romántico, sanamente romántico; aun le quedan unas cuantas virtudes y unos cuantos errores que saben fresco y huelen bien. Hoy por hoy, la novela realista española tendrá siempre su dejo poético, si ha de ser imagen de la verdad; y de esto es fácil convencerse comparando la realidad de nuestra tierra con la literatura realista de otros países, aun de los más cercanos, Francia, por ejemplo. Novelas y comedias, las que ahora de Francia se

traducen, nos causan sensación de fruto avellanado y reseco, sabroso, ¿quién lo duda?, sano si se quiere, pero sin la frescura del jugo y el gozo del aroma. Somos pueblo romántico, tenemos fresca sensualidad, inmoralidad ingenua; el pecado no se ha tomado aún la molestia de complicarse ni de ciencia ni de psicología; anda la virtud olvidada, como en toda la tierra, pero aun hay unas cuantas palabras que la ensalzan en los cantares mismos del pueblo; podremos haber perdido el corazón, pero aun sentimos en él el dolor de *la puñalaita* y aun llamamos *malas acciones* a cosas que en el resto del mundo ha hecho correctas la costumbre.

***

Pues, señor: el alma, cansada de buscar simpatías y amores en sus hermanas las almas de hombre, donde tan raras veces las suele hallar, se ha ido camino de las cosas, y para que puedan darle la ilusión de la *correspondencia*, «que hasta el aire la quiere», dice una copla rancia, les ha otorgado gentilmente el don de animación. Y los artistas de hoy amamos locamente a la Naturaleza, que se deja querer con pasividad acariciadora de

hembra muy amada. Placer de amados fué en todo tiempo pintar a la querida, y decir de ella, y cantar en versos su hermosura y ensalzar en prosas su amabilidad; por eso en los libros de ahora tiene tanto interés el paisaje. La que llama Azorín «emoción del paisaje» es una modernísima emoción, pero no menos honda que las tradicionales de amor naciente, de dicha rota. Es plácida, pero al tumulto que le falta súplele la hondura, y es soberana por su placidez misma — reina de paz. El espíritu, aun acaso el cuerpo, como que se funden, como que se disgregan yendo a reposar en infinitos átomos sobre las infinitas partecillas que hacen un paisaje; un día, un mediodía cálido, lleno el aire de luz vibradora sobre las espigas de un campo o los geranios rojos de un jardín; un crepúsculo dentro la luz bermeja que detrás de unos álamos pinta el sol al ponerse; un amanecer en la tierra jugosa de un huerto sobre el cual rebrillea el rocío; en la paz musical del agua que se estrella; en la elegía heiniana del agua que cae una tarde de otoño desde el cielo gris; en la danza de cuatro mariposas sobre una pradera donde hay margaritas y donde tiembla sobre la hierba la sombra de un chopo; en la maraña de una zarza o en la pompa florida de una malva real. Mien-

tras en un libro esté el alma del paisaje, estará en él la poesía.

¿Qué por qué digo esto? Por decirlo, por el placer de la charla simpática que tan por completo saboreo charlando con usted; por el recuerdo de tantas otras pláticas amigas. Por confesar que en este libro, que apenas es novela, sólo he querido poner tres cosas: la humilde verdad de una de tantas vidas contemporáneas, la emoción intensa — mi emoción — del paisaje y el granito de romanticismo que aun está en el alma de nuestra tierra.

G. Martínez Sierra.

OBRAS DRAMÁTICAS DE G. MARTÍNEZ SIERRA

VIDA Y DULZURA.—Comedia en tres actos. En colaboración con Santiago Rusiñol. (Teatro de la Comedia.)

JUVENTUD, DIVINO TESORO...—Comedia en dos actos (Teatro Lara.)

LA SOMBRA DEL PADRE.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

HECHIZO DE AMOR.—Comedia de polichinelas en un acto y dos cuadros. (Teatro Cervantes.)

EL AMA DE LA CASA.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

CANCIÓN DE CUNA.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

PRIMAVERA EN OTOÑO.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa.)

EL PALACIO TRISTE.—Cuento fantástico en un acto. (Teatro de la Princesa.)

LA SUERTE DE ISABELITA.—Comedia lírica en un acto y cinco cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja. (Teatro de Apolo.)

LIRIO ENTRE ESPINAS.—Comedia en un acto. (Teatro de Apolo.)

LA FAMILIA REAL.—Comedia lírica en dos actos y cinco cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja. (Teatro de Apolo.)

EL POBRECITO JUAN.—Comedia en un acto. (Teatro Lara.)

MADAME PEPITA.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Comedia.)

LA TIRANA.—Comedia lírica en dos actos, música del maestro Lleó. (Teatro Eslava.)

MAMÁ.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa.)

SOLO PARA MUJERES.—Conferencia contra el amor, pronunciada por una de sus víctimas. (Teatro de la Princesa.)

MADRIGAL.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

EL ENAMORADO.—Paso de comedia. (Teatro de la Comedia.)

LOS PASTORES.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

LAS GOLONDRINAS.—Drama lírico en tres actos, música de José María Usandizaga. (Teatro Price.)

LA MUJER DEL HÉROE.—Sainete en dos actos. (Teatro Lara.)

MARGOT.—Comedia lírica en tres actos, música de Joaquín Turina. (Teatro de la Zarzuela.)

LA PASIÓN.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

EL REINO DE DIOS.—Elegía en tres actos. (Teatro Eslava.)

NAVIDAD.—Milagro en dos cuadros, música de Joaquín Turina. (Teatro Eslava.)

PARA HACERSE AMAR LOCAMENTE.—Comedia en tres actos. (Teatro Eslava.)

EL CORREGIDOR Y LA MOLINERA.—Farsa mímica en dos cuadros, música de Manuel de Falla. (Teatro Eslava.)

TRADUCCIONES Y ARREGLOS

EL ENFERMO CRÓNICO.—Comedia en un acto, de Santiago Rusiñol. (Teatro Lara.)

BUENA GENTE.—Comedia en cuatro actos, de S. Rusiñol, (Teatro de la Comedia.)

LA MENTIRA PIADOSA.—Comedia en tres actos, de Francis de Croisset. (Teatro de la Comedia.)

LOS ABEJORROS.—Comedia en tres actos, de Brieux. (Teatro de la Comedia.)

TRIPLEPATTE.—Comedia en cinco actos, de Tristan Bernard (Teatro de la Comedia.)

EL ARREGLO DE LA CASA.—Comedia en un acto, de G. Courteline. (Teatro de la Comedia.)

LA MADRE.—Comedia en cuatro actos, de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa.)

EL HERMANO.—Comedia en un acto, de A. Daudet. (Teatro Príncipe Alfonso.)

CIGARRAS Y HORMIGAS.—Poema en un acto, de S. Rusiñol. (Teatro Príncipe Alfonso.)

LA SUERTE DEL MARIDO.—Comedia en un acto, de Flers y Caillavet. (Teatro de la Comedia.)

ALIVIO DE LUTO.—Comedia en un acto, de S. Rusiñol. (Teatro Lara.)

EL REDENTOR.—Comedia en tres actos, de S. Rusiñol. (Teatro Español.)

EL INDIANO.—Comedia en tres actos, de S. Rusiñol. (Teatro Español.)

CABEZA DE ZANAHORIA.—Comedia en un acto, de Jules Renard. (Teatro Lara.)

EL BUEN POLICÍA.—Sainete en un acto y tres cuadros, de S. Rusiñol. (Teatro Cervantes.)

LA VIRGEN DEL MAR.—Cuadro poemático en un acto, de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa.)

EL PATIO AZUL.—Drama en dos actos, de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa.)

LA DAMA DE LAS CAMELIAS.—Drama en cinco actos, de A. Dumas. (Teatro Eslava.)

DOMANDO LA TARASCA.—Comedia en siete cuadros, de Shakespeare. (Teatro Eslava.)

CASA DE MUÑECAS.—Comedia en tres actos, de Ibsen. (Teatro Eslava.)

Ls.
M387h
162410
Author Martinez Sierra, Gregorio
Title La humilde Verdad.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU